



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN ECONOMÍA

FACULTAD DE ECONOMÍA ♦ DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO

Conceptos e ideología:

Crítica a la metodología de la teoría económica neoclásica.

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

Maestro en Economía

PRESENTA:

Irving Javier Avalos Domínguez

TUTOR:

Dr. Sergio Efrén Martínez Rivera
Facultad de Economía, UNAM

MIEMBROS DEL JURADO:

Dra. Yolanda Trápaga Delfín
Facultad de Economía, UNAM

Dr. Carlo Panico
Facultad de Economía, UNAM

Dr. Jorge Alonso Bustamante Torres
Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM

Dr. Moritz Alberto Cruz Blanco
Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM

Ciudad Universitaria, Cd. Mx.

Enero de 2022



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A mis padres, que siempre estuvieron cerca apoyándome, aconsejándome y motivándome incluso en esos momentos en los que todo se tornaba oscuro y difícil.

A mi hermana, que en esos días de bloqueo estuvo sugiriendo nuevas formas de expresar las ideas y reestructurar la exposición de las mismas. Sin su ayuda probablemente este trabajo tendría demasiados problemas.

A mi asesor, el Dr. Sergio Efrén Martínez Rivera, quién con su experiencia, su interés en el tema y sus comentarios puntuales facilitaron el desarrollo de este trabajo a pesar de todos los desafíos académicos y personales que surgieron a raíz de la COVID-19.

A mis sinodales, el Dr. Carlo Panico, la Dra. Yolanda Trápaga Delfín, el Dr. Jorge Alonso Bustamante Torres y el Dr. Moritz Alberto Cruz Blanco, quienes con su paciencia, conocimiento y observaciones ayudaron al enriquecimiento, reordenamiento y culminación de esta investigación.

A la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Facultad de Economía, que me brindaron todas las herramientas y recursos necesarios para mi formación académica y se convirtieron en mi segunda casa.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el apoyo prestado a lo largo de estos dos años, sin el cual no hubiera sido posible llevar a buen término el presente trabajo.

Índice

Introducción	1
Capítulo 1: El problema funcional o el <i>Elemento Político</i> de la teoría económica neoclásica.	9
Capítulo 2: La problemática metodológica de la teoría económica	20
Capítulo 3: Teoría e Ideología: las estrategias narrativas y funcionales	41
Conclusiones.....	89
Bibliografía.....	95

Introducción

Para la ciencia económica, el estudio de las relaciones causales y los hechos económicos se ha convertido en una cuestión fundamental, puesto que existe la creencia de que a mayor conocimiento sobre el funcionamiento de estas relaciones mayor es la capacidad de entender, explicar y describir la realidad social actual y, a su vez, mejores posibilidades de pronosticar los eventos económicos futuros y las reacciones que suscitarán estos nuevos hechos en espacios tanto económicos, como políticos y sociales.

Sin embargo, tal tarea requiere necesariamente del uso de la abstracción a fin de aislar algunos elementos tomados de la compleja realidad social y analizar de manera simplificada su naturaleza y su posición en la red de relaciones de los distintos fenómenos. Gracias a esto, la principal preocupación de los estudiosos de la economía no solo es la explicación de los fenómenos sino la construcción de instrumentos teóricos, analíticos y empíricos capaces de determinar de manera objetiva y racional las diferentes causas y relaciones de los fenómenos económicos estudiados.

Normalmente la construcción de estos instrumentos permite el desarrollo de ciertos modelos (principalmente matemáticos) que comparten el estar asentados en ciertas abstracciones y suposiciones formadas a partir de uno o varios aspectos sobre la realidad social en un contexto histórico determinado. Sin embargo, este proceder científico no es exclusivo de la teoría económica dominante neoclásica actual, sino que se encuentra en el centro de toda teorización económica sea esta de corte marxista, institucionalista, keynesiana, poskeynesiana, austriaca, etc. debido a que es una forma de hacer frente a la compleja tarea de aprehender la realidad social y sus fenómenos, lo cual ha dado lugar a una diversidad de postulados que en su mayoría, ha edificado de manera simplificada y simbólica sociedades imaginarias con cierta simetría o correspondencia con la realidad pero que son regidas por

dinámicas sociales y económicas propias de cada ejercicio de abstracción y suposición.

No obstante, esto ha atraído dos problemáticas importantes, por un lado, la existencia de una pluralidad de teorizaciones implica, al menos en principio, un problema de contrastación entre las mismas, por otro lado, esta misma situación ha dado pie a diversas disputas por el control y dominio de la manera en que la ciencia económica debe desenvolverse. En este sentido, el problema no radica en el método común de abstracción, edificación simbólica y correspondencia, sino en la lucha forjada a través de la confrontación teórica y política de las diferentes teorías que en un momento determinado han tenido más o menos relevancia para con unos intereses contrapuestos, lo cual ha forjado una jerarquía acorde al ejercicio del poder que la teoría dominante u ortodoxia ejerce sobre las otras.

Es en este sentido que la teoría neoclásica se vuelve importante, pues tal posición jerárquica e institucionalizada en este momento histórico le ha permitido incrustar una metodología específica (aunque en cierto grado heredada de los clásicos), así como extender el uso de sus métodos e instrumentos de análisis por sobre las demás, lo cual también ha propiciado la construcción de mecanismos de contraste acordes a los lineamientos de la propia teoría neoclásica, de modo que ésta se vuelve la herramienta de medición para juzgar la validez, coherencia y pertinencia de cualquier postulado teórico y empírico.

Esta autoproclamada herramienta de medición, método de análisis y narrativa se caracteriza por centrar, en principio, un discurso racionalista en el cual existe un orden económico natural que puede ser aprehendido y es cognoscible a partir del descubrimiento de las leyes naturales que lo rigen y que, además, gobiernan toda la actividad económica de la sociedad, siendo éstas independientes del control y voluntad humana. Bajo esta idea, las teorías son verdaderas y válidas *solo sí* son coherentes y consistentes lógicamente, por lo que no es un requisito que los postulados se correspondan con los hechos.

El que no haya una confrontación entre la teoría y la realidad genera un discurso y una práctica en la cual no es relevante la correspondencia entre ambas, siendo esta

posición teórica y metodológica una ruptura con la escuela histórica alemana, pero que será el centro para las principales aportaciones de autores neoclásicos y austriacos, como Jevons, Mises, Robbins, Cairnes, Senior o Marshall.

En resumen, la tradición neoclásica considera que es posible partir de una realidad simplificada generada por la observación o introspección y derivar conclusiones (basadas en hechos indudables, autoevidentes, universalmente comprobadas sobre el mundo y de la naturaleza humana) que serán válidas, siguiendo a Mill (1836), en ausencia de causas perturbadoras. El proceder de esta manera, permite hacer predicciones (condicionales) acerca de ciertos acontecimientos económicos sujetos a un supuesto de *ceteris paribus*, de ahí que la escuela neoclásica pueda afirmar lo que tendería a ocurrir (o debería ocurrir si se está sujeto a sus postulados). De esta manera, niega toda posibilidad de refutación por la correspondencia entre sus afirmaciones y los hechos, no porque no haya plena simetría entre ellas, sino porque sus postulados son lógicamente consistentes y útiles para la predicción de las tendencias (en ausencia de causas perturbadoras).

Estos postulados concernientes a la teoría dominante han levantado diversas críticas que se han dirigido principalmente por tres caminos distintos, los cuales pueden agruparse en: 1) aquellos que atacan los problemas de correspondencia, 2) los que atacan los problemas de consistencia lógico-formales y 3) los que confrontan los aspectos conceptuales y discursivos.

En el primer caso se encuentran diversos autores como Keynes (1965), Robinson (1953), Schultz (1961), Becker (1964), Romer (1986), Hammond y Montenegro (1990) o Keen (2015), por mencionar algunos, su principal discusión surge a raíz de la no existencia de una clara correspondencia entre la realidad y la teoría, lo que demarca la necesidad de una reconstrucción o una superación de la escuela dominante, pues los problemas no solo afectan a los debates académicos, sino que al ser tomados como base para la construcción de políticas económicas su uso termina por afectar el desarrollo de individuos, instituciones y Estados.

En el segundo punto se encuentran autores como Arrow (1986), Debreau (1974), Mantel (1974), Sonnenstein (1973), los cuales critican que la construcción

matemática, aun aceptando la desconexión con la realidad económica y social, conllevan a una imposibilidad lógica-formal importante, pues no es posible hacer una generalización del análisis microeconómico neoclásico a aspectos macroeconómicos bajo las ideas de Walras-Pareto.

En el tercer punto se encuentran los esfuerzos críticos de autores como Lukács (1923), Myrdal (1930), Morgenstern (1935), Dobb (1973), Bowles y Gintis (1975), quienes discuten las limitaciones que los propios conceptos como valor, capital, trabajo o elección suponen para el desarrollo de los postulados básicos de la teoría neoclásica como los rendimientos decrecientes, las curvas de oferta y demanda o la elección racional, pues una muy simplificada formulación de elementos tan fundamentales para el análisis económico tendrá resultados acotados, sesgados o contradictorios.

Si bien la lista de autores anteriormente señalados no es exhaustiva y puede decirse que algunos de ellos y sus planteamientos pertenecen a más de un grupo, lo que se intenta demostrar con esto es que las críticas a la teoría neoclásica han sido diversas y desde distintos enfoques, no solo se encuentran aquellas que se encuadran en la denominada heterodoxia, sino que también existen dentro de la propia teoría neoclásica, lo cual revela cierta problemática o crisis en sus postulados y seguidores.

No obstante, pese a lo acertado de las críticas mencionadas, la importancia de este trabajo radica en que se persigue un objetivo distinto y desde una dimensión no tratada en los planteamientos anteriores, debido a que: 1) no se alinea completamente con la crítica de la correspondencia¹; 2) comparte la idea de que un análisis de los fundamentos lógico-formales no es suficiente si las bases conceptuales y discursivas en los que se asienta no son analizados y 3) pese a que

¹ El motivo de esto es que existen dificultades epistemológicas que surgen al partir de esta idea: la confrontación de los enunciados teóricos con la realidad, implicaría la posibilidad de salir de la narrativa y del marco conceptual elegido para contemplar una realidad libre de conceptualizaciones predeterminadas que revelarían al fenómeno en su totalidad, la cosa en-sí Kantiana. De esta forma lo ineludible del lenguaje acarrea el problema epistemológico de que no es posible acceder a lo que es sin el constate tropiezo con lo que debería ser, el cual está ya mediado por aspectos valorativos.

esta investigación está alineada al tercer grupo de críticas, se observa que ellas no son del todo satisfactorias por estar atrapadas, en su mayoría, en la idea marxista clásica de la falsa conciencia o bien, por detenerse ante la posibilidad de abordar el problema ideológico, por lo que la propuesta es tratar la problemática metodológica, conceptual e ideológica desde la perspectiva del lenguaje propuesto por Žižek.

Gracias a esto, en esta investigación se indagará en la consistencia de los supuestos principales de la ortodoxia neoclásica como la competencia perfecta, la elección racional y el mecanismo de precios para dar cuenta de que el problema fundamental de la teoría neoclásica no se ubica en la objetividad de sus postulados, la correspondencia o en la imposibilidad lógico-formal, sino en la forma en como las contradicciones internas, las inconsistencias y la imposibilidad son ya parte de la estructura de la teoría.

Lo anterior es posible, debido a que éstas están relacionadas a las propias imposibilidades del lenguaje, aquella brecha fundacional que se genera gracias a la inexistencia del significante maestro lo cual, como se mostrará en las siguientes páginas, lejos de ser un impedimento para el ulterior desarrollo teórico son el punto de partida para la construcción de un andamiaje teórico y práctico importante. Sin embargo, para entender este fenómeno se explicarán las formas en que una ideología específica articula estas problemáticas convirtiéndolas en funcionales y a su vez, se expondrá la manera en que la teoría neoclásica lidia con tales cuestiones por medio de distintos mecanismos y estrategias como la estrategia narrativa y la teleológica o funcional.

En este sentido, se abordarán los problemas metodológicos de la teoría económica neoclásica, evitando considerarlos como elementos aislados o accidentales en el desarrollo de la teoría, así como también evitando tomarlos como problemas que son resultado de motivaciones individuales que pretenden mistificar la realidad social. De lo que se trata, es generar una crítica que resuelva conjuntamente el porqué de la existencia de las inconsistencias y las limitaciones lógico-formales y, al mismo tiempo, la vigencia y dominio de la ortodoxia tanto en el ámbito académico, como el político y social.

Lo anterior se realizará a modo de probar la hipótesis de esta investigación: *es ineludible la relación del elemento político y el elemento ideológico en los análisis de los fenómenos económicos y sociales, sin embargo, esto no será una limitación como indicaría Myrdal, sino un espacio de posibilidad que permite vincular los problemas teóricos de la teoría neoclásica como parte de una estructura que sostiene una realidad ficcional sobre lo social mediante la fantasía ideológica.*

Ahora bien, para lograr los objetivos anteriores y probar la hipótesis planteada, se considera como mejor punto de partida el tratamiento de uno de los problemas fundamentales de la teoría neoclásica, es decir, su estatuto como una ciencia objetiva, racional y neutral, puesto que desde esta crítica es posible derivar las distintas problemáticas que envuelven a la teoría neoclásica y que fueron consideradas como principales para este trabajo: elección racional, competencia perfecta y mecanismo de precios.

Debido a esto, se consideró iniciar la crítica a tales pretensiones mediante las aportaciones de Gunnar Myrdal, ya que este autor, a diferencia de otros críticos (en especial del tercer grupo como Mandel, Lukács o Morgenstern), centra su atención no en el problema de la correspondencia, el análisis del capitalismo y sus categorías o el análisis de sus fases históricas (esclavismo, feudalismo, capitalismo) como un todo, tampoco hace énfasis en las relaciones lógico-formales de los supuestos, sino que hace una detallada investigación sobre la genealogía de los postulados de la ciencia económica ortodoxa y su relación con el lenguaje, la filosofía y la política presentes en la fundación de esa escuela, lo cual permite conjuntar dos nociones importantes que serán útiles para los objetivos perseguidos en este trabajo: la idea de que no es posible la objetividad y neutralidad en las afirmaciones de la teoría gracias a la existencia del elemento político y las intenciones aunadas a éste en un momento histórico determinado (permitiendo la aparición de un elemento ideológico no explorado en sus estudios) y la necesidad del análisis de los fenómenos sociales más allá de los aspectos meramente económicos.

Siguiendo a esta idea, las aportaciones de Myrdal serán enriquecidas con otro autor central para los objetivos de este trabajo: Franz Hinkelammert, debido a que no solo

es afín al análisis interdisciplinario y es un estudioso de autores importantes ligados (en cierto grado) a la teoría neoclásica como Hayek, Friedman y Popper, sino que su crítica también se conjuga fácilmente con los planteamientos sobre el elemento político en Myrdal y genera un vínculo para entender a los problemas metodológicos como cuestiones asociadas al lenguaje, lo cual es una perspectiva que se diferencia a las críticas presentadas en cualquiera de los grupos anteriormente señalados.

Por último, se tomarán los planteamientos de Slavoj Žižek y sus categorías de análisis ya que este autor articula las aportaciones de Myrdal y Hinkelammert bajo una perspectiva del lenguaje y, a su vez, posibilita extenderlos hacia el ámbito de la crítica de la ideología, permitiendo: 1) construir conceptualmente una categoría paralela al elemento político de Myrdal: el elemento ideológico; 2) la introducción de Žižek al análisis económico es relativamente nuevo encontrándose principalmente en las aportaciones de Bjerg (2014) y Bjerg (2016); 3) se diferencia de autores marxistas como Lukács (1923) o Dobb (1973) al dar un nuevo enfoque a la idea clásica de la falsa conciencia y 4) su crítica a la ideología mediante el análisis del lenguaje, similar a las introducidas por Eagleton (1977) o Jameson (2013), es más radical al alejarse de las coordenadas clásicas marxistas, lo que le permite centrar el papel de las relaciones de poder y a la vez, eludir las tentaciones posmodernistas a la Lyotard (1987) o relativistas del estilo de McCloskey (1983) que afirman que toda la ciencia económica es una narrativa y por tanto todo es ideología.

Debido a lo anterior, el trabajo se dividirá en tres capítulos que contendrán los aspectos importantes de la investigación en conjunto. El primer capítulo abordará los planteamientos de Gunnar Myrdal y su crítica al método de la ciencia económica, en la cual se resaltaré el papel del elemento político. En el segundo capítulo, se abordará la crítica metodológica que hace Franz Hinkelammert a la teoría económica neoclásica, haciendo énfasis en su relación con el lenguaje al vincularla con la imposibilidad de sutura de la brecha entre las condiciones generales y las condiciones ideales mediante aspectos como la elección racional o el mecanismo de precios. El tercer capítulo implicará el desarrollo conjunto de las ideas de Myrdal y las contribuciones de Hinkelammert a la luz de la crítica a la ideología de Slavoj

Žižek, la cual mostrará el carácter ideológico de la teoría económica neoclásica y como esta, bajo la fantasía y la ficción, estructura la realidad cotidiana, mientras que su reproducción ideológica se da bajo la práctica consciente de la teoría.

Capítulo 1: El problema funcional o el *Elemento Político* de la teoría económica neoclásica.

Las distintas contribuciones de Gunnar Myrdal a la teoría económica se caracterizan por ser multidisciplinarias al combinar nociones teóricas de distintas áreas como la economía, la sociología, la filosofía y la psicología. Su interés por entender diversos fenómenos tanto económicos como sociales lo llevaron a extender sus investigaciones de un nivel teórico y metodológico a uno más empírico, de ahí que pasara del estudio del desarrollo económico a los problemas étnicos, institucionales e históricos de sociedades como la estadounidense, sueca o asiática.

Dada esta diversidad en sus investigaciones, Panico y Rizza (2009) categorizan su trabajo de acuerdo a: 1) el enfoque de la causación acumulativa que se erige en contraposición al enfoque del equilibrio estable; 2) la importancia del análisis multidisciplinario y crítico al estudiar el proceso de desarrollo; 3) la no existencia de un cuerpo de pensamiento que sea “objetivo” en el sentido de estar libre de valoraciones o juicios de valor.

Aunque en la práctica, los trabajos de Myrdal no se encierran completamente en las categorías anteriores debido a su constante búsqueda de interrelación, este capítulo se centrará en aquellas vinculadas a sus nociones de objetividad, pues permite entender la profundidad de su pensamiento y crítica con respecto a la neutralidad de la ciencia económica y la capacidad de la razón para separar los elementos de valor.

Ahora bien, para Myrdal (1930) la economía convencional mantiene siempre una posición que no revela del todo lo que es y lo que quiere decir, tanto en el lenguaje más formal y técnico (matemático) como en el más ordinario o frecuente (sentido común), esta aparente oposición a la claridad ha hecho que ciertas nociones normativas se hayan hecho pasar como conceptos científicos.

La intromisión de los elementos valorativos dentro de los conceptos básicos de los que hace uso la economía ha provocado que estos se erijan con un doble significado: uno que está vinculado a las nociones de “lo que es” y otros a “lo que

debería de ser”. Sin embargo, la diferencia entre ellos y el lugar al que se dirigen dentro del discurso económico no siempre está especificado y se tiene que inferir el mensaje mistificado de “lo que es”, del mensaje intencional de “lo que debería ser” a través de los supuestos y resultados.

En este sentido, las nociones del autor se asemejan a lo que más tarde Roland Barthes expresaría como los elementos denotativos y connotativos del discurso². Siguiendo a Barthes (1964) el concepto de denotación, representa a toda aquella significación evidente, directa, explícita y de reconocimiento inmediato del signo con el que se produce el mensaje, mientras que la connotación será toda aquella relación de significados no explícitos, ni directos de los que también está cargado el mensaje.

Cabe aclarar que tanto la denotación como la connotación son partes constitutivas del mensaje, propios de un discurso articulado, por lo que no es posible separarlos al estar en constante contraposición interdependiente. Esta coexistencia, más que circular y armónica revela la lucha entre los símbolos y sus elementos históricos materiales, donde se conjugan la intención, el contexto y el código al que se hace referencia.

Hay un hecho más en la definición... de denotación y connotación, a saber, el código... Pero el código es el código de una comunidad de hablantes y ninguna comunidad es homogénea. Todo lo contrario. No se puede hablar de una comunidad castellano-parlante monolítica, ya que tanto en lo referencial como en la información extra hay que tomar como punto de referencia el código de una comunidad concreta, enclavada en unas coordenadas geográficas, históricas y culturales determinadas. (Giudici, 2002 p. 57)

Con lo anterior, será posible observar como la objeción de Myrdal (1930) va encaminada inicialmente a criticar cierto reconocimiento implícito y compartido de “lo que son las cosas” que, aunque es tomado de la realidad aparente, no es para nada fortuito, ya que faculta el uso cotidiano e irreflexivo de ciertos conceptos

² Aunque el estudio de Barthes de 1964 principalmente retoma a los signos no lingüísticos, como las expresiones, gestos, iconos, etc. (de ahí que haga centrales a la imagen, el icono, la publicidad, etc.) sus estudios se extienden a todo el aparato de la semiología por lo que tanto la denotación como la connotación también existen dentro de los signos lingüísticos como la palabra o el texto.

económicos, los cuales son tomados tanto por expertos como por el individuo común, *como si* estos se revelarían a sí mismos y fueran evidentes, *como si* estuvieran completamente explícitos por el mero hecho de su enunciación, o *como si* estuvieran enclavados en un código común “homogéneo”, pues únicamente denotan un significado reconocible, inmediato, y fuera de cualquier duda.

El problema de esto es que cualquier enunciación que parta de esta realidad inmediata en el discurso económico se planteará a sí misma como una descripción de “*lo que es*” y cualquier cuestionamiento hacia este estatuto puede ser confrontado con el sentido común³ (que no es otra cosa más que el razonamiento normalizado del *statu quo* acorde a un espacio y momento histórico determinado), pretendiendo que lo evidente o denotado en el discurso es lo único que existe, sin embargo, como éste se compone del binomio denotación/connotación queda oculta a los propios ojos del sujeto los elementos “*de lo que debería ser*” que connotan su misma enunciación.

Myrdal (1930) advierte este problema y afirma que tal confusión es el resultado de la forma en que la tradición del derecho natural tomaba como equiparable lo que es una “*ley*” con lo “natural”. Por lo que, para el autor, al extenderse y adoptarse estas nociones en el siglo XIX en lo que sería la filosofía utilitarista, la confusión seguiría vigente, aunque la referencia a “lo natural” sea sustituida por nociones sobre el dolor y el placer o, en términos más modernos, al ocio y el trabajo.

Una vez rastreado el origen de la confusión entre “lo que es” y “lo que debería ser” en la filosofía utilitarista, el interés de Myrdal pasa a intentar reconstruir la forma en que se organiza el código del discurso económico y sus implicaciones en el sentido común:

Puesto que la ciencia social no es nada más que sentido común altamente sofisticado, debemos comenzar en la forma más útil nuestra investigación, intentando caracterizar la concepción del mundo de la gente común y corriente de nuestra sociedad sin excluir a los

³ Ejemplo de esto se encuentra en Solow cuando afirma que “...me gustaría citar las profundas advertencias que expresó el principal estudioso de las estadísticas del beisbol, las tengo enmarcadas y colgadas en mi pared: Ningún número de evidencias estadísticas (aparentes) hará que una información sea inmune al sentido común” (Solow, 2018 p. 25)

científicos sociales mismos cuando se forman nociones de las cosas, fuera de su rama de estudio e incluso tal como veremos dentro de ella (Myrdal, 1970 p. 18)

Como señala Giudici (2002) todo discurso se articula mediante coordenadas geográficas, históricas y culturales determinadas. Las cuales son compartidas por una comunidad específica, formando así un código. En este sentido, la teoría económica emplea estos códigos en la formación de su discurso, sin embargo, el uso de conceptos ordinarios como equilibrio, balance, función, etc. en conjunto con referencias hacia el trabajo o el capital, por ejemplo, hace difícil diferenciar las nociones del uso común fijadas en tales conceptos y los usos científicos que se le adjudican.

Esto es porque en el quehacer teórico del economista el código que se comparte se representa a sí mismo como evidente, por lo cual no es necesaria una prueba constante sobre su validez, en otras palabras, ya que los elementos de este código se presentan a simple vista en el mundo real, no hay forma de dudar que una mercancía sea una mercancía y se comporte como tal, lo mismo se puede decir de un empresario y sus funciones, etc.

“En los textos en los que se discute la política económica en términos prácticos adaptados a los problemas concretos, solemos encontrar que los elementos de las doctrinas políticas específicas se introducen como simples afirmaciones, sin la parafernalia de la prueba que los escritores en cuestión, sin duda, sienten que podrían suministrar fácilmente si se requiere” (Myrdal, 1930 p. 19)

El discurso presentado como evidente o natural ante los fenómenos de la realidad inmediata crean cierta significación automática produciendo y reproduciendo las formas en que se articula el discurso:

“Las formas lingüísticas que la tradición ofrece al teórico de la economía lo atrapan a cada paso en sus antiguas asociaciones. Le tientan continuamente a proponer valoraciones y reglas de conducta cuando debería limitarse a describir y explicar desinteresadamente... Los términos tienen una importancia peculiar en las ciencias sociales, ya que representan estructuras de ideas metafísicas que están firmemente ancladas en nuestra tradición de pensamiento. Se han desarrollado dentro de esta tradición y han sido moldeados por ella. La tradición es a la vez persistente y elástica. (Myrdal, 1930 p. 19-21)

El resguardo de la teoría en su propio código o tradición se autoafirma como mero conocimiento sin un propósito específico, pero esto no exime el hecho de que el discurso mantenga intencionalidad en su enunciación, y por tanto no pueda considerarse neutral⁴. Esta no neutralidad en el discurso de la teoría económica es vigente aun si el sujeto que enuncia no es consciente de los problemas de fondo que está utilizando.

Una función, es decir, un objetivo práctico -como, en el caso de la lengua, la comunicación- está siempre ligado al punto de vista del cual resulta la pertinencia de un conocimiento de la realidad material... en consecuencia, no hay conocimiento de la realidad material que sea solo conocimiento. Dicho de otro modo, la manera de conocer los objetos de un universo de discurso apunta siempre a actuar de cierta manera sobre los objetos que componen otro universo de discurso... luego, implica siempre una praxis” (Prieto, 1976 p. 12)

Para Myrdal (1970) la gente cree lo que quiere creer debido a un propósito, de ahí que afirme que tanto la ignorancia como el conocimiento son *oportunistas*. Además, planteará que cualquier intento de crítica o exposición a las connotaciones del discurso empleado generará cierta resistencia, pues la gente (al igual que el científico social) está interesada en ocultar sus valoraciones, sus contradicciones y sus conflictos lógicos, por lo que en aras de cumplir este cometido o mitigar su exposición, aceptan falsedades que permitan mantener la consistencia y el orden de sus propias narraciones y su espacio de acción.

Los hechos no se organizan a sí mismos en conceptos y teorías sólo porque se observen: en verdad, excepto dentro de la estructura de conceptos y teorías, no hay hechos científicos, sino solo caos. Hay un elemento *a priori* ineludible en todo el trabajo científico. Se deben plantear las preguntas antes de obtener las respuestas. Todas las preguntas son expresión de nuestro interés en el mundo. En el fondo son valoraciones. Las valoraciones están por lo tanto necesariamente involucradas en una situación cuando observamos los hechos y llevamos adelante el análisis teórico y no solo en la etapa en que extraemos inferencias políticas de los hechos y de las valoraciones (Myrdal, 1970 p.14)

⁴ “La historia de la ciencia, después de todo, no consta de hechos y de conclusiones derivadas de los hechos. Contiene también ideas, interpretaciones de hechos, problemas creados por interpretaciones conflictivas, errores, etc. En un análisis más minucioso se descubre que la ciencia no conoce “hechos desnudos” en absoluto, sino que los “hechos” que registra nuestro conocimiento están ya interpretados de alguna forma y son, por tanto, esencialmente teóricos” (Feyerabend, 1975 p. 3)

Si se tiene en cuenta que, en los discursos los elementos de denotación y connotación están siempre presentes y en constante lucha por fijarse a un referente y significarlo, darle sentido, entonces en este conflicto todo aquello que se denota es el resultado de una batalla entre los distintos signos y significantes para cargar de sentido un elemento por sobre otro, lo que da lugar a un descarte o desplazamiento de significantes que se aglutinan en lo connotado. De esta manera, para que el estado de cosas se mantenga, es necesario que uno o varios elementos connotados se dirija intencionalmente a mantener ese estado de cosas, es decir, los elementos del discurso que no se expresan, que son implícitos o que quedan ocultos son la condición necesaria para que lo que se enuncia tenga coherencia y legitimidad. Este proceso se da incluso si el sujeto no es consciente de esto. De ahí que lo connotado soporte la carga de sentido de lo denotado.

Lo interesante de esto es que, si el binomio denotación/connotación son interdependientes e inseparables, en el discurso siempre se posicionará un cumulo de significantes en el espacio connotativo que dará lugar a cierto enunciado denotado y al mismo tiempo, se generará una posición, la cual estará determinada por las valoraciones por las que ésta se sustenta en un contexto histórico, económico, político y cultural específico. Esta imposibilidad de salir del problema valorativo de la red que estructura el discurso económico es lo que Myrdal denominó como el *Elemento Político*, aunque puede extenderse a cualquier discurso de las ciencias sociales.

Lo anterior genera una brecha epistemológica importante y que Myrdal explica con un ejemplo de la siguiente forma:

El inofensivo término "función" también se vuelve peligroso si no se indica con qué fin o propósito se define la "función". Se puede decir, por ejemplo, que la "función del empresario es asumir los riesgos" o "combinar los factores de producción" o "dirigir la producción". Se trata de discursos teleológicos, tan inocentes como los que adornan las cartillas de biología en las que se explica que la función del corazón es actuar como bomba del sistema sanguíneo. Pero en economía es, como sabemos, tan fatalmente fácil proceder como sigue: Como recompensa por realizar esta función, recibe un beneficio", y después ir más allá y considerar que el hecho de que el empresario cumpla una "función" constituye una especie de justificación del beneficio que recibe.... Esta elección de la fraseología puede estar

justificada por razones de estilo, ya que añade un toque de vivacidad a la exposición. Pero la metáfora "función" está asociada a la vieja idea de que en el equilibrio el precio es el "correcto" y que los factores de producción se destinan a los usos más económicos" (Myrdal, 1930 p. 21)

Así, es posible pensar que incluso el uso de metáforas tiene ya una carga intencional que define una posición con respecto a un discurso, eliminando cualquier tipo de pretensiones de neutralidad. Por ejemplo, siguiendo a Myrdal (1930) conceptos como productividad, equilibrio, balance, ajuste, etc. son utilizados en el discurso económicos para acercar la metáfora de lo que es "lo económico", "lo justo", "lo natural", "lo equitativo", etc.

Debido a esto, el Elemento Político identificado por Myrdal (1930) tiene implicaciones en la teoría neoclásica que recaen en dos aspectos importantes: 1) en el proceder conceptual y figurativo de la teoría y 2) en el desarrollo metodológico de la misma.

Para entender el primer punto y su problemática, es necesario tener en cuenta que la forma en que la teoría conceptualiza ciertas descripciones de la realidad está irremediabilmente atravesada por el lenguaje (en cuanto a su relación de significantes, símbolos, etc.). Sin embargo, el problema central al mantenerse dentro de los límites del lenguaje, es que éste es incompleto, en la medida en que siempre hay una deuda con las ideas, con lo imaginario que no puede o logra simbolizarse. Este no es un problema de voluntad del individuo que enuncia sino de una falla estructural dentro del propio lenguaje.

Tal falla en la estructura, siguiendo a Laclau y Mouffe (1987), se observa en la inexistencia de significantes que sean universales y a la vez no sean contingentes, es decir, que fijen su contenido a través del tiempo. Ahora bien, debido a que no hay un significante maestro al cual se pueda hacer referencia siempre, y del cual se pueda partir para captar la realidad de los objetos que se estudian, aprehendiendo así la esencia del objeto, de contemplar su *en sí* kantiano sin mediaciones, es que surge la idea de que el significado de todo concepto solo puede ser capturado por

una cadena de significantes con referencias interdependientes pero que nunca logran capturar satisfactoriamente al objeto *en sí*.

De esta forma, en el mero hecho de construcción del significado hay ya una brecha que es imposible de cerrar y que es originada por la relación entre el lenguaje y sus signos y la realidad *en sí* (lo mismo sucede con los objetos). Este es el origen del problema figurativo.

Ahora bien, si el lenguaje nunca logra simbolizar al objeto de estudio de forma satisfactoria y esto genera la brecha entre la realidad y el mismo, entonces, para solventar el vacío, bastaría con encontrar un elemento ajeno al lenguaje que permita superar su limitación y ayude a capturar al objeto, eliminando toda huella de la brecha. Sin embargo, esta es una tarea imposible, ya que no se puede escapar de los límites de simbolización para la propia simbolización, por lo que paradójicamente, la solución para la brecha debe encontrarse en el mismo lenguaje, pero como este es incapaz de hacerlo, el problema de la brecha es irresoluble.

Pese a esta característica estructural del lenguaje, esto no imposibilita la simbolización, sino que se vuelve más creativa. Así, los recursos literarios toman relevancia en el quehacer económico, ya que estos ayudan a solventar esta ruptura (aunque de manera contingente y siempre insatisfactoriamente), por lo que es normal y recurrente el uso de figuras tales como la metáfora, la analogía, la parábola, etc. en la forma en que se estructura la ciencia económica tanto teórica como práctica.

Ahora bien, este fallo en la simbolización y que Myrdal (1930) plantea como problemas de fraseología y de estilo con carga normativa, permite que se dote al mundo real de propiedades animistas a modo de comprenderlo, por ejemplo, las analogías que se hacen acerca de la economía como un cuerpo con sus extremidades como partes constitutivas de un sistema económico vienen inscritas desde Quesnay y su tabla económica, o la metáfora sobre las burbujas inmobiliarias o especulativas que propician las crisis de Kindelberger y Minsky.

Como se observa, las figuras literarias ayudan a la aprehensión del conocimiento o el entendimiento de la problemática de estudio, sin embargo, esto ha propiciado confundir la figura literaria por su literalidad, haciendo que una manera de entender al objeto se proyecte al objeto mismo (idealizando una idea), por ejemplo, al confundir los fenómenos descritos similarmente como idénticos. Debido a esto es que Myrdal (1930) crítica el uso irreflexivo de las figuras, pues esto ha permitido la entrada del elemento político en el quehacer económico.

...hay que tener cuidado con las metáforas en economía. En primer lugar, la actividad económica es dinámica y no hay constantes, por lo que si se calcula la elasticidad de la demanda en un conjunto de condiciones no se debe esperar que sea la misma en condiciones muy diferentes. Hasta ahora no hemos llegado a factores suficientemente fundamentales en economía, y probablemente nunca lo haremos para poder establecer coeficientes constantes, como se hace en las ciencias naturales. Esta falta de puntos fijos crea dificultades en la formación de conceptos, mientras que su existencia en las ciencias naturales hace menos peligroso allí el uso de metáforas animistas. Los argumentos científicos, al menos hoy en día, son más inmunes a las sugerencias animistas (Myrdal, 1930 p. 59)

Extendiendo las nociones de Myrdal sobre el problema figurativo mediante la noción estructural de la brecha propiciada por el lenguaje, se puede mostrar que las cuestiones de estilo que le preocupaban, se enmarcan dentro de la propia imposibilidad de formar conceptos que no hagan referencia a otros significantes y a la brecha misma del lenguaje, mientras que el elemento político no es solo un desliz o desplazamiento para justificar una motivación oculta, sino que es esta incompletitud la que permite la existencia de cierta tendencia irresistible a rellenar el vacío y justificar tal acción mediante valoraciones, siendo este lugar el espacio donde se inserta el elemento político.

Hasta este momento se ha mostrado como Myrdal (1930) ubica el origen del problema de las valoraciones en la ciencia económica desde la tradición filosófica del derecho natural la cual, eventualmente formará parte del bagaje filosófico, cultural, económico y político que inspirarían la filosofía utilitarista de finales del siglo XVIII y principios del XIX que conformarían las bases para la teoría económica neoclásica moderna. Además, para el autor, este desarrollo teórico no ha estado

exento de problemas metodológicos, originados por un irreflexivo seguimiento de la tradición y de la propia formación figurativa del discurso económico.

Así, su crítica se posiciona inicialmente en comprender que toda enunciación tiene una posición, por lo cual, no existe un código homogéneo que sea tomado desde la realidad social y, por ende, sea completamente neutral, no valorativo. La realidad de todo discurso económico tiene como base un contexto y una intención y por ende no pueden ser objetivos.

De lo anterior es que surge el elemento político en Myrdal (1930) ya que toda fraseología o problemas de estilo disimulan los aspectos normativos que se connotan entre metáforas y analogías, dado que las ciencias sociales, a diferencia de las ciencias naturales, no tienen variables constantes, puntos fijos en los cuales se pueda afirmar un espacio de neutralidad y del cual se pueda representar sin mediación los fenómenos económicos.

Myrdal en su *Elemento Político* de 1930 y en *Objetividad de la Ciencia Sociales* de 1970 observa que una vez se denuncia la no neutralidad de las afirmaciones es común que haya resistencia a las mismas y por lo tanto, en el quehacer económico, sea común que pese a la contradicción, inconsistencia o crítica se acepten falsedades a modo de adquirir cierta coherencia lógica que permita desplazar estos problemas, lo cual consiste en una cuestión metodológica y epistemológica de importancia, pues implica que la ciencia no está exenta de las relaciones de poder y mistificaciones.

Ahora bien, los elementos anteriores ligados a las nociones sobre la brecha del lenguaje permiten extender las ideas de Myrdal, desde un problema individual a uno estructural en donde la cuestión del elemento político es parte integral de la imposibilidad de simbolización del lenguaje lo cual no es una limitante sino un espacio de posibilidad creativa, de esta manera, la utilización de las figuras literarias no son motivaciones individuales sino los mecanismos de sutura o cierre (contingente e incompleto) de la brecha, que permiten articular “coherentemente” a los significantes con la realidad social y en el intento por justificar tal acción es que se inscribe el elemento político y sus valoraciones.

Continuando con el segundo problema inscrito en la existencia del elemento político y la brecha del lenguaje, en el siguiente capítulo se explicará el proceder metodológico de la teoría económica neoclásica tomando como ejemplo el discurso del mercado competitivo, mostrando como los planteamientos lógicos parten no de la irrealidad, pues esta es una cuestión común en el quehacer teórico, sino de aspectos trascendentales que intencionalmente resultan en cuestiones *ad hoc* para el sostenimiento del *statu quo*.

Capítulo 2: La problemática metodológica de la teoría económica

Continuando con Myrdal (1970), se espera que en el trabajo analítico del economista exista la necesidad de inventar y analizar sociedades imaginarias de distintas formas, de modo que se posibilite la construcción de modelos teóricos que permitan entender los fenómenos mediante una serie de supuestos abstractos. De manera que la crítica no puede partir de la posición sobre la lejanía de estos supuestos frente a la realidad social, sino más bien de su consistencia lógica interna. Sin embargo, como se ha expuesto anteriormente, la crítica también se relaciona con la intencionalidad del discurso, puesto que todo acto de enunciación corresponde al mismo tiempo a un posicionamiento.

Para efectos de lo anterior, se analizará el funcionamiento del método de la teoría económica neoclásica utilizando como referencia uno de los supuestos fundamentales de la misma: la competencia perfecta. La utilización de este elemento, permitirá observar la manera en que ésta forma sus relaciones conceptuales y como devienen en efectos interrelacionados con un discurso acorde a las premisas y resultados, para lograrlo primero se hablará sobre el mercado y su centralidad.

La teoría económica neoclásica parte de una idea que pone en el centro al mercado, sin embargo, esto no es una casualidad, ni una formación accidental. Como afirma Polanyi (2007) el centro que toma el mercado en la sociedad actual es algo relativamente nuevo, anteriormente la organización política, económica y social estaba regida por principios como la costumbre, el derecho, la magia y la religión, los cuales son móviles distintos a la motivación sobre el beneficio que es tan imperante hoy en día.

Es cierto que ninguna sociedad puede existir sin que exista un sistema, de la clase que sea, que asegure el orden en la producción y en la distribución de bienes, pero esto no implica la existencia de instituciones económicas separadas, ya que normalmente el orden económico es simplemente una función al servicio del orden social en el que está operativamente integrado... no ha existido ni en el sistema tribal ni en la feudalidad o en el mercantilismo un

sistema económico separado de la sociedad... Este modelo institucional únicamente podía funcionar sometiendo de alguna manera a la sociedad a sus exigencias, pues una economía de mercado no puede existir más que en una sociedad de mercado. (Polanyi, 2007 p. 128)

Si se entiende al mercado como el espacio abstracto de conjugación o contacto entre vendedores y compradores, es decir, el lugar donde se encuentra la oferta y la demanda de mercancías, entonces una sociedad de mercado es aquella que está orientada al intercambio de mercancías. De esta manera, en lugar de que la economía se vea enmarcada por el conjunto de las relaciones sociales, la operación es contraria, pues son las relaciones sociales las que se ven enmarcadas por el sistema económico en su conjunto. Este cambio histórico concreto es de vital importancia para el posterior desarrollo de la sociedad, pues implica que dentro de ella solo importan las relaciones económicas excluyéndose así cualquier otro tipo de relación. Una vez que el sistema económico se organiza y configura los elementos institucionales de los que se servirá, fundado sobre móviles y roles específicos, la sociedad se ve obligada a acatar las formas y leyes determinadas por el sistema que le permitirán funcionar.

En este sentido, la teoría económica neoclásica, desde su configuración por medio de teóricos como Jevons, Menger, Walras y Marshall, ha intentado encontrar las leyes del sistema por medio del único mecanismo social de funcionamiento a su alcance: el mercado. Por lo que no es de extrañar que el método de la teoría económica neoclásica se inicie a partir de este rasgo identificable y central. De aquí se origina su interés por la formación de precios, pues este es el indicador del estado del sistema económico en su conjunto.

Es bien sabido que los economistas entienden por mercado, no un lugar concreto donde se consumen las compras y las ventas, sino todo un territorio cuyas partes están unidas por relaciones de libre comercio, de modo que los precios se nivelan con facilidad y rapidez (Cournot 1838, en Jevons 1871 p. 126)

Los mercados, ferias, bolsas, las subastas periódicas, tal como suelen celebrarse en las grandes ciudades marítimas, y otras instituciones públicas similares persiguen el objetivo de reunir permanentemente o cuando menos a intervalos regulares y en determinados puntos a todos los interesados en la formación del precio de una mercancía, para conseguir que dicho precio se situé en niveles económicos. (Menger, 1871 p. 190)

Siguiendo a Polanyi (2007), debido a que el mercado es el punto de donde surgirán todas las relaciones, es una necesidad social y económica el mantenimiento del mismo. Gracias a esto, Hinkelammert (1984) afirmará que las categorías de la teoría neoclásica alrededor del mercado se construyen a través de conceptos límites polarizados, por un lado, encontrarán todos los elementos que conllevan al caos, pues implican el malfuncionamiento del sistema (concepto límite negativo) y, por el otro, aquellos que permiten su correcto funcionamiento, que en la teoría se identifican con los mercados perfectamente competitivos (concepto límite positivo).

En este sentido, la teoría económica toma un rasgo empírico como el movimiento de los mercados y mediante una proyección al infinito deduce los polos por los cuales una progresión infinita de acciones lleva a uno u otro extremo.

Tanto el caos como la competencia perfecta son conceptos no empíricos, los cuales engloban la realidad empírica limitándola. Sin embargo, los dos conceptos límites trascienden esta realidad empírica del mercado y constituyen, por tanto, conceptos trascendentales, en referencia a los cuales la realidad empírica es interpretada. Son conceptos imaginarios de la realidad y por tanto no factibles, pero de ninguna manera son conceptos arbitrarios. Son empírica idealizada a partir de rasgos generales de la realidad, que es considerada en términos del mercado amenazado (Hinkelammert, 1984 p. 56)

Muestra de la existencia del caos como concepto límite y el libre cambio como concepto positivo se encuentra en Jevons (1866), por ejemplo, en su conferencia introductoria en la Owen's College, titulada *The Importance of Diffusing a Knowledge of Political Economy*, existen una serie de planteamientos que dejan en claro la preocupación del autor por como las actividades recientes de los laudistas, los sindicatos y la clase obrera en general, al estar guiadas por el intento de limitar la introducción de maquinaria a los lugares de trabajo o la exigencia de mayores salarios, atentaban contra la libertad, el progreso y el prestigio de la industria inglesa.

Para el autor, esta posición de exigencia, a pesar de estar sustentada en la inteligencia y el sentido común, carecen del conocimiento de las leyes naturales y humanas que la economía provee, lo cual ha llevado a que, en su intento por mejorar sus condiciones, la masa de la clase trabajadora atente contra sus propios

intereses. De ahí que esta conferencia estuviera dedicada a instruir a profesores de escuelas primarias públicas sobre la importancia de la enseñanza de la economía política a partir de los ocho años de edad.

...he querido dejar claro que el avance de la inteligencia y de la libertad no puede sino conducir a nuestros operarios a la pérdida y al desastre, a menos que se les proporcione un conocimiento adecuado de las leyes naturales de las que no pueden escapar y a las que deben obedecer en última instancia. Los hombres creen que con la derogación de las leyes humanas se vuelven libres para actuar como quieran. Deben aprender que hay leyes naturales, incluso de la naturaleza humana, que no pueden violar, pero contra las cuales pueden fácilmente, por ignorancia, lanzarse a su propia destrucción (Jevons, 1866 en Collison Black, 1984 p. 51)

Al evocar a las leyes naturales y de la naturaleza humana, Jevons afirma la existencia de un orden superior que es imposible de violar aun por la voluntad e inteligencia, por lo que es necesario conocer y reconocer las reglas del mismo a modo de obedecer correctamente sus designios, sin embargo, las connotaciones del discurso se dirigen en principio a la búsqueda de un paralelismo, como ya Myrdal (1930) daba cuenta, entre las leyes naturales con las leyes de la economía y, en segundo lugar, a plantear los límites tanto políticos, económicos como sociales del orden y sus consecuencias negativas o conceptos límites negativos, los cuales no pueden sino conllevar a atentar contra los propios intereses, al desastre, o bien, a la propia destrucción de la humanidad.

Jevons (1871) es consciente de que el libre mercado y la competencia perfecta es un estado teórico que no es empíricamente demostrable, y que su cumplimiento depende de un completo y constante conocimiento del estado real de los precios y, al mismo tiempo, de la oferta y la demanda en el comercio.

El concepto teórico de un mercado perfecto se lleva a la práctica de forma más o menos completa. Es labor de los corredores en cualquier mercado importante organizar el intercambio de modo que toda transacción se haga con el conocimiento más exhaustivo de las condiciones del comercio... Sólo así se puede asegurar en todo momento un precio de mercado definido y que varía de acuerdo con las frecuentes noticias susceptibles de afectar a compradores y vendedores. Un mercado, por tanto, es teóricamente perfecto sólo cuando todos los participantes tienen un conocimiento perfecto de las condiciones de oferta y

demanda y de la consiguiente relación de intercambio. Y en tal mercado... sólo puede haber en cada momento una relación de intercambio para una mercancía uniforme. (Jevons, 1871 p. 127)

Siguiendo a Hinkelammert (1984), es posible mapear el esquema metodológico del autor inglés, donde primeramente se genera un mercado imaginario que se utiliza para poder interpretar a la economía de mercado en su conjunto, para luego, hacer explícitas algunas de las razones que limitan su comprobación empírica: completo conocimiento, organización instantánea, mercancía uniforme; por último, expone la necesidad de este recurso en términos teóricos ya que “sólo así se puede asegurar en todo momento un precio de mercado definido y que varía de acuerdo con las frecuentes noticias susceptibles de afectar a compradores y vendedores”, es decir, debido a que el mercado es la institución central y este es de hecho un mecanismo de funcionamiento, entonces este debe de funcionar (por muy tautológico que parezca).

De esta manera los conceptos límites y trascendentales: competencia perfecta y caos (o destrucción de la humanidad para hacer más énfasis en lo indeseable de tal situación) son los parámetros por los que se medirá el funcionamiento del mercado como institución. Como se espera que haya una organización inmediata entre compradores y vendedores por medio del precio, el cual es el indicador por excelencia del estado del mercado, entonces el buen funcionamiento del mismo se llevará a cabo cuando éste mantenga un equilibrio entre oferta y demanda y, por ende, no haya distorsiones en los precios. Por el contrario, si se trastocan los precios impidiendo su correcto funcionamiento como indicadores, existirá un mal funcionamiento del mercado al imposibilitar la coordinación inmediata y adecuada del “cuerpo comerciante” o los agentes, provocando desviaciones del equilibrio entre oferta y demanda, lo cual acercaría a la humanidad al caos.

Dado que es importante el mantenimiento de la coordinación entre la oferta y la demanda al igual que los precios, la preocupación política de la economía se dirige al mantenimiento efectivo del equilibrio en los mercados. Sin embargo, aquí suceden dos situaciones entrelazadas, por un lado, ya que la institución central es el mercado, el que haya una preocupación política no es sinónimo de que esta sea

una acción conjunta o planeada entre individuos, pues tal como Jevons (1866) afirma, es una reacción más o menos completa mediada por la comunicación entre comerciantes y los precios. Por otro lado, aunque estas reacciones sean dependientes de la comunicación, el acercamiento al equilibrio, aunque bajo un mecanismo de ajuste o tanteo, se piensa es progresivo y congruente con un equilibrio teórico.

Así por ejemplo Walras explica lo anterior bajo la ley de la oferta y la demanda:

Dadas dos mercancías, para que el mercado se encuentre en equilibrio, o para que el precio de una en términos de la otra sea estacionario, es necesario y suficiente que la demanda efectiva de cada una de las mercancías sea igual a su oferta efectiva. Si esta igualdad no se cumple, es preciso, para alcanzar el precio de equilibrio, un alza en el precio de la mercancía cuya demanda efectiva es superior a su oferta efectiva, y una reducción del precio de aquella cuya oferta efectiva es superior a la demanda (Walras, 1874 p. 205)

Desde esta perspectiva, la actividad económica está determinada únicamente por factores mercantiles y el mecanismo de funcionamiento del mercado, es decir, los precios, funcionan cuando estos indican el estado de exceso o escasez de mercancías. Hasta el momento, nada nuevo, sin embargo, Walras agrega que:

Se ve claramente en que consiste el mecanismo de la competencia en el mercado; es la solución práctica, a través de las alzas y bajas en los precios, al problema de intercambio, del que hemos dado una solución teórica y matemática... la solución práctica es de una rapidez y seguridad tales que no deja nada que desear. Puede observarse en los grandes mercados que funcionan incluso sin corredores ni agentes, que el precio corriente de equilibrio se determina en pocos minutos y que cantidades considerables se cambian a dicho precio en media hora o tres cuartos. Por el contrario, la solución teórica sería en casi todos los casos absolutamente impracticables (Walras, 1874 p. 205)

Rescatando cuatro elementos de importancia del texto de Walras: 1) nuevamente aparece el concepto límite de competencia perfecta el cual es reconocido como "impracticable"; 2) lo que se plantea como realizable y comprobable es la idea que afirma que si se sigue una serie progresiva de movimientos en los precios, bajo el mecanismo de competencia, el resultado aunque no es el esperado teórico perfecto "no deja nada que desear"; 3) como los factores que afectan la actividad económica son únicamente mercantiles, la existencia de una preocupación política de los

individuos no es relevante para el análisis, lo que importa únicamente es su integración a su papel como ente económico con preferencias, el cual reacciona ante los indicadores del mercado, es decir, se limita a ser tomador de decisiones económicas frente a los fenómenos económicos en relación a las opciones vigentes en el mercado; 4) por último, de acuerdo al planteamiento de Jevons (1871) y Walras (1874), como este mecanismo, tanto en su faceta teórica como empírica, mantiene una correspondencia directa con la naturaleza de los fenómenos económicos, o con la ley natural como afirmaría Myrdal (1930), los agentes no son propiamente necesarios para que el mecanismo se realice, éste es automático dado que el funcionamiento del mercado obedece a sus propias leyes, por lo que éste se autorregula, de ahí que el mecanismo “puede observarse en los grandes mercados que funcionan incluso sin corredores ni agentes” (Walras, 1874 p. 205).

La razón de que la teoría económica se articule con respecto a este concepto límite positivo, no empírico o irrealizable, no es propiamente una necesidad teórica, sino fáctica. El equilibrio no es lógicamente contradictorio, si no de hecho, inalcanzable. Como no es posible alcanzarlo como meta, se piensa entonces que es posible aproximarse, por lo que los teóricos pasan a buscar los mecanismos sociales que puedan aproximar este comportamiento idílico, encontrando que la única aproximación posible es de hecho mediante el mecanismo de funcionamiento social *per excellence*: el mercado y sus leyes inmutables ya socialmente y económicamente funcionales.

De acuerdo con Hinkelammert (1984) metodológicamente la teoría económica:

...partió del mercado empírico, pasó a construir en forma idealizada un concepto límite del mercado llamado competencia perfecta (equilibrio), constató que no es calculable y concluye que podemos esperar que el mercado empírico producirá una aproximación a este equilibrio idealizado... (así) se idealiza un fenómeno empírico y se concluye que éste se acerca a esa su idealización (Hinkelammert, 1984 p. 58)

Ahora bien, el hecho de que se enuncie una tesis sobre la existencia del equilibrio y la tendencia al mismo solo constituye que, en términos formales, aparezca una posibilidad de realización. Aun faltaría demostrar que el mercado siga un

movimiento progresivo de adaptaciones simultaneas que lleven a tal equilibrio o lo aproximen desde la lógica formal. En otras palabras, al proyecto neoclásico le hace falta demostrar que la idea proveniente de Smith (1776) que afirma que el sistema económico ideal para una sociedad está basado en el liberalismo y las relaciones mercantiles sea en realidad factible. Para esto, al igual que en el pensamiento de Walras (1874) es necesaria una coordinación exitosa entre múltiples agentes, en múltiples lugares, con múltiples mercancías mediante el sistema de precios, de ahí que sea de vital importancia que se demuestre que la tendencia y el equilibrio existan y que estos sean deducidos de los propios mecanismos del mercado.

Por lo que respecta a la competencia libre entre los empresarios, no es el único procedimiento para obtener la igualdad entre precio de venta y coste de producción... la economía política aplicada debe preguntarse si la competencia libre es siempre el mejor camino para lograr esto (Walras, 1874 p. 126)

Sin embargo, los esfuerzos y herramientas formales de teóricos como Jevons, Walras y Marshall fueron insuficientes para lograr este cometido, de hecho este problema se extiende hasta la actualidad, por lo que es común encontrar en los artículos y textos sobre el tema algún espacio dedicado a la posible realización de tan titánica tarea en el futuro, por ejemplo, Hayek escribe que “la única dificultad es que todavía estamos bastante a oscuras sobre: a) las condiciones en las cuales se supone la existencia de esta tendencia; b) la naturaleza del proceso por el cual se cambia el conocimiento individual” (Hayek, 1952 p. 28 en Hinkelammert, 1984 p. 59)

Cañidos a la estructura del pensamiento racionalista y acotados a los mecanismos del mercado, la forma de probarlo, al menos en principio, es pensando el problema desde un extremo positivo acorde a la afirmación, es decir, cuando el mercado efectivamente regula toda la función económica y social. Aunque esto conlleva a que la tarea deba realizarse mediante planteamientos en términos completamente abstractos.⁵

⁵ Aunque si se piensa el objetivo y el estado actual de la teoría neoclásica en este sentido, toma aún más relevancia la denuncia de Myrdal (1930, 1970) sobre la necesidad de desvincular el quehacer científico del economista de los discursos normativos, pues no es posible hacer pasar una opinión en nombre de toda la

Ahora bien, esta estrategia no supone una limitación, puesto que ayuda a comprender y categorizar el funcionamiento de un elemento de la realidad, sin embargo, esto no exime el hecho de que existan problemas internos e irresolubles acordes al ejercicio de abstracción. Por ejemplo, el análisis del concepto de competencia perfecta, a pesar de ser reconocida y usada heurísticamente por Jevons (1866) o Marshall (1931) como una abstracción, muestra una contradicción importante que inhibe la posibilidad de pensarla tanto en términos teóricos como prácticos.

Desde la óptica de Marshall “el significado estricto de la competencia parece ser la lucha de una persona con otra en relación con una oferta de compra o de venta de alguna cosa” (Marshall, 1931 p. 23). Al ser una lucha dentro del mercado, se infiere que ésta es económica y más propiamente de precios, por lo que el concepto implica estrategia económica con miras a “intercambiar con cualquier otro por la menor ventaja perceptible” (Jevons, 1871 p.126), es decir, se busca un beneficio. A su vez, como es necesaria la relación entre individuos que compran e individuos que venden, implica pues intereses contrarios, de modo que “como compradores los participantes en el intercambio demandan pujando al alza, y cómo vendedores ofrecen pujando a la baja y su actuación conjunta genera de esta forma un valor de cambio determinado de las mercancías, a veces ascendente, a veces descendente y otro estacionario” (Walras, 1874 p. 180), el intercambio en competencia entonces se da cuando los intereses se encuentran, es decir, cuando los compradores satisfacen su deseo al comprar una mercancía y los vendedores obtengan su beneficio económico.

El hecho es que, si se reflexiona esto, el concepto de competencia perfecta no habla de una posibilidad, ni siquiera en términos abstractos, sino de una imposibilidad. Es la forma del lenguaje de rellenar una falta constitutiva o estructural en el pensamiento neoclásico, ya que, si la competencia es perfecta, no hay motivos para que exista estrategia económica entre oferentes (por ejemplo la publicidad o la

ciencia económica ni mucho menos sacar conclusiones políticas de los supuestos que se han destinado a un juego teórico, un ejercicio mental que no ha terminado de concretarse.

diferenciación del producto) o que haya ofertas que no se conozcan pues implica un conocimiento completo de las condiciones de mercado, además, como no hay variaciones en los precios, pues ambos agentes son precio aceptantes, no hay mecanismos de pujas al alza o la baja, sino que el intercambio, si es que existe, es programado o automático, por lo que se anula todo indicio de la competencia y sus características tanto económicas como sociales. En estos términos, la competencia perfecta implica la no existencia de la competencia, de ahí que el concepto refiera a un vacío.

El mecanismo que la teoría económica invierte en el concepto para hacerlo funcional, es básicamente el mismo que el utilizado para el equilibrio antes descrito. Plantea por un lado el concepto trascendental de efectiva realización de competencia en la competencia perfecta, para luego percatarse de su imposibilidad, por lo cual, el siguiente paso es rellenar ese vacío mediante la idea de que, aunque no es posible conceptualizarlo del todo, si es posible pensarlo en una aproximación, de manera que se actúa *como si* este fuera efectivamente funcional. Lo cual es un mecanismo de idealización de la idea, o un pensamiento circular provocado por la propia imposibilidad del concepto.

En competencia perfecta nadie compite. El proceso social de la competencia mercantil presupone que la competencia no sea perfecta... (la teoría económica) dice siempre lo que la competencia real no puede... pero el partir de esta negación, sin embargo, le permite decir lo que puede. La competencia empírica como proceso real puede muchas cosas, excepto una aproximación lineal perfecta, es decir, lo que no puede, es precisamente producir una tendencia al equilibrio (Hinkelammert, 1984 p. 61)

Así hay una imposibilidad lógica importante: en competencia perfecta se inhibe toda competencia, ya que ésta exige asimetrías o espacios de desorden para funcionar, pero en esta situación abstracta lo que se encuentran son espacios de sincronía, donde la rivalidad y el mecanismo competitivo se tornan en consenso. Por lo que, si la competencia empírica existe y se da en los mercados, ésta puede ser todo menos una tendencia a la competencia perfecta.

La estrategia de la teoría económica ante este problema lógico se “solventa” trasladando la cuestión de una imposibilidad empírica a una cuestión histórica

idealizada, actuando *como si* los términos en los que se está estructurando la teoría parten de una abstracción lógicamente coherente. Así, se justifica que no haya una factibilidad inmediata, pues no es que la competencia *no sea* representable en la realidad o no exista, sino que *no puede ser o no ha podido ser*.

Esta afirmación es clave en el cambio a la cuestión histórica idealizada pues implica no que no sea plausible la realización de la competencia perfecta, sino que no ha sucedido aún. Gracias a esto, los problemas intrínsecos de la noción sobre la perfecta competencia no provienen de una imposibilidad empírica ni lógica como se ha descrito anteriormente, sino del hecho de que aún no ha sucedido su aproximación, pero sucederá en un futuro (aunque nunca se diga cuando) o bien, que no ha podido ser, porque uno o varios elementos se interponen en el camino hacia su facticidad.

Aunado a lo anterior, se encuentran los problemas metodológicos como conceptuales ligados a la comprobación de la coordinación entre múltiples agentes, en múltiples lugares, con múltiples mercancías mediante el sistema de precios, sujeto a los propios mecanismos del mercado.

Dado que no se discuten las implicaciones que tiene el uso del término competencia perfecta, el segundo paso que da la teoría económica neoclásica, como se ha planteado anteriormente, es la afirmación de una tendencia al equilibrio bajo la aproximación empírica del mercado. Con esto, se espera que la aproximación al equilibrio se realice en un futuro no decible⁶ y bajo unas condiciones todavía no alcanzadas. Como se debe de encontrar el equilibrio mediante el sistema de precios y sujeto a los propios mecanismos del mercado, las condiciones generales por las que se podrá alcanzar la aproximación al equilibrio serán aquellas que den mayor espacio de acción al mercado en especial: la libertad de contrato y la propiedad privada.

⁶ Es importante notar que el desplazamiento hacia un futuro está ligado al optimismo tecnológico de inspiración ricardiana, pues supone que la inventiva humana es ilimitada y capaz de superar cualquier dificultad, lo cual tiene aún más coherencia si de lo que se trata, como afirma Myrdal (1930), es de explicar las leyes económicas y naturales por las que se rige la sociedad.

Lo anterior se da gracias a que estas condiciones a su vez cumplen no solo un rol dentro del mercado que asegura que sus mecanismos propicien la aproximación al equilibrio, sino que también cumplen un rol para el progreso de la sociedad:

El hombre es una criatura dotada de razón y libertad, capaz de iniciativa y de progreso. En materia de producción y distribución de la riqueza, como en general en todo tema de organización social, elige entre lo mejor y lo peor y tiende cada vez más a elegir lo mejor. Es así como el hombre ha progresado desde un sistema corporativo, de reglamentaciones comerciales y precios regulados, a un sistema de libertad industrial y comercial, a un sistema de *laissez-faire* y *laissez-passer*, de la esclavitud a la servidumbre y de ésta al trabajo asalariado. Las formas más recientes son superiores a las antiguas... por ser más favorecedoras del interés material y la justicia (Walras, 1874 p. 144)

Pese a la explicación anterior, el autor no explicita la existencia de una relación directa entre las condiciones generales (como la razón, la libertad, derecho de propiedad) y el comportamiento del mercado y su tendencia al equilibrio (competencia perfecta). En todo caso se infiere, debido a que ha sido el elemento que ha permitido el progreso, que la lógica pura de la elección individual es el “supuesto definitivo” para la consecución de la competencia perfecta y además, que funge como justificación para el desarrollo histórico de la sociedad, lo cual es una hipótesis complicada ya que no se puede obtener únicamente a partir de la experiencia concreta dentro del mercado, ni se puede inferir como parte necesaria de la acción humana individual, pues por un lado, la elección no es propiamente un mecanismo de mercado, por el otro, el desarrollo histórico no es sólo una cuestión de elección individual.

No obstante, que el andamiaje de la teoría económica neoclásica forjada a través del supuesto de la elección individual sea utilizado como la sutura que une las condiciones generales del mercado con la competencia perfecta, no es necesariamente una afirmación dogmática o *ad hoc*, antes bien puede ser considerado como un movimiento estratégico. Por ejemplo, dado que le da consistencia al argumento sobre el equilibrio, puede tratarse como un enunciado “precientífico”, en el sentido de que, en dado caso de que no se pueda demostrar

empíricamente tal aproximación al equilibrio, este resultado funciona para inferir la ausencia de realidad del enunciado.

La situación a la que se enfrenta entonces la noción de elección individual se dará sobre el grado de veracidad por las cuales las condiciones de mercado empírico conllevan a advertir la posibilidad de un estado en competencia perfecta. Si las condiciones que se afirman son insatisfactorias, será posible afirmar que la sutura es una estrategia metodológica *ad hoc* y que se utiliza dogmáticamente para la construcción teórica neoclásica en un aspecto importante. Caso contrario, si las condiciones son plausibles, es posible afirmar que la sutura no solo es necesaria, sino que soporta la construcción teórica dándole consistencia al cuerpo de la teoría económica neoclásica.

Así, de lo que se trata ahora es de encontrar, dentro del mercado, el elemento que se presenta como sutura de la realidad empírica y la aproximación del equilibrio. En este sentido, el único mecanismo del mercado que cumple los requisitos de conjugación entre elección individual y las condiciones generales es el mecanismo de precios, el cual se deriva de la ya considerada evidente libertad de contratación y la propiedad privada:

Hemos visto *a priori* como las cosas escasas, una vez que son objeto de apropiación, adquieren un valor de cambio. No es preciso más que abrir los ojos para constatar *a posteriori* el fenómeno del intercambio como un fenómeno de carácter general. Todos hacemos diariamente intercambios mediante una serie de actos específicos de ventas y compras... con el dinero logrado de esta forma, se compra unas veces pan, carne y vino... otras veces muebles joyas, caballos, carruajes; otras materias primas y mano de obra; mercancías, casas tierras; y también acciones y obligaciones distintas. (Walras, 1874 p. 159)

Mediante este mecanismo “la tendencia (al equilibrio) llega a ser más que un ejercicio de lógica pura y se transforma en ciencia empírica” (Hayek, 1952 en Hinkelammert, 1984 p. 59). Así, es gracias a la existencia de los precios que la elección individual aparentemente sutura las condiciones generales como la libertad de contratación y la propiedad privada con el mecanismo de mercado.

Si se tiene en cuenta que hay una brecha importante tanto en intereses como de conocimientos entre los productores y los compradores, el sistema de precios actuaría como el mensajero de los requerimientos sociales y productivos en un momento determinado, en este sentido, los precios actúan como el elemento de coordinación de la acción individual (sujeta a la elección individual) y las preferencias subjetivas de los sujetos que se encuentran en el mercado.

Solo por medio del mimético juego de las elecciones individuales en el mercado libre e institucionalizado, a partir del movimiento de los precios, es que la razón individual (debido a su tendencia a la elección de lo mejor) se vuelve una racionalidad económica que desplaza toda posibilidad de elección irracional o mala elección que imposibilitaría la aproximación al equilibrio. Sin embargo, ¿es plausible una abstracción como la racionalidad económica inspirada en la elección racional o mantiene inconsistencias intrínsecas como las encontradas en el concepto de competencia perfecta? Como se verá a continuación, la acción y elección racional conlleva a un problema de inconsistencia, del mismo tipo que el de competencia perfecta.

Dado que la teoría económica neoclásica dentro de un régimen de competencia perfecta trata al equilibrio *como si* fuera formalmente consistente, el problema conceptual y metodológico de esto solo se desplaza hacia otro punto de inconsistencia e irreflexión, el cual es necesario para el funcionamiento de la teoría con base a la elección racional: la previsión perfecta o conocimiento perfecto.

De acuerdo a la teoría económica neoclásica, se espera que a través de los precios el mercado se convierta en el mecanismo de coordinación económica y social y que ésta funcione de manera autorregulada, debido a que los precios, al crear la información necesaria sobre la situación y requerimientos del mercado, dirige las decisiones individuales hacia un estado de competencia perfecta. De esta manera, para que a partir de la elección racional se deduzca el comportamiento idealizado del mercado (competencia perfecta), se requiere que la información de los precios no esté obstruida por ningún motivo, de modo que los indicadores del mercado sean coherentes con sus requerimientos y, al mismo tiempo, dado que las señales

mercantiles son claras, éstas logran ser asimiladas por el individuo de forma que sus decisiones son tomadas con el conocimiento necesario sobre el estado del mercado y su entorno para elegir racionalmente y en beneficio propio.

Tal es la importancia de la relación entre la información proporcionada por los precios, la asimilación del conocimiento sobre el mercado y la competencia perfecta para que cualquier intercambio se realice que Jevons afirmaría:

Es también esencial que la relación de intercambio entre dos personas cualquiera sea conocida por todos los demás. Únicamente en la medida en que se extiende esta comunidad de conocimiento, el mercado se extiende. Todas aquellas personas que no estén al tanto en un determinado momento de la relación de intercambio prevalente, o cuyas existencias no estén disponibles por falta de comunicación, no deben considerarse parte del mercado. Las existencias secretas o desconocidas de una mercancía deben considerarse fuera del mercado, en tanto permanezcan secretas o desconocidas. Se debe considerar que todo individuo está intercambiando desde la pura óptica de sus necesidades e intereses privados, y debe haber competencia perfectamente libre, de forma que cualquiera intercambiará con cualquier otro por la menor ventaja perceptible. No debe haber confabulación para absorber o retener los suministros con objeto de producir relaciones artificiales de intercambio (Jevons, 1871 p. 126)

Pese a lo anterior, no se ha explicado cómo y por qué las reacciones individuales provistas por los precios son suficientes para que el mercado se comporte de manera que el equilibrio sea posible. Antes bien, lo que Jevons (1871) propone es que la información es un elemento necesario para que todos los intercambios se realicen, por lo que la elección racional debe estar construida a partir del supuesto de que el individuo puede conocer toda la información de todas las mercancías, de todos los lugares, así como de las reacciones de todos los individuos, para poder decidir racionalmente sobre la mejor relación de intercambio con base a sus preferencias e intereses contrapuestos (ya que el comprador puja a la baja y el vendedor a la alza tal como afirma Walras). De ahí que, a mayor conocimiento de todos los procesos de intercambio, mayor la extensión del mercado, sin embargo, esto no explica el por qué si lo anterior es cierto el comportamiento del mercado es de competencia perfecta.

Dejando de lado por un momento la cuestión anterior y aceptando desde la abstracción que la elección racional conlleva a que el mercado se comporte como uno en competencia perfecta, se debe de aceptar a su vez que las decisiones racionales se toman no solo por los movimientos de los precios al alza y a la baja, sino también por las reacciones de los distintos individuos ante los movimientos en los indicadores, ya que la relación de intercambio debe ser “conocida por todos los demás” y recordando que siempre se “intercambia con cualquier otro por la menor ventaja perceptible” (Jevons, 1871 p.126) entonces esto implica la constante actualización de la acción y reacción de la comunidad. De ahí que para que exista la competencia perfecta bajo la elección racional y la información de los precios, los individuos deben de contar con una previsión perfecta y reacción inmediata que los ayude a asegurar el equilibrio.

No obstante, si se piensa a la previsión perfecta como aquel estado que involucra el conocimiento de las acciones, reacciones y decisiones de todos los individuos en todos los lugares y sobre todas las mercancías, entonces, el supuesto de la elección racional llega a un claro punto de inconsistencia lógica: como un sujeto reacciona a las acciones de otro individuo, y este cambio modifica las reacciones de un tercero, que también cambia las de un cuarto y las de todos los anteriores, si se sigue esta lógica en una progresión de infinitas modificaciones de reacciones que se suponen también inmediatas, esta progresión no tiene una solución y la elección racional nunca se lleva a cabo.

Dentro del supuesto de la previsión perfecta, si se analiza un poco más, contiene problemas al relacionarse con la competencia perfecta en dos aspectos importantes: por un lado, si se acepta que todas las acciones e indicadores son ya previstas y conocidas por los individuos, la competencia se convierte en un mecanismo automático que dirige el intercambio, anulando así el supuesto de competencia, pues el conocimiento completo no genera conflicto, antes bien consenso, lo cual contradice el mecanismo de mercado; por otro lado, si se cuestiona la previsión perfecta el resultado conlleva a una indeterminación, debido a que, desde la noción de elección racional se exige que se tome la mejor decisión

sobre los cálculos de todas las reacciones del mercado en competencia, de modo que la determinación de los precios está en constante movimiento y con esto, también se modifican los indicadores que el individuo debe de asimilar a modo de elegir racionalmente y en beneficio propio, por lo cual la propia competencia perfecta conlleva a que la progresión de cálculo se lleve al infinito y la toma de decisión no se realice nunca.

Un ejemplo claro sobre el segundo problema se encuentra en Morgenstern:

Cuando Sherlock Holmes era perseguido por su enemigo Moriarty, partía de Londres a Dover en un tren, que hacía escala en una estación intermedia, y él bajó allí del tren en vez de seguir hasta Dover. Él había visto a Moriarty en la estación (de Londres), le estima como muy inteligente y supone que Moriarty tomará un tren expreso más rápido, para esperarlo en Dover. Esta anticipación de Holmes resulta correcta. Pero ¿qué habría pasado en el caso de que Moriarty hubiera sido más inteligente, y hubiera estimado las capacidades de Holmes como mayores, y habría por tanto previsto tal acción de Holmes? Entonces él habría tomado el tren hacia la estación intermedia. Eso debería haber calculado Holmes por su parte y tendría que haber decidido ir directamente a Dover. A lo cual Moriarty por su parte habría “reaccionado” de otra manera. De puro pensar no habrían llegado a la acción, o el menos inteligente tendría que haberse entregado ya en la estación Victoria (de Londres) al otro, porque era imposible cualquier intento de fuga (Morgenstern, 1964 en Hinkelammert 1984 p. 71)

Agregando el autor más tarde que:

El hecho es, que se efectúa siempre un cálculo de los efectos del comportamiento futuro propio sobre el comportamiento ajeno futuro y viceversa, y que eso por tanto es empíricamente observable. Pero la cadena de las reacciones mutuas supuestas se rompe muy pronto... (Morgenstern, 1964 en Hinkelammert 1984 p. 71)

El rompimiento prematuro de la cadena se basa en el número de reacciones supuestas en el ejemplo mental, no obstante, bajo la idea de una previsión y competencia perfecta la cadena no se rompe nunca y por tanto conduce a la inacción de los agentes al no poder elegir racionalmente la mejor opción entre la multitud de indicaciones y modificaciones, a menos de que se force un quiebre agregando una razón arbitraria que no puede encontrarse dentro del mercado y sus mecanismos. Que en principio exista esta razón por fuera del marco del mercado y

que sea necesaria para el cierre abrupto del ejercicio tiene que ver con la inconsistencia que, irresuelta en la competencia perfecta, se traslada a la previsión perfecta.

Hasta este punto, es necesario hacer ciertas aclaraciones con respecto a lo anterior:

- 1) cuando se habla de racionalidad en las decisiones, es decir, de la elección con base a las preferencias, las indicaciones del mercado y la búsqueda del beneficio propio, la previsión perfecta no solo implica el conocimiento completo de las acciones y reacciones, sino también de la estructura de las relaciones y sus dependencias, así como las interrelaciones de los agentes y los mercados, debido a la interdependencia que existe de todos los factores en un momento determinado;
- 2) con respecto de la cadena de reacciones, la previsión perfecta no implica un conocimiento pleno sobre el futuro sino una previsión con respecto a la información que se tienen en el momento presente, de ahí que la dinámica sea de actualización constante más que de adivinación: “se trata de intenciones al futuro, existentes en el presente” (Hinkelammert, 1984 p. 72).

Ahora bien, pese a lo problemáticas que son las nociones de competencia y previsión perfecta se encuentra otro elemento que mina la consistencia de la teoría neoclásica aun si esta se considera desde la abstracción: el mecanismo de precios. Tal como afirmará Walras (1874) la dinámica de los compradores y vendedores en un mercado de bienes y servicios es lo que determinará los precios, los cuales fungen como información del estado del mercado en un cierto periodo de tiempo, por lo que se modifica una vez que los agentes cambien sus relaciones de intercambio con la nueva información, iniciándose así un vaivén (no arbitrario) hasta encontrar el equilibrio:

Los precios o relaciones de intercambio de todos estos bienes y servicios se vocean aleatoriamente en términos de uno de ellos seleccionado como numerario, y cada participante en el intercambio ofrece a esos precios aquellos bienes y servicios que piensa posee relativamente en exceso, y demanda aquellos de los que considera tener demasiado poco relativamente a lo necesario para su consumo durante un cierto periodo de tiempo. Determinadas de esta forma las cantidades demandadas y ofrecidas de cada artículo se elevan los precios para los que la demanda excede a la oferta y se bajan los precios de los

artículos en que la oferta supera a la demanda. A los nuevos precios voceados cada participante en el intercambio ofrecerá y demandará nuevas cantidades, bajando o subiendo de nuevo los precios hasta que la demanda y oferta de cada bien y servicio sean iguales. En esta situación los precios serán los *precios corrientes de equilibrio* y el intercambio se llevará a cabo (Walras, 1874 p. 127)

¿Por qué es importante la relación anterior? Porque las nociones de Walras sobre el precio confirman que este vaivén es el único mecanismo que lleva de forma no intencionada siempre a un equilibrio. Sin embargo, si se deja de lado el hecho de la existencia de un voceo aleatorio (ya problemático de por sí), una vez que esta aleatoriedad se pierde al modificarse de acuerdo a las decisiones de los agentes, lo que los precios están informando no es pues el estado actual del mercado, sino la reacción de los agentes ante un hipotético punto inicial que benefició o no sus intereses en conflicto.

En realidad, el mercado no tiene nada parecido a una computadora. Si bien los precios son índices que indican algo, el problema es que el productor nunca puede saber lo que indican. Para saberlo, el productor tendría que tener aquel conocimiento perfecto que, efectivamente, jamás puede alcanzar... el productor atribuye a los precios y sus movimientos un determinado significado, y su riesgo es acertar o no. El ambiente del mercado es de tal inseguridad, que no tiene nada parecido a una "máquina de registro de cambios" (Hinkelammert, 1984 p.77)

Ante esta situación, los precios solo contendrían las reacciones generadas entre los agentes, de ahí que éstos, si bien pueden lograr coordinarse hasta cierto punto, esto no implica que sus reacciones lleven a un equilibrio automáticamente, a menos que se introduzca nuevamente la noción sobre la elección racional, lo cual conlleva el pensar en una previsión perfecta y a su vez en la competencia perfecta, regresando a las inconsistencias descritas anteriormente.

Ahora bien, el hecho de que no sea posible formular un equilibrio bajo las ideas sobre la elección racional que la teoría económica neoclásica reclama, no significa que cualquier tipo de formulación de una teoría del equilibrio sea imposible, sino que el problema radica en la búsqueda de un equilibrio en términos perfectamente competitivos.

Sin embargo, si se mina la posibilidad de encontrar el equilibrio mediante términos perfectamente competitivos, implicaría que el objetivo general de la teoría económica neoclásica que se fundamenta en la visión de Smith (sobre que el sistema económico ideal para una sociedad está basado en el liberalismo y las relaciones mercantiles) se vuelva problemático. De ahí que, pese a las inconsistencias encontradas, persiste la creencia o la fe en que, dadas las condiciones como libertad de contrato y propiedad privada, la tendencia al equilibrio será factible⁷.

Ejemplo de lo anterior se puede encontrar en Hayek cuando afirma que:

En otras palabras, conocemos las condiciones generales en las que puede establecerse lo que, no muy acertadamente, llamamos “equilibrio”: pero desconocemos los precios y salarios particulares que se darían si el mercado produjera tal equilibrio. Solo podemos indicar las condiciones bajo las que podemos esperar que se establezcan en el mercado los precios y salarios en los que la demanda igualará a la oferta (Hayek, 1976 en Hinkelammert 1984 p. 58)

Sin embargo, el que se establezca una posible conexión entre las condiciones generales (libertad de contrato y propiedad privada) y el equilibrio (competencia perfecta) no significa que ello efectivamente se produzca, o que exista una relación explícita y evidente entre las “condiciones generales” y su realización que permita deducir que tal comportamiento se dará incluso en la abstracción. Lo que sucede son artificios dentro del discurso y prácticas centradas en el desplazamiento de los problemas a un futuro idílico, para intentar hacer funcionales las construcciones teóricas neoclásicas, mediante la sutura del vacío que representa el equilibrio económico sujeto a los mecanismos del mercado en competencia perfecta.

Esta estrategia teleológica que desplaza los problemas metodológicos al futuro idealizado y la estrategia narrativa que construye puentes o suturas entre las

⁷ Esto recuerda a la crítica inicial de Myrdal (1930) la cual afirmaría que existe una resistencia a la crítica y la contradicción que hacen que, para mantener la consistencia, la coherencia y la funcionalidad de los postulados se acepten ciertas falsedades en aras de un futuro que lo resuelva.

inconsistencias y el actuar de los agentes mediante ficciones *como si*, son el espacio propicio para que la ciencia económica se adentre en la ideología.

El siguiente apartado analizará ambas estrategias para explicar cómo la ideología hace funcional las inconsistencias de la teoría económica, mostrando a su vez, cómo el mecanismo ficcional, derivado de las construcciones neoclásicas, crean y sustentan la realidad social necesaria para su reproducción.

Capítulo 3: Teoría e Ideología: las estrategias narrativas y funcionales

En el apartado anterior se ha analizado algunos aspectos constitutivos de la metodología de la teoría económica neoclásica, encontrando que no hay una razón fundamentada para pensar que las condiciones generales propicien un comportamiento del mercado como en la competencia perfecta, esto incluso sucede si se utilizan suturas mediante los supuestos de elección racional o el mecanismo de precios. Sin embargo, a pesar de estar al tanto de los problemas metodológicos existentes, los economistas neoclásicos construyen un andamiaje teórico idealizado, extrapolarlo las premisas y resultados a un futuro donde tales problemas ya han sido resueltos. Una vez hecho el desplazamiento, el siguiente paso es encontrar la justificación correcta que se complemente con los objetivos científicos que se proponen (racionalidad y objetividad), para esto, condicionan sus prácticas teóricas y discursivas mediante las ficciones “*como si*”. De esta manera logran desplazar o minimizar la relevancia de las inconsistencias y a su vez, consolidan una visión integral y coherente con sus objetivos, aunque se encuentren dentro de la idealización y la ficción.

Ahora bien, es importante entender que la reconstrucción ficticia no es inocua como parecería en un principio, toda ficción y desplazamiento mantiene una *intencionalidad y un contexto* concreto que se entremezcla con las formas simbólicas que toman en la práctica y en la teoría. Por ejemplo, la intencionalidad se observa en un doble juego, ya que tanto a nivel de narrativa o discurso y en la práctica se ignora la importancia de las relaciones de poder, no solo desde una perspectiva individual sino también colectiva e institucional.

Lo anterior implica que, para la visión neoclásica, no hay espacio para el conflicto, dentro de toda su configuración las relaciones son armónicas o se reducen a un conflicto individual entre los deseos y los medios disponibles para conseguirlos (de ahí la idea de escasez), sin embargo, en su problemática no hay espacio para tratar la desigualdad en el ejercicio del poder, todos los individuos (si es que se naturaliza

la idea del agente representativo) son libres y tienen un peso social equivalente, lo único que los diferencia (y solo hasta cierto punto) es su actuar en cuanto al papel performativo o de representación sobre un momento de la producción y el consumo: ser vendedores o ser consumidores. De esta manera, las ficciones “como si”, la idealización y desplazamiento son aspectos que limitan la aparición de la intencionalidad, que no es otra que la construcción y mantenimiento de un *statu quo* y a su vez, de la conjunción y permanencia de un grupo específico que se beneficia con el estado del ejercicio del poder.

Por otro lado, al hacer referencia al contexto, de lo que se trata es de hacer énfasis en que ninguna práctica, así como ninguna actividad teórica, está exenta de los aspectos históricos concretos que constituyen y constituyeron su espacio de acción, es decir, es necesario tomar en cuenta los procesos históricos que permitieron el advenimiento de la teoría y su ejercicio en este momento histórico y, por tanto, darle importancia a su contingencia. De esta manera, no solo se evita la naturalización del estado de cosas, sino que se vuelve un ejercicio autorreflexivo sobre el papel que juega la teorización y la repetición de sus prácticas a la luz de la historia.

Debido a esto, en este apartado se expondrán las formas en que la teoría económica utiliza ciertas estrategias para justificar su quehacer tanto teórico como práctico, de modo que se observe como incluso bajo sus premisas no es posible la existencia de un aparato o instrumental que sea objetivo y neutral.

De este modo, primeramente, se analizará la estrategia de desplazamiento al futuro de los problemas metodológicos o estrategia teleológica, para después mostrar cómo la teoría económica ortodoxa mediante una serie de narraciones o ficciones crean sentido en todo el aparato teórico, a modo de cerrar las inconsistencias o las débiles bases que lo sustentan, por lo que, el segundo análisis de este apartado se centrará en las estrategias narrativas o ficcionales.

El traslado del problema de las inconsistencias teóricas a un futuro donde tales cuestiones fueron ya resueltas, o bien, la estrategia teleológica se origina por: 1) motivaciones de tipo funcional y 2) motivaciones de tipo predictivo.

Las motivaciones del primer punto se pueden observar en distintas afirmaciones de autores neoclásicos, así como en distintos espacios de la teoría, por ejemplo, en Wicksell, cuando plantea con esperanza que el futuro dotará de consistencia a la teoría económica en la búsqueda de la objetividad sobre la utilidad:

Quizá algún día, los fisiólogos serán capaces de aislar y evaluar las diversas necesidades humanas de calefacción, alimentación, variedad, recreación, estímulo, ornamento, armonía, y por lo tanto sentar una base racional de la teoría del consumo (Wicksell, en Myrdal, 1980 p.61)

Con lo anterior, Wicksell en un par de renglones, acepta que el propio desarrollo científico y tecnológico permitirá verificar la validez de las afirmaciones de la teoría económica en conjunto y, a su vez, se demarcará una teoría funcional al ser racional, positiva y acorde a la realidad.

Tal afirmación que conlleva a un acto de esperanza, no es propiamente una deficiencia teórica:

Tanto la historia de las ciencias físicas como la de las ciencias sociales está repleta de tales declaraciones de “fe”, es decir, de la determinación de ignorar las anomalías lógicas que presenta una teoría hasta que se demuestre que son empíricamente importantes, para no dejar áreas enteras de trabajo desprovistas de un marco que las encuadre. No hay nada de irracional... en la tendencia de los científicos a mantener su adhesión a un programa de investigación a pesar de las anomalías que éste pueda presentar siempre que no exista un programa alternativo disponible (Blaug, 1985 p 232-233)

Sin embargo, el problema radica en que para lograr la funcionalidad de la teoría económica los *actos de fe* se ven motivados constantemente por dos razones que no hacen más que levantar sospecha de la adecuación teórica y metodológica de la teoría neoclásica: una operativa y otra defensiva.

Por un lado, se observa como la *motivación operativa* faculta a los estudiosos de la economía a ignorar los problemas de un espacio teórico en aras de enfocarse en otros, así por ejemplo, como afirma Blaug(1985), se mantiene como *acto de fe* la ley de la demanda aunque sea solo por el peso de la evidencia empírica y no a causa de los dictados teóricos de la teoría del comportamiento del consumidor, o bien, en la teoría de la empresa, se sigue como *acto de fe* que las equivalencias

marginales se alcanzan en cierto grado en cualquier situación económica que se quiera analizar (competencia perfecta, monopolio u oligopolio) de modo que el concepto de equilibrio competitivo se enaltece, aunque no sea aplicable en la mayor parte de las situaciones del mundo industrial; por otro lado, se erige mediante *motivaciones defensivas*, pues logra hacer frente a la crítica, ya que no permite una invalidación de los postulados, ya sea por problemas empíricos propios de la inmadurez de los métodos instrumentales adecuados a la economía (econometría, estadística, etc.) o bien, referentes a la estructura actual de las fuentes de información (encuestas, censos, etc. y su nivel de desagregación) en un momento determinado, aunque se promete que resueltos estos problemas los postulados seguirían siendo los mismos, o si llegaran a modificarse, producirían resultados equivalentes a los ya expresados por la teoría neoclásica⁸. De ahí que tanto la parte operativa como defensiva sean utilizados para hacer funcional a la teoría.

Estas dos razones también pueden observarse cómo parte de la justificación sobre la plausibilidad y vigencia de la teoría ortodoxa, por lo que tal situación permite preguntarse si los *actos de fe* son realmente espacios de espera a la demostración de una teoría sólida, o bien, adhesiones a un programa de investigación en constante degeneración⁹.

Ahora bien, una vez entendido las motivaciones funcionales, el siguiente punto será tratar aquellas motivaciones que también se encuentran dentro de la estrategia teleológica, es decir las *motivaciones predictivas*, las cuales no son más que el resultado de una combinación de elementos: 1) un optimismo en el desarrollo de la ciencia y la tecnología, propios de una idea sobre el progreso que permite el método científico del tipo lineal evolucionista, y 2) por el desarrollo actual de las ideas

⁸ Ejemplo de esto puede observarse en las afirmaciones de Ferguson sobre que el uso de las parábolas neoclásicas se dará “hasta el momento en que los econométricos puedan proporcionarnos una respuesta” (Ferguson, 1969 en Blaug 1985 p. 232) o bien, en los recientes problemas encontrados en la Teoría del Equilibrio General neoclásico tras la demostración del teorema Sonnenschein-Mantel-Debreu se dice que el problema de “la racionalidad, como dijo Arrow, no tiene implicaciones globales, pero ahora, tenemos que añadir, si solo se dispone de datos agregados” (Rizvi, 2006 p. 11)

⁹ En el sentido de Lakatos, sobre los programas de investigación “progresivos” y “degenerados”. Véase Lakatos (1983)

metodológicas de la ciencia económica. Para lograr su explicación, se requiere hacer énfasis en los elementos que lo constituyen.

En cuanto al primer punto, para el individuo común e incluso para algunos científicos actualmente, se tiene una idea generalizada y pocas veces explícita que afirma que el método científico es el único método existente y, que éste es totalmente aplicable a la economía, por lo que es posible hacer un traslado de los métodos de las ciencias naturales a las ciencias sociales sin ningún problema, pues hay una compatibilidad metodológica. El origen de esta perspectiva se encuentra en la ambigüedad con respecto al desarrollo histórico de las ideas científicas y en el papel preponderante de las ciencias naturales como marco de referencia de todo el método científico, siendo el estudio de la física el canon a seguir por las demás ciencias.

Esta generalización optimista sobre el desarrollo científico y tecnológico ignora las implicaciones que las afirmaciones sobre la compatibilidad de ambas metodologías, así como de la existencia de otros métodos (además del conocido método científico), lo que desplaza los problemas y debates sobre la aplicabilidad, evaluación o especificación de los métodos en las ciencias sociales hacia un idílico espacio del quehacer científico dotado de avance y continuidad, asumiendo un desarrollo de tipo lineal.

Desde luego, es posible, simplificar el medio en el que trabaja un científico simplificando a sus principales... (sin embargo) la historia de la ciencia será tan compleja, caótica y llena de errores como las ideas que contiene, y a su vez, estas ideas serán tan complejas, caóticas, llenas de errores y divertidas como las mentes de quienes las han inventado. De modo inverso, un ligero lavado de cerebro conseguirá convertir la historia de la ciencia en algo más insípido, más simple, más informe, más "objetivo" y más fácilmente accesible a un planteamiento por reglas estrictas e incambiables (Feyerabend, 1975 p. 3)

Esta visión evolucionista de la ciencia, supone a su vez que toda práctica científica está orientada por la idea de lo útil, de ahí que el desarrollo científico y tecnológico deba producir algo utilizable, sin importar que esto se lleve a cabo material o simbólicamente. Dada esta orientación hacia la utilidad es que se presenta el primer elemento de la motivación predictiva, la cual relaciona el avance científico lineal con

la utilidad de las predicciones. Así, la estrategia teleológica o desplazamiento de las inconsistencias de la teoría, se ajusta a las motivaciones predictivas, afirmando que, pese a las inconsistencias, el desarrollo propio de la ciencia solventará los problemas y, a su vez, en nada modificarían las ya útiles predicciones patentadas en la teoría.

Tales planteamientos, pese a estar asentados en el imaginario común, posiblemente sustentados más por la repetición que por la reflexión teórica y metodológica¹⁰, es fácilmente contrastable con una mirada a la historia de las ideas científicas, del pensamiento económico o la filosofía de la ciencia, espacios teóricos y metodológicos que reflejan lo discontinuo, conflictivo y a veces contradictorio del avance científico, el cual más que ser una adhesión progresiva de nuevas ideas de manera lineal es más un camino accidentado que no está exento de retrocesos, pese a los desarrollos que se han generado a lo largo del tiempo.

Ahora bien, el segundo elemento que origina la motivación predictiva, está ligado al avance histórico de la ciencia económica en cuanto a su metodología y la predominancia que tiene actualmente el método deductivo y formal, presente en la teoría neoclásica. Para lograr lo anterior, será necesario hacer un breve repaso por el pensamiento económico haciendo énfasis en los autores que más se centraron en el estudio de la metodología de la economía.

Entre el siglo XVIII y XIX existió una concepción dominante entre los economistas sobre la pertinencia, justificación y vigencia de la teoría económica, acompañada de la cuestión sobre el método adecuado para el quehacer teórico y práctico de la naciente ciencia económica, de ahí que algunos autores como Smith (1776) Ricardo

¹⁰ ... no pretendemos negar la relativa inmadurez de todas las ciencias sociales, incluida la Economía, en relación con al menos algunas de las ciencias físicas... ninguna ciencia social puede envanecerse de haber creado nada parecido a las leyes universales de la Química moderna, o a las constantes numéricas de la Física de partículas, o a la fiabilidad de predicciones de la mecánica newtoniana. La comparación entre ciencias físicas y sociales resulta algo más favorable para aquellas cuando las comparamos con la Biología, la Geología, la Fisiología o la Meteorología, pero incluso en estos casos sigue existiendo una gran distancia entre nuestros conocimientos del comportamiento humano y nuestros conocimientos sobre los fenómenos naturales. Puede ser que, en principio, no encontremos grandes diferencias entre los métodos de las ciencias físicas y los de las ciencias sociales, pero en la práctica las diferencias entre ellos pueden ser casi tan drásticas como las existentes entre los métodos de las ciencias sociales y los principios de la crítica literaria, por poner un ejemplo (Blaug, 1985 p. 72)

() Senior (1827) o Mill (1836) dedicaran paginas a resolver tales cuestiones, aunque unos más explícitamente que otros. Desde la perspectiva de Blaug (1985), Smith y Ricardo no fueron tan explícitos o claros en las cuestiones metodológicas porque probablemente en su tiempo era un tema que se daba por sobreentendido, o bien, porque su objetivo estaba más vinculado con la explicación de los fenómenos que en dotar un organizado y sistemático estudio de la metodología de la economía, de ahí que Smith introdujera diferentes métodos en la producción de sus distintos volúmenes de la *Riqueza de las Naciones* mientras que, los aportes de Ricardo, solo pueden ser aprehendidos mediante la lectura entre líneas.

Sin embargo, son Senior (1827) y Mill (1836) quienes explícitamente se dirigen al estudio de las bases metodológicas del quehacer económico y científico. Ambos enfoques, pese a contener ciertas diferencias, mantienen fuertes similitudes que permiten englobarlos bajo el planteamiento general de que las premisas, postulados o supuestos de la teoría económica son todos verdaderos ya que logran captar por medio de la introspección, aspectos clave necesarios para entender a los fenómenos económicos. Así, ideas como el egoísmo, la maximización del bienestar, los rendimientos decrecientes o las decisiones individuales vinculadas al placer y el dolor, son tomadas como ciertas, pues están ligadas a la realidad social, es decir, su veracidad radica en su proximidad a la realidad inmediata y la observación cotidiana, de ahí que no puedan ser discutidas. No obstante, como afirma Blaug (1985), el que las inferencias o predicciones que se lograban sacar de tales postulados no se confirmara con la evidencia empírica no era un problema en sí, debido a que los supuestos solo captaban una parte de todas las causas perturbadoras que influyen en las predicciones, de ahí que fuera importante evaluar constantemente la pertinencia de los supuestos y tener en cuenta las suficientes causas de tipo económico para explicar lo que sucede en el mundo real.

Por tanto, la precisión que pueda tener el pronóstico de una teoría no es un indicador de la verdad que permiten generar las causas perturbadoras capturadas en los postulados teóricos. Dado lo incuestionable de los supuestos por su cercanía a la

realidad observable, es que la teoría estaría orientada a describir las tendencias de las distintas fuerzas económicas más que regularidades.

La influencia que tuvieron estos planteamientos pueden rastrearse en diversos autores, por ejemplo en Menger (1871), Cairnes (1875), Neville Keynes (1955), Marshall (1931) o Robbins (1935), en todos ellos existe ya sea implícita o explícitamente una referencia a la idea de que los fenómenos económicos están siempre atravesados por diversas causas perturbadoras, sean estas de índole económica o no económica, las cuales tienen relación en el resultado o explicación del mismo, siendo que el papel de los supuestos o postulados sea el de capturar la mayoría de ellos. Los resultados favorables o no en la explicación de la realidad, dependerá de la capacidad de los supuestos de captar adecuadamente tales causas perturbadoras. De esta manera, la confirmación de la teoría está más enfocada en evaluar las premisas correctamente, que en el contraste de las predicciones con la evidencia empírica.

Estamos a mil leguas, por tanto, de la idea generalizada actual de que los supuestos no han de ser contrastados directamente, aunque su contrastación podría ser útil de ser posible, porque, en último término, lo único que importa son las predicciones, y porque la validez de una teoría económica queda establecida siempre que las predicciones que genera se vean repetidamente corroboradas por la evidencia (Blaug, 1985 p. 171)

Esta posición moderna contrasta muy fuertemente con los escritos clásicos, como los de J. S. Mill, dado que imprimía especial importancia a la evaluación de los supuestos para juzgar la validez de las teorías antes que de las predicciones. Sin embargo, es necesario hacer énfasis en que lo anterior no implica que no existiera en Mill, Senior o Cairnes un pensamiento dirigido a la predicción, de hecho, su estrecho vínculo con la política necesariamente los guiaba a la búsqueda de pronósticos, sin embargo, eran precavidos en tales aseveraciones ya que:

...creían que, así como los supuestos verdaderos han de generar conclusiones verdaderas, los supuestos supersimplificados, como los del *homo economicus*, los rendimientos decrecientes para un estado invariable de la tecnología, una oferta de trabajo infinitamente elástica para una tasa salarial determinada, etc., han de llevar necesariamente a predicciones supersimplificadas, que nunca se adecuarán exactamente al curso real de los

acontecimientos, aun cuando hagamos serios esfuerzos para tener en cuenta las causas perturbadoras relevantes. Las causas perturbadoras omitidas de la explicación de los acontecimientos no incluyen, después de todo, únicamente las causas perturbadoras de menor importancia relativa dentro del campo económico, sino que incluyen también causas no-económicas de mayor importancia (Blaug, 1985 p.96)

Pese a la relevancia que supondrían estas ideas, no estuvieron exentas de críticas como las de Schmoller (1880 en Blaug 1985), que aseguraban que desde el punto de vista metodológico no era posible capturar causas perturbadoras como elementos independientes debido a que éstas estaban interrelacionadas y el aislar un componente distorsionaría la realidad social, o bien, que los supuestos retratados por Mill no eran viables desde un punto de vista ético. No obstante, también tuvo muchos adeptos que, siguiendo a Blaug (1985), propugnaban la pertinencia de este método para tratar con los fenómenos sociales (debido a la supuesta ventaja que tienen estas ciencias dada su proximidad a la cotidianidad, a la realidad social, económica, política, etc.) con respecto al método hipotético deductivo que se practicaba más en las ciencias naturales.

La tradición iniciada por Mill generaría uno de los debates más prolíficos del pensamiento económico, centrado sobre la discrepancia entre las predicciones y los supuestos (el cual se extiende hasta la actualidad). No obstante, para poco antes de la mitad del siglo XIX tendría signos de estancamiento al enfocarse únicamente entre críticos y adeptos a las ideas de la tríada Senior-Mill-Cairnes. Sin embargo, gracias a las contribuciones de Friedman (1953) y más tarde de Machlup (1955) el debate retomaría su importancia y mantendría un nuevo enfoque que daría vuelta a los términos y planteamientos iniciales. Ahora, la atención se centraría directamente en las implicaciones predictivas, en vez de las suposiciones de la teoría.

Con lo anterior, es posible afirmar que la economía neoclásica se encuentra todavía dentro de una posición cercana a la del siglo XIX y el siglo XX, la cual se centra en la verificación de las predicciones más que en la evaluación de los supuestos, dando por hecho que los métodos con carga lógico-formal conllevan por sí mismos a una metodología científica. Esta inclinación de la ciencia económica al verificacionismo, siguiendo a Blaug (1985), tiene origen en la práctica de la investigación científica

que parte de premisas derivadas de la introspección, o de la observación de la realidad inmediata, para después elaborar unas predicciones mediante el método deductivo, con la esperanza de que dichas implicaciones podrán verificarse posteriormente¹¹.

...los supuestos no han de ser contrastados directamente, aunque su contrastación podría ser útil de ser posible, porque en último término, lo único que importa son las predicciones, y porque la validez de una teoría económica queda establecida siempre que las predicciones que genera se vean repetidamente corroboradas por la evidencia (Blaug, 1985 p. 97)

El trabajo de Friedman de 1953 titulado *Essays in Positive Economics* fue el responsable de tal giro teórico que sin embargo, siguiendo a Mäki (2012), no resolvió los problemas tradicionales y más bien puede tomarse como parte de una estrategia para hacer frente a los desafíos que el avance de la econometría y las cuentas nacionales propiciaba a los supuestos de la economía neoclásica, los cuales la crítica tachaba de irrealistas, de ahí que la tesis central del ensayo afirmara que los economistas no deberían preocuparse de adoptar supuestos realistas, sino solo centrarse en la capacidad de predicción de la teoría.

Gracias a este cambio histórico en el pensamiento económico, es común que se diga que la economía se ve recubierta por el denominado *instrumentalismo*, donde la teoría es vista “como instrumentos para hacer predicciones o, mejor aún, como mapas de inferencia que justifican las predicciones que hacemos” (Coddington, 1972 en Blaug, 1985 p. 126)¹².

Está relevancia que toman los pronósticos antes que la validación de los supuestos justifica y conlleva a que, en el quehacer tanto teórico como práctico, los

¹¹ De aquí proviene el elemento de empírea idealizada de Hinkelammert (1984)

¹² Tanto la opinión de Coddington como la de Mäki, son compartidas por Blaug, por ejemplo, cuando afirma que en su opinión: “...el eslabón más débil de la argumentación de Friedman es su compromiso con la metodología del instrumentalismo, ya que una vez que las teorías son consideradas meramente como instrumentos generadores de predicciones, la tesis de irrelevancia de los supuestos resulta inatacable” (Blaug, 1985 p. 133) Para más tarde explicar que: “Lo sorprendente es que tanto Friedman como Machlup y Samuelson adoptan, cada uno a su manera, lo que anteriormente hemos denominado una metodología defensiva, cuyo principal objetivo parece consistir en proteger a la economía de las crecientes críticas dirigidas contra el irrealismo de sus supuestos, por un lado, y contra las estridentes exigencias de predicciones severamente contrastadas, por otro” (Blaug, 1985 p. 134)

economistas neoclásicos hagan caso omiso de los problemas metodológicos (resultado del instrumentalismo) al desplazarlos a un espacio idílico sin contratiempos mediante estrategias motivadas en hacer funcional y/o predictiva a la teoría, permitiendo así centrar su atención en otros asuntos como el perfeccionamiento de los métodos de contrastación empírica.

El problema de esta posición, afirma Leontief (1971 en Blaug 1985), es que ha decantado en una preocupación continua por lo imaginario y lo hipotético, conduciendo gradualmente a la distorsión de las normas informales de evaluación utilizadas en la comunidad académica que permiten valorar y clasificar los logros científicos, así el análisis empírico toma un rango menor que el del razonamiento matemático formal. Esto es parte de la influencia que la metodología instrumentalista ha heredado a la ciencia económica, por lo que no es de extrañar el que las teorías apelen a un futuro donde ya se han resuelto los problemas internos de sus fundamentaciones, aun cuando eso implique no solo ignorar las inconsistencias, sino también la necesidad de evaluación y reconstrucción de las normas de valoración y clasificación de las teorías científicas, es decir, ignoran también el compromiso metodológico.

Aquí es necesario aclarar que no solo se trata de apelar a la irrealidad de los supuestos (aunque eso conlleve entrar en el terreno del esencialismo) o la matematización o formalización de la economía (el cual se ve exaltado por el instrumentalismo), sino a la poca claridad con la que se presenta el programa de investigación neoclásico (limitaciones y posibilidades), las constantes apologías a los postulados teóricos como generalizables (tomados, o exageradamente con respecto a su espacio de aplicación, o bien, como universales: acción del consumidor, de la empresa, equilibrio, etc. aunque no sean aplicados en ningún espacio) y el olvido o descuido de la evaluación de la propia teoría neoclásica. En palabras de Blaug: "...la debilidad primordial de la economía moderna consiste precisamente en su reluctancia a producir teorías que generen implicaciones refutables claras, seguida de una falta generalizada de disposición hacia la confrontación de dichas implicaciones con los hechos" (Blaug, 1985 p. 282)

Debido a esto, no solo las motivaciones funcionales (operativas, defensivas) y predictivas legitiman el uso de la estrategia teleológica sino la existencia de convenciones y el momento o situación histórica vigente. Por un lado, dado que existe un cierto convencimiento generalizado (convención) de que la verificación de los postulados o supuestos es irrelevante, o bien, resulta engañoso (por alejarse de lo propiamente económico) se dificulta o limita la capacidad de crítica a la metodología de la teoría por la propia escuela de pensamiento, lo cual justifica el desplazamiento. Por otro lado, a pesar de que existe un claro conflicto o insatisfacción con respecto a los logros y capacidad de predicción de la teoría económica neoclásica (lo cual se refleja en las diferentes críticas y propuestas de otras corrientes como el keynesianismo, los austriacos, el institucionalismo y los radicales, el marxismo, los pos ricardianos, los poskeynesianos, los conductuales, etc.) los desarrollos teóricos alternativos, mantienen otro tipo de interrogantes o perspectivas que no están del todo alineados a las cuestiones que intenta resolver la teoría ortodoxa¹³, lo cual limita la posibilidad de confrontar los distintos programas de investigación, hipótesis y propuestas, de modo que se logren diferenciar claramente a las contribuciones con mayor probabilidad de guiar el quehacer económico en su búsqueda por el conocimiento científico de las que no. Tal situación problemática puede verse a su vez como una ventaja que ayuda a la justificación sobre la vigencia de la teoría neoclásica.

Así, sin un claro programa de investigación rival y limitando la crítica a sus propias condiciones, la teoría económica neoclásica puede hacer uso de la estrategia teleológica o desplazamiento de los problemas internos a un espacio futuro idealizado y ficcional. Asimismo, le faculta para hacer coincidir las condiciones generales como la propiedad privada y la libertad de contrato, con la dinámica idealizada de los mercados (competencia perfecta) a través de las suturas de la

¹³ “La exclusión de alternativas es simplemente una medida de conveniencia: su invención (de nuevas alternativas teóricas) no solo carece de utilidad, sino que obstaculiza el progreso al absorber tiempo y mano de obra que podrían dedicarse a cosas mejores. La condición de consistencia elimina semejantes discusiones inútiles y obliga al científico a concentrarse en los hechos que son, en última instancia, los únicos jueces aceptables de una teoría. Este es el modo como el científico profesional defiende su concentración en una sola teoría, con exclusión de las alternativas empíricamente posibles” (Feyerabend, 1975 p. 21)

elección racional y los mecanismos del mercado, aunque todo esto sea por medio de la ficción. Además, teniendo en cuenta el gran impacto que tuvo la propuesta de Friedman (1953) en el desarrollo posterior de la ciencia económica, es posible vislumbrar cómo la teoría económica abandona las referencias a la realidad social para concentrarse en los aspectos abstractos que legitiman y verifican, una vez demostrados formalmente, la pertinencia de la teoría neoclásica para la predicción y para hacer viable las nociones normativas (económicas y sociales) que son extraídas desde Smith.

La marcada tendencia de la ciencia económica moderna hacia la abstracción sin referente real y a su vez, sin reflexión sobre los fundamentos de los supuestos, conceptos y relaciones que se asumen por sobreentendidas o como elementos neutrales de la teoría permite pensar a “la teorización como un juego intelectual” tal como lo afirma Blaug (1985), de ahí que haya un espacio abierto a una especie de “matemáticas sociales”, provenientes de una rama de las matemáticas que, a veces trata con problemas sociales, pero solo en un sentido formal: “Lo que tenemos aquí es una especie de formalismo: el deleite de la técnica por la técnica” (Blaug, 1985 p. XXII).

Esta tendencia hacia la abstracción y desplazamiento, presente en la teoría económica neoclásica, hace necesaria la existencia de otra estrategia metodológica que pueda cuadrar el círculo y permita estructurar un *statu quo* sobre el espacio de acción tanto teórico como práctico, de manera que se logra proteger contra la crítica y la demanda de realidad. En este sentido es que aparece la estrategia narrativa o ficcional, la cual afirma la necesidad de mantenerse dentro de las premisas que, aunque insatisfactorias, son la mejor herramienta posible para el entendimiento de lo económico y de lo social. Aun cuando eso signifique moverse dentro de un pantanoso espacio de acción ligado a los actos de fe y las historias “bien contadas” (ficciones).

Un ejemplo claro de la estrategia narrativa para la economía neoclásica surge cuando, para continuar con el instrumental teórico y práctico utilizado, se hace imperativo hacer uso de las denominadas parábolas neoclásicas:

...una "parábola", que mi diccionario define como "narración ficticia o alegoría (por lo común algo que podría suceder naturalmente) mediante la cual se exponen de ordinario relaciones morales o espirituales". Si es así, ¿por qué no económicas? A una parábola no se le pide que sea literalmente verdadera, sino que esté bien contada. Incluso una parábola bien contada tiene una aplicabilidad limitada. Siempre hay supuestos tácitos o explícitos que sirven de base a un cuento simplificado. Pueden no importar para el punto que está tratando de explicar la parábola y eso es lo que las hace posibles. Cuando sí importan, la parábola puede ser engañosa. En un modelo simplificado, siempre hay aspectos de la vida económica que se quedan fuera. Por consiguiente, habrá algunos problemas sobre los que no se arroje nada de luz; peor aún puede haber problemas sobre los que aparentemente se esté aclarando algo, pero sobre los que de hecho se está propagando un error. A veces resulta difícil distinguir entre ambas clases de situación. Lo único que se puede hacer es tratar honradamente de circunscribir el uso de la parábola al dominio en que de hecho no es engañosa, y eso no siempre se puede saber de antemano (Solow, 2018 p. 31-32)

Las nociones de Solow en el texto anterior, implican varias cosas importantes, primero que la ciencia económica necesita de las ficciones para explicar la realidad social, pero no desde la idea de que existe una simetría entre lo narrado y lo real, sino que ésta funciona como la heurística que guía la descripción de las tendencias que hay en juego en el mundo idealizado y simplificado al que se evoca; segundo, que la ficción es una estrategia que no debe de tomarse a la ligera pues, pese a su utilidad didáctica, puede fácil caerse en el engaño de la literalidad o bien en el problema de la super simplificación; tercero, que no hay forma de ubicar las normas a seguir al evocar una narración o ficción como las parábolas, estas son utilizadas por distintos motivos como la explicación, la didáctica o el engaño; por último, que toda ficción evocada es una deuda con la ética ya que se debe esperar que el investigador las utilice honradamente y sin alentar el engaño.

El hecho de que las ficciones se circunscriban al ámbito de la retórica podría extrapolarse hasta el punto de afirmar que toda la ciencia económica es en sí retórica aplicada, como McCloskey (1983) parece apuntalar. Para entender un poco este posicionamiento y su importancia, Mäki (2012) logra identificar cuatro elementos que caracterizan al proyecto retorico de esta autora:

1) se reconoce que toda comunicación humana involucra un aspecto retórico (intentos por persuadir a sus audiencias) por lo que la ciencia no está exenta de tal situación; 2) la economía se caracteriza por ser un modelo conversacional de retórica, entonces, si esta ciencia se enmarca gracias a la conversación y, a su vez, la persuasión tiene lugar en ese espacio (así como el intercambio en el mercado), se hace necesaria la práctica del *Sprachetik* o una ética específica para construir conversaciones honestas y/o conscientes; 3) dado que la naturaleza de la economía es retórica, no hay lugar para la preocupación de principios y reglas metodológicas como las de Popper, Kuhn o Lakatos, lo que se debe hacer es el reconocimiento de la presencia y poder de la retórica en la ciencia, la necesidad de principios éticos de investigación y comunicación (*Sprachetik*), así como estar conscientes de la existencia de las estrategias para la persuasión; 4) el proyecto de los autores se puede identificar como parte del relativismo, el constructivismo social o el posmodernismo, debido a sus ideas donde todo lo que hay en el mundo y su verdad, son resultado de la persuasión retórica.

Si bien es cierto que existen elementos retóricos, por ejemplo, en las motivaciones de justificación y validación de la propia teoría neoclásica, afirmar que todo es retórico conlleva a la relativización extrema o totalización del concepto que más que aclarar, dificulta encontrar el vínculo entre las relaciones de poder y la Verdad. Además, no es difícil darse cuenta que este planteamiento termina por afectar sus propias bases, ya que, si todo es retórico, entonces no hay manera de separarlo de lo no retórico, de modo que el postulado termina dentro de la retórica y, por mucho que se intente, lo retórico de la retórica no resulta en la Verdad, sino solo en una mistificación.

Es claro que para el proyecto de McCloskey la verdad es el resultado de las relaciones de poder vinculadas a la práctica retórica de la ciencia, sin embargo, como Foucault (2012) afirmó, no es posible encontrar una manera universal que relacione a la verdad con el poder, pues siempre se manifiestan de distintas maneras y de acuerdo a una situación y momento determinado, por tanto, la relación que se encuentre no es un ejercicio totalizante, como parece implicar el proyecto

retorico, sino que es un ejercicio contingente que requiere de las estrategias de normalización e institucionalización. Así, McCloskey (1983) confunde la construcción de regímenes de verdad que constituirían la pretendida objetividad de los discursos y aquello que se erige "...como visible, constatable, medible, obediente a las leyes semejantes a las que rigen el orden del mundo, y cuyo descubrimiento tiene por sí un valor purificador" (Foucault, 2012 p.251), con la Verdad.

Como bien apunta Mäki:

Las creencias de trasfondo y la estructura institucional de la investigación económica, tiene mucho que ver con lo que se encuentra como persuasivo y con qué considera como verdadero en cualquier momento dado e incluso con la probabilidad de dar seguimiento a verdades acerca del mundo por una comunidad de investigadores. Pero no tiene nada que ver con lo que es y no verdadero... Mientras que lo que es plausible y lo que cuenta como verdadero pueden ser manipulados por la persuasión retórica, lo que es verdadero no puede serlo. Lo mismo se aplica a lo que es real... el lenguaje es multifuncional en el sentido de que uno y el mismo enunciado o conjunto de enunciados puede ser utilizado tanto para persuadir a una audiencia como para expresar proposiciones verdaderas o falsas acerca de la realidad económica sin entrar en conflicto (Mäki, 2012 p. 22)

En este sentido, una cosa es edificar una perspectiva económica específica en un momento histórico determinado y bajo ciertos mecanismos ligados al poder, cómo la que logra aplicar la teoría neoclásica mediante las estrategias teleológicas y narrativas, y otra muy diferente es relativizar todos los proyectos científicos y políticos mediante la edificación de la retórica como necesidad científica tanto teórica como práctica. De esta forma, el que la estrategia narrativa implique el uso de las ficciones y la retórica, no significa que toda la ciencia lo sea.

Si bien McCloskey (1983) da cuenta del problema de la no objetividad de la ciencia económica, su proyecto conlleva considerar desde el extremo lo que una estrategia narrativa supone ser, por lo que toda posible capacidad explicativa del momento actual tanto científico en general como económico en particular termina por relativizarse y pasa a ser parte del conjunto de teorías que idealizan una idea, perdiendo capacidad explicativa. Sin embargo, su contribución revela la importancia

de los regímenes de verdad y el consenso económico-político de ciertas posiciones teórico-prácticas en la academia y la vida pública.

En este sentido, Myrdal (1930) entendía la importancia de tal elemento problemático, pero su posición es más precavida que la de McCloskey ya que intenta alejar cualquier noción de relativización de la ciencia. Sus ideas sobre el elemento político, presente en la teoría económica (pero extrapolable en todas las ciencias sociales), también tocan lo irremediable de la mezcla entre el quehacer científico y lo deseable de una situación (sin importar si esta es hipotética o fáctica) resultando en la aceptación y/o rechazo de ciertas afirmaciones sobre otras, planteando a partir de ellas un posible destino de justicia y bienestar creciente de acuerdo a ciertos resultados teóricos. Pero el compromiso científico está más allá de tal situación problemática propiciada por el elemento político, ya que incluso sin la objetividad existe la necesidad y la responsabilidad con la Verdad.

Esto no quiere decir que los resultados de la investigación económica no ayuden a formar opiniones políticas, de hecho, lo hacen. Lo que Myrdal propone, por ejemplo, es que la problemática radica en creer que tales opiniones parten de la neutralidad o la consistencia solo por ser elementos extraídos de una teoría que es considerada la ortodoxia. A su vez, la relevancia de la propuesta de McCloskey se encierra en la idea de que las opiniones implican posición (en un espacio de desigualdad), pues están ligadas a deseos y planes ya sea de conservación o cambio del estado actual en diversas formas y direcciones. Es mediante esta desigualdad en el espacio y la existencia del elemento político que la retórica tiene cabida como explicación, pues conlleva a pensar que en que toda discusión política se exalte o impriman ciertas creencias sobre los hechos y las relaciones causales entre ellos, sean estas desde la formación de la opinión o la construcción de los modelos, por ejemplo, en el caso de la teoría ortodoxa implica ya un desplazamiento de ciertos elementos que de considerarse resultarían problemáticos pero, llevados a segundo plano, generan la idea de la neutralidad y parsimonia de toda opinión que se base en su manera de interpretar los hechos.

Siguiendo lo anterior, el punto es que sea cual sea la posición que se tome alrededor de un hecho material o simbólico, no le quita la posibilidad de ser un hecho verídico. Es gracias a esta latencia que se le imprime a todo hecho, dato, etc. que se le confiere importancia a la apertura y crítica como medio hacia la Verdad, pero no desde un aspecto meramente ético, de voluntad o consciencia, como el proyecto retórico apunta, sino como una necesidad histórico material específica en la construcción teórico y práctica de la ciencia económica. En este sentido:

No se tiene que pensar que la realidad de la tasa de desempleo natural, o la verdad de nuestra teoría acerca de ella, es una función de persuasión retórica, incluso si pensamos que nuestra creencia en su realidad y en la verdad de nuestra teoría acerca de la misma puede ser influenciada por la retórica... Emitir el enunciado "el desempleo ha crecido 3% en el último trimestre" puede desempeñar varias funciones diferentes, tales como proporcionar información, avergonzar al ministro de economía, cuestionar el contenido de un reporte anterior, sugerir delicadamente que ciertas convenciones de medición sean urgentemente revisadas, ofrecer apoyo a un programa político... y así consecutivamente. Pero el estatus verdadero del enunciado es independiente de la mayoría de tales funciones: depende de los factores del problema que tiene que ver con el desempleo (Mäki, 2012 p. 23)

Ahora bien, retomando la idea sobre la estrategia narrativa como elemento de estructuración del *statu quo*, es necesario hacer notar que si el origen de tal estrategia es la no objetividad de la ciencia económica, la forma que adopta es la retórica, más no totalizante sino explicativa, pues es mediante esta que se logra generar un espacio de acción tanto teórico como práctico, desplazando la crítica y las demandas de realidad, de ahí que se exalte la necesidad de mantenerse dentro de las premisas que, aunque insatisfactorias, son la mejor herramienta posible para el entendimiento de lo económico y de lo social. Esta es la parsimonia y neutralidad que evoca el proyecto neoclásico en sus formas de significación de los hechos.

El problema de evocación de unos resultados por sobre otros y de la construcción del *statu quo* es notada por Solow (2018) quien acepta que sus trabajos devinieron en apologías acordes a la idea de "vivir en el mejor de los mundos" tal cual Teodicea de Leibniz (de ahí su referencia a Cándido de Voltaire).

En el modelo neoclásico era natural y práctico describir vías al *equilibrio* y encontrar la dinámica de los precios y las tasas de interés que apoyan una vía al equilibrio. En ese

momento no se me ocurrió que, al hacer esto, yo era portador de buenas y malas nuevas. La buena nueva era que los economistas instintivamente tienden a pensar de esa manera, y que la conexión contribuiría a que mis colegas se interesaran más en la teoría del crecimiento. Además, es un instinto bueno (fructífero), ya sea que se trate de una economía socialista o de una capitalista. La mala noticia es que la conexión es demasiado atrayente e interesante y desencadena una permanente tentación a seguir la opinión del Dr. Pangloss, un Dr. Pangloss muy listo (Solow, 2018 p.14).

Tanto Myrdal (1930) como Solow (2018), no son ajenos al elemento político dentro de la teoría económica y su retórica, los dos dan cuenta de su influencia en la construcción de la opinión político económica y el desarrollo teórico. Sin embargo, ambos fallan en notar la presencia de un elemento anterior que engloba las estrategias funcionales, narrativas y también presupone al elemento político y su mecanismo de acción, tanto en el discurso como en la ciencia: el elemento ideológico.

El elemento ideológico puede observarse, por ejemplo, al analizar la afirmación anterior de Solow (2018) cuando habla sobre cómo el *instinto* del economista reconoce lo que ya es *natural* para ellos al pensar en los fenómenos económicos y como estos se vinculan al equilibrio, la cual da indicios de confundir dos términos importantes: el instinto con un *hábito* y lo natural con lo *normalizado*. Sin dar tanta importancia a estos conceptos, Solow da a entender que, si es evidente que el economista se mueve en el plano del instinto y la naturaleza, entonces no es de extrañar la construcción de herramientas teóricas que apoyen tal situación ya que estas nociones son prácticas y fructíferas. Por su parte, Myrdal (1930, 1970), cuestionaría a la teoría neoclásica por hacer uso de este recurso narrativo que bajo una normalizada asociación de ideas (entre lo natural y lo instintivo), difumina el carácter sesgado de sus afirmaciones, presentando como fundamentación sólida sobre sus postulados, aquello que se basa en la tradición, el hábito, la creencia y la fe. Sin este recubrimiento narrativo ¿por qué sería natural pensar en un equilibrio económico? o bien, ¿por qué es que sería instintivo afrontar los problemas económicos desde la perspectiva neoclásica?

Lo que sucede con las posturas semejantes a las de Solow es que plantean un único esquema de interpretación y explicación de la realidad social por la única justificación de ser el aparente método más natural, instintivo y fructífero o funcional para la ciencia económica. Esto no solo implica una estrategia metodológica para encasillar como no científica a toda crítica fuera del marco categorial de la aprehendida ciencia económica, sino también para obligar a la crítica a entrar dentro de la lógica del propio sistema teórico¹⁴, de ahí la pertinencia del elemento ideológico.

Al estudiante de economía se le enseña a "pensar en términos económicos". Esto significa principalmente -o así se nos dice repetidamente- que debe cultivar la capacidad de ver y comprender los fenómenos económicos, rápida y exactamente, bajo una luz específica, es decir, observarlos desde un punto de vista particular y clasificarlos según ciertas categorías teóricas. La elección real del punto de vista y de las categorías dependerá, por supuesto, en última instancia, del enfoque epistemológico subyacente. Una vez que uno se ha acostumbrado a pensar en el marco del sistema normativo heredado, que ofrece la seguridad de un "camino trillado", resulta difícil apartarse e inspeccionar el sistema desde fuera, del mismo modo que es difícil para las criaturas que viven en dos dimensiones en la superficie de una esfera, por citar el famoso ejemplo de Einstein, sospechar la existencia de una tercera dimensión. (Myrdal, 1930 p. 22)

El hecho de pensar instintivamente en "términos económicos" no es otra cosa más que la manera en que el elemento ideológico se presenta en la ciencia económica, Myrdal (1930) nota este problema, pero lo evita por cuestiones epistemológicas que afectarían el desarrollo de sus afirmaciones, pues tendría que entrar en el debate sobre la crítica ideológica marxista entorno a la falsa consciencia, de la cual no era muy adepto, aun teniendo como amigo cercano a Karl Mannheim conocido por ser un autor importante dentro de estos debates.

¹⁴ "La educación científica, como hoy día se entiende, apunta a este objetivo (a simplificar y encasillar). Tal educación simplifica la "ciencia" simplificando a sus participantes: en primer lugar, se define un dominio de investigación. A continuación, el dominio se separa del resto de la historia... y recibe una "lógica" propia. Después, un entrenamiento completo en esa lógica condiciona a quienes trabajan en dicho dominio. Con ello se consigue que sus acciones sean más uniformes y al mismo tiempo se congelan grandes partes del proceso histórico. "Hechos" estables surgen y se mantienen a pesar de las vicisitudes de la historia... (para el educando) Su imaginación queda restringida, e incluso su lenguaje deja de ser el suyo propio. Esto se refleja, a su vez, en el carácter de los "hechos" científicos, que se experimentan como si fueran independientes de la opinión, creencia y del trasfondo cultural" (Feyerabend, 1975 p.4)

De esta manera, si el origen de la estrategia narrativa y funcional es la no objetividad de la ciencia económica y la forma que adoptan ambas es la retórica, el modo de explicar a estas dos estrategias y, a su vez, explicar la predominancia de la teoría neoclásica (pese a las inconsistencias) será posible al utilizar la noción de ideología.

El mito de la caverna de Platón, quizá sea uno de los primeros escritos que plantean la noción sobre la existencia de una brecha fundamental entre la realidad y la manera en que ésta es percibida, tal sospecha o intuición ha planteado a lo largo de la historia de la filosofía un problema que hasta la actualidad no ha encontrado una resolución. Sin embargo, siguiendo a Eagleton (1997), es hasta el siglo XVIII que el estudio de los mecanismos e implicaciones de esta brecha cobra un nuevo significado de la mano de Antonie Destutt de Tracy, quien mediante el término ideología designa una base para la “ciencia de las ideas” como proyecto positivo necesario para liberar de toda mistificación a la realidad y reconstruir desde ese punto un ideal de sociedad. No obstante, en un paradójico resultado, lejos de convertirse en el estudio sistemático de las ideas que liberaría de toda mistificación a la sociedad, el concepto de ideología termina por emplearse en su concepción negativa y a un nivel peyorativo como aquel que significa a los mecanismos y aparatos necesarios para mistificar la realidad.

En un intento por reconstruir el término ideología y su estudio como fenómeno social, es posible afirmar en primer momento, que este concepto tiene dos motivaciones: 1) funciona como una manera de explicar cómo los significantes pueden ser usados para ejercer o contraponerse al poder y 2) funge como un vínculo entre lo individual y lo colectivo, mostrando como las ideas, las creencias, los rituales y las prácticas individuales afectan, relacionan y construyen lo colectivo y viceversa. Desde esta perspectiva la ideología delinea los espacios de creación y acción en los que los aspectos individuales y los colectivos (como la clase o la sociedad) terminan por significar algo más allá que la suma de sus partes.

Pese a la importancia que demarcaría el estudio y crítica de la ideología como fenómeno para el análisis de la sociedad y sus mecanismos, su espacio ha sido desplazado o ignorado no solo por la economía sino por las distintas ciencias

sociales, en parte por razones políticas como por razones teóricas (dada la dificultad de su estudio). La cuestión política surge desde el inicio de la guerra fría y toma su mayor importancia tras el discurso erigido después de la caída de la URSS, el cual no escondía el hecho de ser un mecanismo que exaltaba el triunfo del capitalismo como modelo económico y social. Esta nueva fase de la historia (o su final como plantearía Fukuyama en 1989) marcaría lo que Daniel Bell (1960) designaría como el “fin de las ideologías”, que connotaría en el discurso la debilidad del comunismo como ideología política y económica y denotaría el punto de inflexión hacia un espacio de desmitificación, pragmatismo y objetividad en la representación científica de la realidad, asociado a las nociones normativas propugnadas por el capitalismo: liberalismo, democracia, igualdad, etc.

Este vínculo entre el comunismo, el marxismo y el estudio de la ideología, dotaría de los elementos necesarios (prácticos y morales) para que el estudio del fenómeno fuera reducido o eliminado de la agenda académica y política tanto de la izquierda como de la derecha, haciendo surgir opiniones de corte pragmático como las de Rorty (2000) quien indicaría que el término es inútil por ser parte de la tradición mistificadora y anticientífica que solo distrae de los problemas prácticos de la sociedad, idea en parte compartida por Deleuze y Guattari (1985) al afirmar que el término es un elemento de la tradición marxista simplificadora que falla en explicar los mecanismos de dominación del capitalismo mistificándolo.

Desde la perspectiva teórica, el problema radica en dos puntos importantes, por un lado, debido a los elementos prácticos de su estudio y, por el otro, debido a los elementos políticos y morales.

En el primer caso, este es un problema común para todas las ciencias sociales y humanidades, y es que parte del objeto de estudio está dentro de los elementos que lo explican: el significado es el medio de expresión de la ideología, sin embargo, su estudio necesariamente está mediado por el uso del significado por parte del investigador. De esta manera es fácil entender como el discurso teórico sobre la ideología (o de cualquier aspecto social) puede degenerarse rápidamente en discurso ideológico, debido a que, para hacer abstracciones de los fenómenos, muy

frecuentemente son necesarias las estrategias narrativas: analogías, parábolas, elementos literarios, etc., no obstante, el problema radica en su uso irreflexivo haciendo pasar elementos contruidos y por ende no neutrales, por su inverso, es decir, como aspectos neutrales, naturales o evidentes; del mismo modo, otro problema que se implica al hacer uso de estos elementos es el olvidar las diferencias específicas entre los recursos utilizados y su correspondencia, pasar irreflexivamente de cierto grado de identificación entre los elementos narrativos y su explicación por equivalencias entre los mismos, así como del uso irreflexivo de tal grado de identificación en primer lugar.

Por ejemplo, la teoría neoclásica construye explicaciones de aspectos colectivos mediante analogías a lo individual, de ahí la idea del agente representativo o el traslado del análisis microeconómico al macroeconómico, mediante los elementos de racionalidad (basadas en el *homo economicus*), que la Teoría del Equilibrio General o las teorías del crecimiento y crecimiento endógeno manejan, lo cual es un recurso válido. La cuestión está en olvidar las diferencias específicas que existen entre un cierto grado de identificación respecto de los elementos individuales y los aspectos colectivos o sociales, así como el uso irreflexivo de tal identidad que pasa por equivalencia, de ahí que rápidamente desde un recurso explicativo se termine por hacer apologías a la metáfora sobre la sociedad cómo un individuo o un gran cuerpo viviente (basado en la suma de individuos), con su respectiva conciencia, personalidad, gustos y preferencias¹⁵. Asimismo, la ausencia de reflexión teórica sobre tal identificación (entre lo individual y lo social) desde el principio, al ser esta una deducción lógica de una realidad evidente, no hace más que aumentar las sospechas de que efectivamente hay una posición ideológica desde la que se enuncia y construye la teoría.

¹⁵ La construcción de la sociedad como la suma de sus partes, es ya un elemento ideológico para Lukács, pues implica la no reflexión con respecto a la totalidad y la contingencia de la historia "... tan pronto como las partes dejaron de encontrar en el conjunto su concepto y su verdad y, por el contrario, el todo quedaba eliminado de la investigación como no científico o era reducido a una simple "idea" o a una "suma" de partes, la relación reflexiva entre las partes aisladas tenía que aparecer como una ley eterna de toda sociedad humana" (Lukács, 1923 p. 43).

El segundo caso problemático para el estudio de la ideología, referente a los elementos políticos y morales, se enmarca justo donde termina el primer punto ya que tiene que ver con la identificación de posiciones ideológicas. La denuncia de tal espacio ideológico se basa en la noción de existencia de reconocimientos erróneos de la realidad que pueden ser corregidas mediante la instrucción y formación de la consciencia de clase, lo cual tiene correspondencia con el concepto marxista (simplificado) de falsa consciencia¹⁶.

Sin embargo, la identificación de tales posiciones enunciativas y el mecanismo de la falsa consciencia implica que, por un lado, exista un sentido de jerarquía (elemento político) entre los individuos que tienen nociones erróneas o falsas de la realidad y aquellos individuos que tienen la capacidad de ver por encima y hasta el fondo de tales falsedades y, por otro lado, exista un sentido de responsabilidad (elemento moral) para que aquellos que pueden ver (normalmente representados por el filósofo o el intelectual) logren guiar a los que no. De esta manera, la ocupación de una posición frente a la ideología, indicaría la posibilidad de estar fuera de la misma, sin embargo, como plantea Žižek (2003) este paso es necesariamente un engaño con consecuencias epistemológicas graves, pues pasa por alto que solo se puede señalar a una ideología desde otra ideología.

Debido a lo anterior, no basta únicamente con el señalamiento o denuncia ideológica, pues esto implica dejar sin cuestionamiento si la relación de los sujetos con la ideología es un aspecto estructural o mero artificio psicológico y social mediado por la creencia o la ignorancia. Sin tal discusión, la denuncia por más objetiva que se declare, connota la creencia de que una vez expuesta la ideología ésta se disuelve dejando a la vista la realidad no distorsionada, los intereses económicos que representa, el papel del individuo en la relación de clases y los grupos que ejercen el poder gracias a ella.

Si se deja de lado esta idea simplista sobre el papel que juega la ideología en la estructura social, se entiende que propugnar el desenmascaramiento para ver las

¹⁶ Que después servirá de fundamento a la teorización sobre la relación entre la historia y la consciencia de clase en el estudio de Lukács en *Historia y Consciencia de Clase* de 1923

cosas tal cual son y tomar acciones reales frente a ellas es ya una idea ideológica *par excellence* (Althusser, 1965 en Žižek 2003 p. 21), así como también la tesis de Bell sobre el fin de las ideologías, es ya ideológica por sí misma.

Ahora bien, pese a las diferentes problemáticas resumidas anteriormente entre los elementos prácticos y político morales que giran en torno a la ideología y su crítica, esto no implica que no sea pertinente su estudio, antes bien es una motivación debido a su capacidad explicativa en la complejidad social con su mecanismo de funcionamiento simbólico y material que resuelve (temporalmente) conflictos y contradicciones reales dando origen y defensa de ciertas naturalizaciones, cristalizaciones e institucionalizaciones en el orden social vigente¹⁷.

Un poder dominante se puede legitimar por sí mismo promocionando creencias y valores afines a él; naturalizando y universalizando tales creencias para hacerlas evidentes y aparentemente inevitables; denigrando ideas que puedan desafiarlo; excluyendo formas contrarias de pensamiento, quizá por una lógica tacita, pero sistemática; y oscureciendo la realidad social de modo conveniente a sí misma (Eagleton, 1997 p. 24)

Ahora bien, se apunta a que la ideología y su función no es simplemente una falsa conciencia, una suerte de representación distorsionada o ilusoria de la realidad que debe ser estudiada para exponerla y disolverla, ni un proyecto político definido a la instauración de un enemigo común o de espacio neutral para la crítica, sino que las aparentes contrariedades anteriores se afirman en la idea de que es la realidad la que está estructurada por la ideología, de ahí que incluso expuesta esta se mantiene, de que en ámbitos particulares se afirme, así como en generales se constate:

...-ideológica es una realidad social cuya existencia implica el no reconocimiento de sus participantes en lo que se refiere a su esencia-, es decir, la efectividad social, cuya misma

¹⁷ Si bien es cierto, que no todo gira en torno a un poder dominante, ni tampoco la ideología solo trata de la legitimación, pues como afirmaría Foucault (1980) el poder se ejerce en toda acción que esté constituida por una relación social y la actividad humana libre. Por lo que esto no desarticula el vínculo entre el poder y la ideología. Sin embargo, apuntar a un concepto que articule una posición de poder y neutralidad, así como de generalidad y particularidad no deja de ser una tarea problemática sino imposible tanto por las implicaciones epistemológicas como políticas si se considera a la ideología como algo externo a la experiencia y la práctica social.

reproducción implica que los individuos “no sepan lo que están haciendo”. “Ideológica” no es la “falsa conciencia” de un ser social sino este ser en la medida en que está soportado por la “falsa conciencia” (Žižek, 2003 p. 47)

Que la realidad este soportada por la ideología supone que ésta se asienta constitutivamente en una fisura, una brecha insoldable que debe de cerrarse de cualquier forma a modo de neutralizar ciertos desequilibrios inherentes a esta fragilidad de la estructura económica y social para configurar o reconfigurar un orden específico. En este sentido, la crítica de la ideología se posiciona justo en el punto de quiebre de los discursos y los universales al detectar el lugar de ruptura del discurso o universal, señalándose la forma ideológica en que se le da coherencia a las asimetrías y se construye, bajo ciertos mecanismos, su estatus de completitud o plausibilidad (cierre de forma “definitiva” de la fisura constitutiva de la realidad).

En este sentido es que surge la lógica de la excepción para dar coherencia a la brecha y sus cierres o suturas:

Cada Universal ideológico -por ejemplo, la libertad, igualdad- es “falso” en la medida en que incluye necesariamente un caso específico que rompe su unidad, deja al descubierto su falsedad. Libertad, por ejemplo: una noción universal que abarca una serie de especies (libertad de expresión y de prensa, libertad de conciencia, libertad de comercio, libertad política, etc.) pero también, por medio de una necesidad estructural, una libertad específica (la del obrero a vender libremente su propio trabajo en el mercado) subvierte esta noción de universal. Es decir, esta libertad es lo opuesto mismo de la libertad efectiva: al vender su trabajo “libremente”, el obrero pierde su libertad, el contenido real de este acto libre de venta es la esclavitud del obrero al capital. El punto crucial es, por supuesto, que es precisamente esta libertad paradójica la forma de lo opuesto a ella, la que cierra el círculo de las libertades... (Žižek, 2003 p. 47-48)

Esta forma de actuar de la ideología, mediante los desplazamientos de los elementos conflictivos para mantener la funcionalidad, tiene correspondencia con las formas en que se expresa la metodología de la teoría neoclásica. Como se explicó en el apartado anterior, el punto inicial del proyecto neoclásico se encuentra en la manera de solventar la fisura o brecha existente entre las condiciones generales (la libertad de contrato y la propiedad privada) con los ideales (competencia perfecta), la forma que toma el intento de vinculación se hace

mediante la elección racional y el mecanismo de precios que funcionan como suturas entre ambos polos, sin embargo, esto no deja de ser problemático, por lo que para cerrar el círculo es necesario desplazar las dificultades internas que estos proyectos mantienen, haciendo uso de las estrategias funcionales y narrativas, lo cual no es otra cosa que las formas en que la lógica de la excepción se hace presente y da cuenta del espacio ideológico de donde se enuncia la teoría.

Ahora bien, que la ideología actué dentro de la formulación teórica de la escuela neoclásica no necesariamente es perjudicial para su funcionamiento, antes bien le da la estructura necesaria para construir, pese a sus problemas, el recurso teórico y práctico para su objetivo normativo. Esto es así, porque la ideología no pretende ser tomada en serio o literalmente, su función como articulador hace implícita cierta clase de ambigüedad en su enunciación, así como de su accionar, que dota de flexibilidad tanto para resistir a la crítica como para solventar las problemáticas que se presentan internamente, asimismo, dota a los teóricos de cierta confianza “permitiéndonos una cierta distancia irónica, que nos hace pensar que sabemos más y que podemos estar por encima de la ideología” (Kapoor, 2014 p. 1135)

La confianza de la que dota la ideología tanto a los teóricos (mediante la pretendida objetividad) como la flexibilidad que permite al discurso (para afrontar la crítica) muestra que el centro de la ideología no está en el conocimiento de lo ideológico y de lo que no lo es, su función no es la de distorsionar las cosas de como en realidad son (como la noción clásica de la ideología y la falsa conciencia afirmarían). Su función no es interna ligada a un psicologismo, sino que es externa y se posiciona muy en la superficie (en la forma) de la realidad social, de manera que incluso ante la denuncia “...no pretende ser tomada seriamente, ni siquiera por sus autores, su estatus es solo de un medio de manipulación puramente externo e instrumental; su dominio está garantizado, no por su valor de verdad, sino por simple violencia extra ideológica y promesa de ganancia” (Žižek, 2003 p. 58)

Esta actitud cínica tanto de los agentes como de las instituciones que Žižek (2003) extrae de la *Crítica de la Razón Cínica* de Sloterdijk le permite formular un desplazamiento de la idea clásica sobre la ideología sintetizado en el “no lo saben,

pero lo hacen” de Marx, a una reconfiguración donde la ideología ya actúa en la realidad social, pero no en el nivel de un falso reconocimiento, sino al nivel de lo que los individuos *hacen* y no solo de lo que *piensan* o *creen* que hacen. Sin embargo, a diferencia de la idea de Slotedijk, el desplazamiento no se da por un simple “ellos saben lo que hacen y lo hacen”, el cual es un enunciado que implicaría una posición donde la influencia ideológica es reconocida y aceptada cínicamente¹⁸, sino que el desplazamiento es desde una ilusión que se inscribe en el conocimiento a uno que la propia ilusión le da consistencia o realidad al hacer, cambiando el enunciado original de Marx a “Ellos saben que, en su actividad, siguen una ilusión, pero aun así lo hacen”.

El ejemplo propuesto por Žižek (2003) para ilustrar lo anterior se basa en el dinero, ya que es este elemento uno de los más explícitos para observar como las *prácticas ideológicas* reproduce a la ideología aun sabiendo de sus repercusiones:

Cuando los individuos usan el dinero, saben muy bien que no tiene nada de mágico, que el dinero es, en su materialidad, simplemente una expresión de las relaciones sociales. La ideología espontanea cotidiana reduce el dinero a un simple signo que da al individuo que lo posee un derecho a cierta parte del producto social. Así pues, en el nivel cotidiano, el individuo sabe muy bien que hay relaciones entre la gente tras las relaciones entre las cosas. El problema es que, en su propia actividad social, en lo que hacen, las personas actúan como si el dinero, en su realidad material, fuera la encarnación inmediata de la riqueza como tal. Son fetichistas en la práctica, no en la teoría. Lo que “no saben”, lo que reconocen falsamente, es el hecho de que, en su realidad social, en su actividad social -en el acto de intercambio de mercancías - están orientados por una ilusión fetichista (Žižek, 2003 p. 59)

El problema de la ideología radica entonces en la práctica social y no tanto en el conocimiento o no de la falsedad (o certeza) de las afirmaciones. Así, el individuo sabe cómo son las cosas, de ahí la actitud cínica que Slotedijk¹⁹ propone, pero aun así hace *como si* no lo supiera. Tal funcionamiento de la ideología se encierra en la actividad de abstracción que surge del actuar bajo la regla del *como sí*, término que

¹⁸ Está claridad tanto en el conocimiento como en el acto inhibiría cualquier influencia de la ideología y sus ilusiones y demarcaría el inicio de una sociedad post ideológica como la anunciada por Bell (1960).

¹⁹ “Si nuestro concepto de ideología sigue siendo el clásico en el que la ilusión se sitúa en el conocimiento, entonces la sociedad actual ha de parecer post ideológica: la ideología que prevalece es la del cinismo; la gente ya no cree en la verdad ideológica; no toma las proposiciones ideológicas en serio” (Žižek, 2003 p. 61)

implica la forma ilusoria que estructurará la realidad social debido a la actuar individual y colectivo: “La ilusión es, por lo tanto, doble: consiste en pasar por alto la ilusión que estructura nuestra relación efectiva y real con la realidad. Y esta ilusión inconsciente que se pasa por alto es lo que se podría denominar la *fantasía ideológica*” (Žižek, 2003 p. 61)

Tal fantasía ideológica presente en la forma en que se estructura el discurso y la realidad social bajo las ideas *como si*, es el último bastión para cerrar el círculo de las inconsistencias y construir una realidad basada en tales ilusiones o ficciones, otorgando un lugar privilegiado a la visión individual y armónica por sobre lo colectivo y el conflicto.

Sin embargo, es necesario hacer notar que, si la ideología está cargada de elementos vinculados a las creencias, esto no implica que este sea un aspecto puramente subjetivo. La creencia no es algo interior, propio del individuo o parte de su intimidad, ya que cada creencia es expresada en la práctica²⁰ y la conducta efectiva de la gente cotidiana y científica, de ahí que la creencia tenga un estatuto objetivo: “la creencia lejos de ser un estado “íntimo”, puramente mental, se materializa siempre en nuestra actividad social efectiva: la creencia sostiene la fantasía que regula la realidad social” (Žižek, 2003 p. 64)

La importancia de la fantasía ideológica y la creencia materializada en la práctica ideológica, radica en actuar como articuladores de lo que se denomina la *realidad social*. Su estatuto como parte integral de la realidad le confiere la posibilidad de instaurar, naturalizar e institucionalizar ciertos aspectos sociales que apoyan a que

²⁰ Ejemplo de la creencia y la práctica como un proceso puede encontrarse en Feyerabend: “A menudo se da por supuesto que una comprensión clara y distinta de las ideas nuevas precede, a su formulación y a su expresión institucional. (Una investigación empieza con un problema, dice Popper). Primero, tenemos una idea o un problema, después actuamos, es decir, hablamos o construimos o destruimos. Ciertamente no es este el modo en que los niños se desarrollan... No existe ninguna razón por la que este mecanismo deje de funcionar en el adulto. Debemos esperar, por ejemplo, que la idea de libertad, solo pueda aclararse por medio de las mismas acciones que supone crean la libertad. La creación de una cosa, y la creación más la comprensión completa de una idea correcta de la cosa, constituyen muy a menudo partes de uno y el mismo proceso indivisible y no pueden separarse sin provocar la detención del proceso... antes bien, está dirigido por un vago impulso, por una “pasión” (Kierkegaard). La pasión da lugar a una conducta específica que a su vez crea las circunstancias y las ideas necesarias para analizar y explicar el proceso, para hacerlo ‘racional’” (Feyerabend, 1975 p. 10)

se mantenga tanto lo económico como lo social en un estado específico, siendo en este momento histórico el mantenimiento del sistema basado en el modo de producción capitalista.

Lo que llamamos “realidad social” es en último término una construcción ética; se apoya en un cierto *como si* (actuamos *como si* creyéramos en la omnipotencia de la burocracia, *como si* el presidente encarnara la voluntad del pueblo, *como si* el Partido expresara el interés objetivo de la clase obrera...) En cuanto se pierde la creencia (la cual, recordémoslo de nuevo, no se ha de concebir definitivamente en un nivel “psicológico”: se encarna, se materializa, en el funcionamiento efectivo del campo social), la trama de la realidad social se desintegra” (Žižek, 2003 p.65)

Si se analiza a la teoría neoclásica con base a las nociones de la crítica de la ideología propuesta por Žižek, es posible mostrar como ésta es enunciada y construida ideológicamente, tratando de borrar la brecha traumática que separa sus condiciones generales con los ideales para configurar una base normativa acorde a sus objetivos científico liberales.

Por ejemplo, la brecha fundamental que articula la construcción de la teoría económica neoclásica y que da cuenta del origen de los problemas fundamentales de tal escuela, puede rastrearse desde Smith:

...sus argumentos a favor de la libertad se desarrollan sobre el supuesto del estado natural, pero los utiliza como si pudieran aplicarse a las condiciones reales. El postulado de la libertad es para él más que una mera teoría; es una ley benéfica de la naturaleza. Promulga un derecho sagrado del hombre, lleva a cabo las intenciones de la Providencia. Por lo tanto, los hombres pueden obstaculizar o distorsionar su funcionamiento, pero nunca pueden ponerla fuera de acción (Myrdal, 1930 p. 106)

La fisura constitutiva entonces se posiciona en la unión insatisfactoria entre el estado natural (idealizado) con las condiciones “reales” (o generales) mediante la libertad como sutura. Esta imposibilidad de cierre de la brecha, radica en las mismas condiciones de enunciación, pues para mantener la coherencia entre sus postulados es necesario eliminar el o los elementos problemáticos; Sin embargo, como afirmará Žižek (2003), para que la libertad funcione como universal de manera armónica (acorde a las ideas normativas de sociedad propuesta por Smith y

teorizadas después formalmente por la teoría neoclásica, principalmente por Marshall), es necesario el desplazamiento o eliminación de un tipo de libertad que subvierte tales postulados²¹: la pérdida de libertad del trabajador por el capital.²²

Para cubrir el elemento político, que se encuadra en los aspectos valorativos del proyecto teórico neoclásico y, principalmente, el elemento ideológico originado por la brecha traumática, se hacen uso de las estrategias narrativas y funcionales, los cuales tanto materialmente como simbólicamente desplazarán efectivamente la fisura mediante la construcción discursiva con apariencia neutral y objetiva. No obstante, el discurso, a travesado por el lenguaje también falla en englobar los elementos de la fisura, por la propia imposibilidad de simbolización o significación, de ahí el uso irremediable de recursos como las analogías, metáforas, aspectos literarios, etc. lo cual provoca el irremediable problema de identificar claramente las relaciones entre los recursos utilizados y el significado:

Hay una segunda razón contra el uso de tales metáforas (las metáforas animistas) en economía. Superficialmente, parece que la "economía social" o la "economía de mercado" denotan algo real. Por lo tanto, su uso metafórico debe estar rodeado de tantas reservas que se vuelve estilísticamente engorroso. Si se omiten las reservas, el lector tiende a asociar un

²¹ Feyerabend criticaría esta estrategia en el discurso de Wolff después que planteara que "no está nada claro... que la investigación científica exija una libertad absoluta de palabra y de debate. Por el contrario, la evidencia sugiere que ciertos tipos de esclavitud no suponen ningún obstáculo en el camino de la ciencia" (Feyerabend, 1975 p. 5). Con esto, Wolff acepta (de manera cínica) que para que exista la libertad en la ciencia, debe existir la esclavitud en algún punto de la misma. De aquí Feyerabend contestaría que "una generación que tuvo el coraje de deshacerse de Dios, de aplastar al Estado y a la iglesia, y de prescindir de la sociedad y de la moralidad, se inclinaba, sin embargo, ante la ciencia. Y en la ciencia, donde debería reinar la libertad, el orden del día era "creer" en las autoridades o dejarse cortar la cabeza" (Feyerabend, 1975 p. 5)

²² Incluso en cuestiones teóricas la problemática sobre la lógica de la excepción resurge como fantasma que recuerda la brecha constitutiva de su enunciación, por ejemplo, Blaug al hablar de la teoría neoclásica y la determinación del precio de los factores señala que: "El problema es más profundo aún. Para que el mercado iguale los costos alternativos, como quiere que se interpreten, el recurso en cuestión debe ser capaz de variar en el margen. Pero los trabajadores no pueden, por regla general, vender sus servicios en proporciones variables a diversos compradores: la elección entre ocupaciones diferentes es esencialmente una decisión de todo o nada. La decisión de un trabajador de entrar en una ocupación no es una elección marginal; por esta razón, parece haber una ausencia fundamental de paralelismo entre la asignación de los recursos humanos y los recursos no humanos" (Blaug, 1985 p. 535). Es decir, la libertad de elección del trabajador se ve truncada por la misma forma en que se asignan los recursos teóricos y, a su vez, la estrategia narrativa pierde su eficacia al utilizar como equivalente los tipos de recursos. La respuesta a esto es sencilla aunque problemática: "El conflicto entre la teoría del costo alternativo y la teoría del costo real puede resolverse formalmente tratando el ocio y "lo agradable del trabajo" como bienes desplazados... Gracias a este estratagema verbal podemos rescatar la proposición de que los precios de equilibrio serán iguales a los costos de oportunidad" (Blaug, 2001 535-534) recobrándose así la coherencia teórica a costa de omisiones (respecto a las variaciones de la oferta).

significado erróneo a las metáforas, tanto si el autor lo pretende como si no, y la ausencia de una definición precisa lo hace mucho más peligroso (Myrdal, 1930 p. 147)

La cuestión está, como se ha dicho anteriormente, en olvidar las diferencias específicas que existen entre un cierto grado de identificación de algunos elementos o recursos literarios y su literalidad. Así como también el uso irreflexivo de tal recurso en primer momento. De esta forma, lo precipitado de tales identificaciones las hace pasar ingenuamente por equivalencia, por lo que rápidamente se degenera un recurso explicativo y toma lugar uno apologético.

El caso más criticado y usual de la teoría neoclásica se da en la cuestión del olvido o desplazamiento de las diferencias entre un cierto grado de identificación respecto de los elementos individuales y los aspectos colectivos o sociales, que rápidamente hacen pasar el recurso metafórico a uno de cierta equivalencia, estructurándose una visión de la sociedad cómo un individuo o un gran cuerpo viviente (basado en la suma de individuos), con su respectiva conciencia, personalidad, gustos y preferencias. Por ejemplo, siguiendo a Myrdal:

J. B. Clark se propuso explicar la actividad económica, y en particular los precios en régimen de competencia perfecta, de forma que también los justificara. Más que ningún otro economista eminente reciente, ha sistematizado la idea de armonía. Da por sentada la distribución de la propiedad e, implícitamente, la acepta como justificada. En su libro sobre el mercado de trabajo y los conflictos laborales dice que "bajo la competencia perfecta, la recompensa de cada trabajador es virtualmente su propio producto real". Esta interpretación ética de la teoría de la productividad impregna toda su teoría de la distribución, a pesar de que ocasionalmente asegura que la ciencia sólo puede observar y no prescribir. (Myrdal, 1930 p. 148)

El proyecto de Clark, que Myrdal (1930) rescata de sus diferentes ensayos, tendrá como fundamento una teoría filosófica que respalda o justifica la existencia y necesidad de relaciones armónicas entre intereses contrapuestos en una sociedad enmarcada por el mercado y la competencia perfecta, de modo que el excedente producido por la sociedad se distribuya, no solo equitativamente con respecto a las productividades marginales (determinadas objetivamente), sino como justamente lo dictan las leyes económicas y sociales:

El argumento de Clark es el siguiente: La sociedad puede considerarse como un todo orgánico, o incluso como una sola persona. Si alguien compra o vende, parece, superficialmente, que comercia con otro individuo, pero en realidad comercia con el mercado en su conjunto. El mercado es un organismo que experimenta las necesidades a través de sus componentes, es decir, los individuos. Es la expresión de la totalidad de los deseos individuales. Es este organismo social el que determina el precio, ya que en condiciones de libre competencia la oferta y la demanda de un solo individuo no afectan al precio. Clark explica el precio por la utilidad marginal y la productividad marginal. En virtud de su visión orgánica, puede considerar el precio así determinado como una medida directa del valor social. En ocasiones, también mide el valor social en términos de unidad de trabajo social marginal, que representa el sacrificio marginal de "la sociedad en su conjunto". Las dos medidas dan el mismo resultado, porque cada persona recibe por su trabajo exactamente el valor de su producto marginal. En otras palabras, el valor del producto marginal del trabajo es igual a su valor de cambio. La única diferencia es que una de las medidas es más profunda. (Myrdal, 1930 p. 149)

Lo cual es, por un lado, un ejemplo de la confusión entre el recurso literario y la literalidad y, por el otro, la transformación de un medio explicativo en uno apologético.

En contraste, Marshall (1931) fue cauto al considerar las ideas sobre la productividad marginal, pues para él, estas no eran propiamente una teoría de la distribución, debido a que no explicaba las participaciones relativas de los factores en los "dividendos nacionales". Su función era la de ser un elemento o recurso que permitía articular algunas partes de la teoría de los precios de los factores en el corto plazo, pero que no lograba explicar el todo ya que solo contempla la demanda del factor (se demanda más cantidad de un factor si se cumple que su productividad marginal es mayor al costo de adquirirlo) dejando sin explicación la influencia que tiene la oferta sobre ésta.

Esta doctrina se ha presentado a veces como una teoría del salario. Pero no hay ningún fundamento válido para tal pretensión. La doctrina de que los ingresos de un trabajador tienden a ser iguales al producto neto de su trabajo, no tiene por sí misma ningún significado real... Pero, aunque esta objeción es válida contra la afirmación de que contiene una teoría de los salarios; no es válida contra la afirmación de que la doctrina arroja una luz clara sobre la acción de una de las causas que rigen los salarios (Marshall, 1931 p.429-430)

Esta precaución tomada por economistas como Marshall y Walras no es fortuita, se gesta en la diferenciación entre las nociones de lo normativo y lo científico, así como en la negativa a proporcionar reducciones simplistas a las preguntas fundamentales. De esta manera existía una desestimación hacia la productividad marginal como elementos distributivos pues dudaban que

...proporcionase respuestas claras a las grandes cuestiones de la propiedad privada y la justicia distributiva, ya que todos ellos habían aprendido la lección que John Stuart Mill les enseñara: las leyes de distribución a diferencia de las de la producción, pueden verse decisivamente afectadas por la acción colectiva (Blaug, 1985 p. 219)

Sin embargo, siguiendo a Blaug (2001) esto no detuvo a economistas como Clark, Wicksteed y Wicksell de advertir que todo factor variable debe obtener una remuneración igual a su producto marginal, aunque cada uno lo hizo con distinto énfasis. No obstante, fue Clark (1899) quien terminó exaltando las implicaciones normativas sobre la productividad marginal afirmando que las fuerzas del mercado aseguraban pagos o remuneraciones a cada agente productivo (trabajadores, terratenientes y capitalistas) no solo eficientes sino también justas. Lo cual es una clara degeneración de un medio explicativo como afirmaba Marshall a uno apologético que adopta una postura simplista de la teoría de la productividad marginal y termina por representar normativamente y definitivamente lo justo del pago por el trabajo como exactamente resultado del producto marginal.

Ahora bien, el que se llegue a afirmar que tales planteamientos son absurdos actualmente, no resuelve el problema del traslado o confusión de lo figurativo y lo literal. Sin embargo, es lo que efectivamente se hace, pues en el discurso neoclásico se afirma que tal confusión es propia de una tradición simplificadora del siglo XIX y principios del siglo XX que aún está dentro de la confusión clásica sobre lo objetivo y normativo, por lo que son remanentes de un pasado contaminado en el quehacer teórico y científico del economista, pero que tal situación ya ha dejado de ser así, pues se ha asumido una visión más moderna, más burguesa²³: “John Bates Clark pudo haber pensado, hace un siglo, que la distribución de conformidad con los

²³ Esta frase lleva unas claras connotaciones irónicas y normativas con fin de molestar a la heterodoxia y exaltar las pretendidas nociones objetivas y científicas del quehacer neoclásico.

productos marginales era “justa”, pero ningún economista moderno, ningún economista “*bourgeois*” moderno, aceptará ese razonamiento” (Solow 2018, p.22-23).

Aunado a lo anterior, Blaug (2001) también comparte la idea de que no hay nada que pueda ocultarse actualmente sobre las deficiencias de la visión apologética de Clark y, de hecho, por esto es que ya nadie las toma en cuenta debido a que la teoría de la distribución no es, en principio, distributiva (pues solo determina los precios de los factores) ni es una teoría completa (solo toma el lado de la demanda del mercado de factores), además de otras deficiencias como “escasa utilidad práctica para los problemas de la producción,... no puede aplicarse al conjunto de los mercados de factores a causa de la interdependencia entre la demanda y oferta, no arroja ninguna luz directa sobre el problema de las participaciones relativas... y no integra el cambio técnico” (Blaug, 2001 p. 527).

De esta manera, para Blaug (2001), el único misterio que queda en este asunto es el propio interés por investigar o considerar interesante a la participación de los salarios y los beneficios en el ingreso total. El que regrese como apartado en la investigación científica puede deberse a una confusión entre las nociones comunes sobre lo que es la distribución y el proyecto “distributivo” de la teoría neoclásica, el cual se reduce a uno de determinación del precio de los factores, lo cual está lejos de poder hacer frente a las grandes cuestiones clásicas y convierte al proyecto teórico neoclásico en uno más modesto²⁴. Lo cual también ha atraído problemas tanto para adeptos como críticos, ya que en ambas partes existe cierto reconocimiento falso o inmediato de la teoría neoclásica confiriéndose propiedades o capacidades que están fuera del alcance real o las motivaciones iniciales de la teoría.

Esta teoría no tiene nada sencillo que ofrecer como respuesta a la pregunta de por qué la participación de los salarios o beneficios en la renta es la que es. La cuestión viene urgida

²⁴ “La teoría de la determinación de los precios de los factores según su productividad marginal es una teoría muy modesta. Es también una teoría que presenta un elevado grado de abstracción, ya que está formulada en términos tan generales que la hacen virtualmente inútil para responder a cuestiones específicas acerca, por ejemplo, de la estructura salarial en los mercados de trabajo” (Blaug, 1985 p. 224)

por nuestro interés en la distribución de la renta entre las clases sociales, y las clases sociales no son una variable explicativa de la teoría neoclásica... Por un lado, los que utilizan la teoría neoclásica no han podido resistir la tentación de hacer que la teoría genere respuestas simples a cuestiones motivadas sociológicamente. Por otro lado, los economistas, impresionados por la inadecuación del modelo para responder tales cuestiones... han llevado sus críticas al terreno lógico, siendo así que allí éste se muestra particularmente solido (Hahn, 1972 en Blaug 1985 p. 224)

No obstante, no basta con reconocer lo apologético o las deficiencias de la teoría neoclásica, como bien explica Žižek (2003), la cuestión no se centra en el conocimiento de tales problemas sino en la repetición práctica, y es justo en este sentido que la estrategia narrativa y funcional toma relevancia, pues al desplazar las interrupciones o brechas que se presentan entre el conocimiento y la práctica es que surge la fantasía ideológica la cual reproduce la visión simplista y mecanizada de la teoría neoclásica.

Por ejemplo, el desarrollo de la investigación económica y sus problemas de interés tras la Segunda Guerra Mundial prácticamente quedaron atrapadas en lo que Samuelson, siguiendo a Blaug (1985), denominó la teoría neoclásica de la producción y la distribución. Así, después del artículo de Solow de 1957, una gran parte de la investigación económica se centró en el crecimiento desde la perspectiva neoclásica, tomando la estimación de funciones de producción agregadas con la idea de derivar de ellas las fuentes de crecimiento económico y obtener así inferencias sobre la “naturaleza” del cambio tecnológico, esta manera de teorización marcaría la pauta de lo que se convertiría en práctica común en la investigación, aunque esta práctica “...ignoró las profundas dificultades que rodean el concepto mismo de función agregada” (Blaug, 1985 p.220). No obstante, esto no detuvo que la producción académica tanto teórica como empírica desde ese momento tomara un nuevo rumbo resultando en:

...ser poco más que “medición sin teoría”, y lo que surgió en el proceso fue la teoría simplista de la productividad marginal que caracterizó una gran cantidad de artículos publicados en la década de 1960: uno o dos productos, dos factores, funciones de producción agregadas diferenciables por dos veces y con rendimientos constantes a escala, un factor capital maleable y homogéneo, y una relación monótona entre la relación capital-producto y la tasa de

rendimiento sobre el capital, progreso técnico no-incorporado clasificado como neutral o ahorrador de factores, competencia perfecta, ajustes instantáneos e información sin costes. Incluso la “nueva Historia Económica cuantitativa” de la década llegó a infectarse totalmente de este estilo de teorización en el que se obtenían dramáticas conclusiones sobre el pasado a partir de la medición global de unas pocas variables microeconómicas bien seleccionadas (Blaug, 1985 p. 220)

Tal reconfiguración del quehacer del economista queda patente en el discurso que Solow (2018) ofrece al recibir el premio nobel de economía en 1987, ya que a lo largo de su disertación reconoce el cambio e influencia generados tras su noción de vías al equilibrio, así como su propuesta de relación entre equilibrio y crecimiento, pero al mismo tiempo, reconoce que tal reconstrucción teórica ha generado nociones apologéticas que reproducen las afirmaciones del Dr. Pangloss llevando a ideas y planteamientos del tipo “vivimos en el mejor de los mundos posibles”. A su vez, en el mismo discurso, exalta lo que sería la visión moderna de la economía afirmando repetidamente a modo de “propaganda metodológica” lo innecesario o poco relevante que es la búsqueda de realidad en los supuestos, ya que lo importante y a donde deberían ir encaminados los esfuerzos es hacia la capacidad predictiva y las consideraciones prácticas de la teoría²⁵, lo cual es reflejo de la influencia de las nociones metodológicas de Friedman en el quehacer económico.

Sin embargo, el que la fantasía ideológica recubra la brecha entre el conocimiento y la práctica no es una cuestión individual, como Solow (2018) trataría de hacer ver en el caso de Clark, sino que es una cuestión estructural, propia de las bases en las que se funda la teoría neoclásica (la brecha entre condiciones generales e ideales).

²⁵ “Si pudiera regresar a la propaganda metodológica nuevamente me gustaría recordarles a mis colegas y a sus lectores que toda pieza de economía empírica se basa en una subestructura de supuestos que se encuentran en el fondo de ésta y que probablemente no son completamente ciertos... Bajo esas circunstancias, la solidez de los resultados debe ser la virtud económica suprema y la interpretación excesiva será el vicio econométrico endémico. Por lo tanto, estaría satisfecho con que ustedes aceptaran que los resultados que he mencionado indican una verdad cualitativa y dan quizá alguna orientación respecto a los órdenes de magnitud. Pedir más que esto es meterse en problemas. También me gustaría citar las profundas advertencias que expreso el principal estudioso de las estadísticas del beisbol, las tengo enmarcadas y colgadas en mi pared: “Ningún número de evidencias estadísticas (aparentes) hará que una información sea inmune al sentido común” (Solow, 2018 p. 25)

Ahora bien, los rastros de la fantasía ideológica también pueden encontrarse en la parte académica institucionalizada. Por ejemplo, siguiendo Roncaglia (2006), la contribución de Marshall al análisis económico no solo se encuentra en la relación entre clásicos y marginalistas que permitió dar origen a la teoría neoclásica moderna, sino en la profesionalización de la economía en el ámbito académico e institucional, lo cual no estuvo lejos de presentar aspectos tanto positivos como negativos.

Entre los efectos positivos identificados por Roncaglia (2006) se encuentra la difusión de técnicas más refinadas, especialmente del instrumental matemático que reforzaba los aspectos lógicos de los argumentos económicos, así como también de poner en la agenda académica y política la preocupación sobre la recolección, análisis y refinamiento de la información estadística disponible. Sin embargo, los elementos negativos van desde el enclaustramiento de la ciencia económica a sus ámbitos teóricos y prácticos con desconexión o poca participación en la vida cultural y política, hasta el enaltecimiento del prestigio tanto individual como de la ciencia económica en conjunto, gestándose así "...una peligrosa autonomía con respecto a la constante confrontación con el mundo real: demostrar la capacidad científica propia, esencialmente a través del uso de refinados instrumentos analíticos, se convirtió gradualmente en algo más importante que una buena comprensión "práctica" de las cuestiones reales" (Roncaglia, 2006 p. 484)

Debido a estos cambios en el quehacer económico es que se instauró la teoría neoclásica como el referente económico y social pues, además de una reconfiguración política, ésta denotaba fortaleza lógica y funcionalidad en sus predicciones, a pesar de los problemas metodológicos:

A través del proceso de profesionalización de la economía, Marshall realizó una contribución decisiva para el creciente dominio de la teoría neoclásica: no solo en la versión que él mismo había propuesto en los *Principles*, sino también en la del equilibrio económico general. Además, si tenemos presentes los efectos negativos recordados más arriba, era quizá natural esperar que, en relación con la ambivalencia de las tesis presentadas en los *Principles*, terminará por prevalecer la construcción teórica más simplista, aunque analíticamente más precisa de la vulgata del equilibrio estático. Por la misma razón, la

versión axiomática de la teoría del equilibrio económico general iba a prevalecer sobre el más concreto, pero menos "científico", análisis marshalliano del equilibrio parcial y las "cadenas causales cortas" (Roncaglia, 2006 p. 484)

Con lo anterior, queda más claro que, la cuestión no se encuentra en el reconocimiento de los problemas y deficiencias de la teoría neoclásica, sino en que en la práctica ésta se sigue reproduciendo, sin importar si este reconocimiento es cínico o inconsciente, pues una de las implicaciones de las estrategias narrativas y funcionales que constantemente desplazan los problemas específicos es que eventualmente borran el pasado traumático de su enunciación, así el elemento político y el elemento ideológico pasan desapercibidos incluso a plena luz, y en dado caso que se cuestionen siempre es posible enunciar que nadie se los toma en serio. De ahí que la denuncia de Myrdal (1930) sea relevante, pues hace evidente como la teoría constantemente crea un código que hace pasar elementos teóricos y conceptuales con carga normativa como parte neutral y constitutiva del quehacer económico, y al mismo tiempo, niega como no científico todo aquello que este fuera de éste.

Tomando como ejemplo nuevamente a la teoría de la productividad marginal, (la cual ya no es tomada tan en serio como alguna vez lo hizo Clark, sino que se ha reconocido su reducido nivel de explicación en la compleja realidad y se le ha convertido en un elemento heurístico para la determinación de los precios) se observa que pese al conocimiento explícito de las deficiencias esto no ha cambiado que, en el quehacer económico y en la enseñanza de la economía, se afirme su validez general, de ahí que: "...en opinión de la mayoría de los economistas, la teoría contemporánea de la distribución es una teoría de la productividad marginal que puede hacer frente a estas objeciones. Y por supuesto, mientras no aparezca alguna otra teoría satisfactoria, estará segura frente a todos los ataques" (Blaug, 2001 p. 527).

Con base a esto, es necesario aclarar que la crítica no se dirige a reducir a consideraciones ideológicas la práctica neoclásica porque es la única teoría y no tiene contrincante, sino que lo ideológico de la teoría neoclásica es su práctica

común como elemento de soporte, consistencia y seguridad de lo social frente a la incertidumbre y complejidad del mundo real.

En concordancia con lo anterior, por ejemplo, dado que la teoría neoclásica es parte importante para dar sentido y estructurar la realidad económica y social es que el que no haya otra teoría “científica” con la que se enfrente se convierta en un arma de doble filo: por un lado, reafirma su fuerza como instrumento de análisis o como referente de interpretación de los fenómenos económicos y sociales, pero por otro lado, muestra la fragilidad sobre la que se estructura la realidad social al ser éste el bastión que soporta el *mainstream* económico de la cual parten las extensiones a ámbitos tan variados como el crecimiento o el capital humano.

El reconocimiento de esta fragilidad más que de su fuerza se traduce en los intentos cada vez más abstractos de mantener la coherencia de sus postulados a la luz de ciertos aspectos que los contradicen o dificultan su planteamiento inicial. El ejemplo más claro se observa en la Teoría del Equilibrio General tras la demostración y generalización del teorema Sonnenschein-Mantel-Debreu (SMD) el cual implica que los supuestos que garantizan un buen comportamiento a nivel microeconómico no se transfieren al nivel agregado o a las características cualitativas del equilibrio (unicidad, estabilidad y estática comparativa), lo cual amenazó la predominancia de la teoría neoclásica y su pretensión de generalización. Esto hizo aparecer esfuerzos teóricos como los de Brown y Matzkin (1996) que utilizando una reconstrucción formal del equilibrio por variedades de equilibrio hicieron frente a las contribuciones y problemáticas del SMD, sin embargo, debido a que el SMD y sus implicaciones no pueden ser incorrectas por su carácter de teorema, la solución de estos autores no fue del todo satisfactoria pues muchos elementos del SMD no pueden eludirse tan fácilmente e incluso lejos de proponer una solución introdujeron ahora no solo una problemática de lógica formal, sino estructural en cuestión de los datos:

...si los únicos datos a los que tenemos acceso son a nivel agregado, la teoría del equilibrio general no genera restricciones refutables. Ello se debe a que los resultados de Brown-Matzkin requieren vectores de ingresos o de dotación a nivel individual. Gran parte de la intuición que parecía deducirse de los resultados SMD está todavía intacta... Las cosas son aún más claras en términos de características cualitativas de equilibrio como la unicidad

local, la estabilidad y la estática comparativa. El enfoque de variedad de equilibrio que emplea un conjunto finito de observaciones no nos permite refutar enunciados sobre estas características de equilibrio. Por lo tanto, muchas de las consecuencias problemáticas de la teoría SMD se mantienen arraigadas... Así que aún no hay ningún progreso en estos aspectos de la teoría. En esta importante área, entonces, la intuición de que la teoría del equilibrio general está desprovista de manera significativa de resultados generales sigue siendo cierta. Resulta que Arrow estaba en lo cierto al concluir que “si los agentes son diferentes en formas no especificables, luego... muy pocas inferencias, si las hay, se podrán hacer” (Rizvi, 2006 p. 11)

Sin embargo, dado a que la teoría del equilibrio general, presente en el proyecto neoclásico, soporta una serie de extensiones generales del modelo para la interpretación y análisis de los fenómenos económicos y sociales a una escala mayor, parcialmente coherente y bajo el pretendido carácter científico de sus postulados, la costumbre, la tradición y la creencia de su predominancia se hace más fuerte²⁶: “Las pruebas no convencen más que al espíritu. La costumbre hace que nuestras pruebas sean las más fuertes y las más creídas...” (Pascal, 1966 en Žižek, 2003 p. 65).

Para Žižek (2003) la costumbre constituye el elemento material para la conformación de la Ley, pero no una ley escrita o institucional, sino como elemento simbólico de autoridad que devendrá en poder institucionalizado. Sin embargo, dado este carácter absurdo constitutivo de la ley se desprende que se ha de obedecer no porque sea justa, buena o benéfica, sino simplemente porque es la ley. Esta tautología, afirma el autor, articula el círculo vicioso de su autoridad: el hecho es que el fundamento último de la autoridad de la ley reside en su enunciación y reproducción. Asimismo, para que “la Ley funcione “normalmente” ... su carácter radicalmente contingente- se ha de reprimir en el inconsciente a través de la experiencia ideológica e imaginaria del “significado” de la Ley, de su fundamento en la justicia, la verdad (o, de un modo más moderno, la funcionalidad)” (Žižek, 2003 p. 67)

²⁶ Esta es la razón de su defensa y extrapolación incluso a niveles en los que no se discute ya la pertinencia de la teoría económica sino la lógica formal presente en las formulaciones.

Lo anterior tiene relevancia en la lectura de la teoría neoclásica debido a que es la costumbre el elemento que genera el material simbólico puesto en la práctica económica, es decir, debido a que la fantasía ideológica representa una realidad social coherente, natural, evidente y estructuralmente consistente es que la repetición de la teoría se hace patente. De esta manera, su autoridad y predominancia no se genera naturalmente ni tampoco por no tener una teoría rival, sino porque es la que genera tal material simbólico (de acuerdo a ciertos estándares propuestos por la misma teoría y su metodología: objetividad, neutralidad, generalidad y científicidad), está es la tautología de la que habla Žižek (2003). Asimismo, la misma forma en que es enunciada presenta sus postulados como ahistóricos y universales, cotidianos y objetivos, (lo que desplaza sus inconsistencias y elimina de los postulados su carácter contingente) tal estrategia permite generar su virtual primacía dada su funcionalidad.

Este estatuto de funcionalidad es el que le otorga la flexibilidad necesaria para mantenerse a pesar del reconocimiento de sus deficiencias, de modo que se práctica no por ser buena, mejor, justa, etc. (aspectos que estarían alejados de la formación y práctica moderna de la economía “*bourgeois*” como Solow los denominó anteriormente) sino porque es funcional. Sin embargo, el fundamento de su funcionalidad radica en su mera práctica, es decir, es funcional porque se sigue practicando y a mayor tiempo que se reproduce mayor es la pretensión funcional.

Sería, pues, bueno que se obedezca a las leyes y a las costumbres porque son leyes... Pero el pueblo no es susceptible de esta doctrina; y así como cree que la verdad puede encontrarse y que se halla en las leyes y en las costumbres, las cree y considera su antigüedad como una prueba de su verdad (y no ve su sola autoridad sin verdad) (Pascal, 1966 en Žižek, 2003 p. 67)

El centro de la idea anterior, es que la categoría de funcional y su pretensión práctica son las formas que adopta la fantasía ideológica para dar consistencia a la realidad social y su complejidad, pero manteniendo cierta distancia. La Ley, tomada como el aspecto simbólico de autoridad, que surge de la teoría neoclásica y su práctica institucionalizada, no pretende ser aquella que reclama la Verdad, lo cual deslegitimaría su actuar en la realidad social, su marco es más bien modesto, solo

reclama su posición como elemento necesario, de ahí que se repita constantemente que no se tiene que aceptar como verdad sus postulados, antes bien solo como aspectos necesarios o instrumentales sobre un fin que se torna significativo por algún significante posterior: equilibrio, crecimiento, bienestar, etc. el cual paradójicamente se adopta después de la creencia en la Ley.

Žižek (2003) ejemplifica lo anterior con una lectura de *El Proceso* de Kafka:

No estoy de acuerdo con este punto de vista -dijo K. sacudiendo la cabeza-, porque si se acepta, hay que aceptar como verdadero lo que dice el portero. Pero usted mismo ha demostrado cuan imposible es aceptarlo. No, -dijo el sacerdote-, no es necesario aceptar todo como si fuera verdad, solo hay que aceptarlo como necesario. Una conclusión melancólica -dijo K.- Convierte la mentira en un principio universal (Kafka, 1985 en Žižek 2003 p. 67)

La paradoja sobre la creencia antes de la creencia, plantea que no hay aspecto racional que soporte tal idea constitutiva y esto es así porque en la práctica la creencia se hace patente. Es en la práctica donde se aloja la creencia y no al revés, en este sentido: “la respuesta final de Pascal entonces es: abandona la argumentación racional y sométete simplemente al ritual ideológico, queda te estupefacto repitiendo los gestos sin sentido, actúa como si ya creyeras, y la creencia llegará sola” (Žižek, 2003 p. 68).

De lo que se trata aquí es que la creencia en la funcionalidad de la formulación teórica neoclásica no está en la verdad de sus postulados o sus predicciones sino en que se presupone que la teoría neoclásica es la portadora del conocimiento fidedigno que permite el acceso a la verdad, y esto se toma como cierto porque se considera como ideal el proyecto científico y normativo iniciado por Smith: “...como el creyente cristiano que no cree en Cristo porque le hayan convencido con argumentos teológicos sino al contrario, es susceptible a los argumentos teológicos porque ya está iluminado por la gracia de la creencia” (Žižek, 2003 p. 71).

Es en este punto que toma sentido el hecho de que la ideología estructura la realidad, pero no como una ilusión donde “todo es sueño” o “todo es ideología” como McCloskey pensara con respecto a la retórica. La fantasía ideológica da el soporte

necesario para estructurar las relaciones sociales efectivas, reales, suturando el núcleo insoportable, el antagonismo o división social traumática no simbolizable: “La función de la ideología no es ofrecernos un punto de fuga de nuestra realidad, sino ofrecernos la realidad social misma como una huida de algún núcleo traumático, real” (Žižek, 2003 p. 76)

Tal núcleo traumático real se encuentra en la base del proyecto neoclásico, en la brecha existente entre las condiciones generales elegidas como punto de partida para el proyecto económico y social (la libertad de contrato y la propiedad privada principalmente) con la idealización del funcionamiento y coordinación social por medio del mercado (también idealizado). La sutura de esta brecha por la elección racional o el mecanismo de precios es un intento fallido de simbolizar la posibilidad de concreción del proyecto, no obstante, es pues justo esta imposibilidad la que permite construir alrededor de ella un artificio, una ficción o fantasía que articula el todo armónicamente mediante estrategias funcionales y narrativas, pero no erradica el problema de fondo que se presenta eventualmente en las formulaciones de la teoría, por ejemplo, en la Teoría del Equilibrio General.

No obstante, esto no convierte a la teoría neoclásica en ideológica *per se*, hasta este punto se podría hablar de un problema de reconocimiento de los límites del proyecto. La cuestión ideológica comienza cuando ésta es utilizada como la única forma real de abordar los problemas económicos desde lo racional, lo objetivo, lo científico, institucionalizándose una práctica académica y política que reproduce una forma de interpretación y de construcción teórica, estructurando una realidad social acorde al proyecto neoclásico a pesar de la vacuidad de su contenido.

Una vez que la conjunción entre la experiencia cotidiana con la creencia se realiza, por medio de la práctica ideológica y la repetición, es que se vuelve difícil concebir la existencia de la ideología incluso cuando la latencia del bloque no simbolizado contradice la estructura de la realidad.

Una ideología “se apodera de nosotros” realmente sólo cuando no sentimos ninguna oposición entre ella y la realidad -a saber, cuando la ideología consigue determinar el modo de nuestra experiencia cotidiana de la realidad... triunfa cuando incluso los hechos que a

primera vista la contradicen empiezan a funcionar como argumentaciones en su favor” (Žižek, 2003 p. 80).

Ahora bien, que la ideología sea un aspecto estructural que “se apodera de nosotros” se refiere a que, sí, es posible encontrarla en cada rincón de lo social, pero esto no significa que todo sea ideología, pues tal completitud neutralizaría su significación como en el caso de la competencia perfecta. El punto a lo que refiere el término estructural es que cumple con cierta función en ciertas luchas del poder centradas en la reproducción (o contestación) de toda una forma u orden social, de ahí que no todas las conceptualizaciones, ni todo lenguaje, ni todo significado es necesariamente ideológico.

Como se ha explicado en referencia a la teoría neoclásica su enunciación aún bajo la brecha de su proyecto no la convierte en ideológica, tampoco la veracidad o falsedad de su contenido, su carácter ideológico reside en la forma en que se estructura su enunciación y contenido con una posición subjetiva implicada en ese proceso, es decir, cuando el contenido se convierte en un medio funcional con respecto a una posición de poder y una legitimación para el ejercicio y mantenimiento del mismo. En este sentido, lo ideológico de la teoría neoclásica es la selección de los polos de la brecha constitutiva y el reclamo de su necesidad como parte del funcionamiento social efectivo o como ideal a alcanzar.

Es así como en la teoría neoclásica está presente el elemento ideológico el cual presupone al elemento político identificado en los aportes de Myrdal (1930), pues es esta función legitimadora, que se observa en las prescripciones del “deber ser” y que niegan la objetividad de la teoría económica, la que queda patente mediante la estructura de la brecha constitutiva y el uso de las estrategias narrativas y funcionales que caracterizan la lógica de la excepción o desplazamiento de los problemas internos para estructurar mediante la fantasía ideológica la consistencia, naturalidad, evidencia y objetividad necesarios para articular el proyecto neoclásico. A su vez, queda demarcado como el elemento ideológico conlleva el uso de significantes por lo que toma en cuenta los aspectos retóricos de las formulaciones tanto discursivas como teórico prácticas, pero a diferencia de los aportes de

McCloskey (1983), da presencia al espacio de acción confrontativa mediante la posibilidad de la crítica ideológica y elude las nociones posmodernistas que niegan la existencia de la Verdad. Lo anterior permite configurar las bases de una práctica ideológica fundamental para la construcción de la realidad social acorde al proyecto normativo intrínseco de la teoría neoclásica de modo que se afirme:

Libertad del individuo, Autoridad del Estado, Igualdad de Condiciones, Desigualdad de Posiciones: esta es la fórmula general de la constitución de la ciencia social. Una vez se aplique esta fórmula (...) la ley del comportamiento del Hombre estará científicamente establecida, como lo es la ley del movimiento de la Tierra alrededor del Sol (Walras, 1898, 453).

No obstante, pese a la existencia de tales pretensiones normativas, tanto en la economía como en las ciencias sociales, como afirmará Eagleton (1997) todo reclamo epistemológico se puede considerar ideológico sólo cuando cumplen una función en las luchas sociales por el poder.

Por último, este capítulo muestra como toda ideología conlleva tres elementos interrelacionados: la intención, el contexto y una estructura de poder. La intención de la ideología es simple, pero no deja de ser importante, pues su propósito es la reproducción y extensión de sí misma por el conjunto de lo social, de ahí que utilice todas las estrategias que implican el lenguaje para su cometido a pesar de estar encerrada en ese mismo espacio, lo que significaría que toda simbolización está sujeta a la formación ideológica, pero lo contrario no es posible, pues no toda formación simbólica es ideología.

La distinción de esto, implica la crítica de los otros dos elementos que estructuran su accionar: el contexto y las relaciones de poder. El contexto, implica la contingencia de toda conformación de ideología, es decir, su carácter temporal y por ende cambiante. Lo cual tiene concordancia con un momento histórico y un espacio de acción, de manera que, la ideología no implica únicamente la construcción de ideas, sino la vivencia de las mismas en cada acto al estar

sustentadas en un edificio artificial que permite una comprensión, un orden, una seguridad ante la complejidad de lo social. Pero tal soporte o estructura ficcional que se provee mediante la ideología no puede mantenerse por sí misma, por lo que es necesaria la normalización de ciertas prácticas, las cuales son garantizadas por ciertos aparatos institucionales que facilitan el ejercicio del poder (más éste no emana de él), el ejemplo encontrado en Feyerabend (1975) o Myrdal (1930) resalta el papel de las instituciones educativas y la academia, pero no se circunscribe únicamente a esta, Foucault (1980) mostraría que se expande a instituciones como la familia, la cárcel, los hospitales o la milicia, pero en un sentido más amplio, implica las relaciones interpersonales que a pesar de que las instituciones garantizan y facilitan su práctica, no significa que de ahí surja la práctica social.

En este sentido, la ideología puede bien estar asentada en las instituciones, pero como la lectura de Žižek (2003) ha mostrado, ésta no se encuentra en el conocimiento e influencia de un aparato ideológico de estado a la Althusser, ni en el conocimiento cínico individual de Slotedijk, sino en la práctica cotidiana del individuo común y científico.

La ideología llega a tal grado de profundidad e implementación que paradójicamente se posiciona en la superficie de toda la realidad social logrando imbuir la práctica común (y científica), de esta manera a pesar de conocer y reconocer la ilusión que rige los actos individuales, que se asientan en el *como si* de una situación idealizada, aun así se hacen y se siguen haciendo, ya que la creencia normalizada e institucionalizada (y arrastrada al sentido común) concuerda en que, en el momento en el que esto se detiene, resulta más probable que el concepto límite negativo de Hinkelammert, el caos, se apodere de la realidad social funcional, borrando el progreso que el seguimiento de los actos que desde siempre²⁷ se han hecho en un aspecto particular como el trabajo, la producción, el intercambio o en un aspecto social como el crecimiento han dado resultados, han sido funcionales.

²⁷ Paradójicamente el seguimiento de los actos debe de hacerse desde una perspectiva ahistórica, bajo el lema del “así se ha hecho” o similares, que justifique su continua reproducción de manera histórica y normalice el quehacer desde un punto historizado “desde siempre”, “desde Marshall”, etc. que cristalice la creencia en tradición y ésta *como si* fuera verdad.

Si bien, se reconoce que la teoría tiene fallos, problemas internos que no se han resuelto y que las mentes más brillantes de la generación se avocan en demostrar, como en el caso de la Teoría del Equilibrio General, esto no implica el negar su funcionalidad, su capacidad de predicción y, por tanto, se sabe que no es el mejor conocimiento teórico, pero es el más general aunque perfectible, lo cual evoca a pensar que de no existir éste la sociedad podría estar en un lugar peor, por lo que el Dr. Pangloss se hace presente y evoca el reconfortante “vivimos en el mejor de los mundos posibles”. Lo cual está lejos de ser un delirio provocado por la falsa conciencia, sino una ilusión que soporta a la falsa conciencia y estructura, mediante la construcción de sentido, a la realidad social.

Conclusiones

Como se ha observado a lo largo de este trabajo, la forma en que se ha desarrollado la teoría neoclásica y generado un sentido sobre los fenómenos económicos y sociales, ha sido uno donde el desplazamiento o cierta lógica de la excepción se hace presente a modo de cerrar las inconsistencias consideradas menores sobre un fin mayor: el de la predicción y su utilidad para mediar la incertidumbre al permitir cierta apariencia de continuidad y coherencia a la realidad social, lo que la vuelve inteligible y maleable. A su vez, el discurso y la práctica generados a partir de tales características que se dan por sentado o que son extraídas como evidentes de la realidad, permite la apariencia de que los instrumentos utilizados para su estudio pueden estar alejados tanto del individuo que lo evoca como de la red de relaciones que la posibilitan, por lo que se reproduce la idea de objetividad de la ciencia económica, lo cual ya había sido criticado por Myrdal (1930) mediante su estudio del elemento político.

Sin embargo, es bajo la extensión de esta crítica inicial de Myrdal, por medio de Žižek (2003), que se ha logrado observar el panorama en el que se desarrolla el elemento ideológico, mostrando que la pretensión de objetividad y científicidad en la teoría neoclásica no es accidental, sino que es parte de las ficciones que la teoría necesita para funcionar, a su vez, el uso de las estrategias narrativas y funcionales muestran las estructuras de poder que comprometen su actuar para el mantenimiento del *statu quo*.

En este sentido, en el desarrollo de la investigación se ha vinculado a la inconsistencia de los postulados, las contradicciones conceptuales y la brecha fundacional de la teoría neoclásica (desde la perspectiva del lenguaje) para confirmar que lo ideológico de sus planteamientos no se encuentra en su conformación como teoría con limitaciones –dada su metodología basada en la sutura de los polos- o por el uso de una serie de estrategias narrativas y funcionales que ponen en duda la solidez de sus bases, sino que, lo ideológico, radica en como su posición y práctica legitima los elementos necesarios para que sea a través de

ella que se evalúen los proyectos de investigación alternativos, siendo esta una clara estructura de poder conformada para dar un tipo de sentido sobre la realidad social, lo cual, como bien describe Feyerabend (1985) terminará por favorecer siempre a la teoría neoclásica frente a cualquier otra, no por la verdad de sus postulados o predicciones, sino por su antigüedad, su tradición, su familiaridad, su funcionalidad a la estructura económica en conjunto y el ordenamiento social adecuado al mismo.

A su vez, se ha expuesto que el problema de fondo de la ciencia económica y en especial para el paradigma neoclásico, es una cuestión filosófica y de irreflexión centrada en la epistemología y la metodología. Así, por ejemplo, por el lado epistemológico, la crítica posible con Myrdal se centra en las formas en que se cuestiona la posibilidad de objetividad y estatuto científico, mientras que, por el lado de la metodología, se estructura bajo las ideas de Hinkelammert en la reflexión sobre la aproximación del equilibrio (el mercado, el mecanismo de precios y la elección racional) y los instrumentos para su medición.

En la práctica económica tales problemas tienen como resultado la contradicción y se solventan mediante la fantasía, por ejemplo, al considerar al sistema neoclásico como provisto de un contexto, eliminando el rastro de su intencionalidad, la teoría parte de un sesgo que contradice las pretensiones científicas y neutrales. Al mismo tiempo, al asentarse lineal y mecánicamente en una serie de pasos entrelazados (siguiendo los métodos de las ciencias naturales) que “dotan” de objetividad al método y neutralidad a los instrumentos, el paso de la explicación de los fenómenos económicos a la predicción, conlleva (sea consciente o inconscientemente) a la prescripción normativa (necesaria para la función heurística de los postulados) incurriendo en una falla irremediable para sus pretensiones de objetividad, mostrando la debilidad y la brecha que constituye su método.

Decir que lo anterior se solventa con la fantasía se explica una vez se encuentra un óptimo y se imponen los comportamientos a nivel individual y social que conllevan su realización, en este sentido, tal imposición no tiene un fundamento de fondo más que el de la idealización, el desplazamiento y el uso de estrategias narrativas y

funcionales que permiten, por un lado, hacer efectiva y consistente a la teoría y por el otro, construir una realidad social ficcional donde la brecha es inexistente gracias a la sutura, haciendo coherente que las condiciones generales de un momento histórico determinado como las ideas liberales y el resguardo de la propiedad privada conlleven a una economía que se aproxima científicamente y objetivamente a una pretendida realidad social óptima.

De esta forma es que el elemento político se relaciona con el elemento ideológico y da sentido al planteamiento de la brecha estructural del proyecto neoclásico, dando explicación al enfrentamiento continuo de sus seguidores al trauma o fantasma de aquello que intentan minimizar y desplazan una y otra vez mediante su fantasía: una realidad social que no se subleva al pensamiento. Ejemplo de ello son los esfuerzos de los teóricos del crecimiento y el crecimiento endógeno, que en su práctica terminan por eliminar de sus formulaciones los elementos esenciales para su propuesta inicial, el cambio tecnológico en el primero y el concepto de trabajo en el segundo.

Este fantasma ideológico se suele combatir con el discurso de la heurística de los postulados, del conocimiento de las limitaciones de los modelos y del reconocimiento de la ficción como forma pedagógica bajo las formas literarias: analogías, parábolas, etc. de modo que el carácter abstracto y su desvinculación con la realidad es solo parte de una metodología que se encuentra en todas las ciencias. Sin embargo, como se ha visto con Žižek, el problema ideológico no está en el reconocimiento, en el conocimiento de las limitaciones o la narrativa empleada, sino en la práctica social efectiva.

Así, el que se identifiquen falsamente conceptos abstractos con la realidad y se reconozcan los fallos e inconsistencias de tal método, no son una limitación para la teoría económica neoclásica, antes bien, han sido lo que le han dado su fuerza y maleabilidad, de ahí que cualquier economista considerado como neoclásico tenga ya presentes los problemas reales a los que se enfrenta y haga uso maestro de las estrategias para eludirlos. En este sentido, paradójicamente no es la crisis de la teoría neoclásica la que se enfrenta a las teorías alternativas o heterodoxas, sino

todo lo contrario, es la crisis de las alternativas las que se enfrentan a la teoría neoclásica.

Gracias a que la teoría económica neoclásica funge como eje y filtro de lo considerado científico en el ámbito económico y social, los proyectos alternativos caen en la consideración de crisis del pensamiento al plantear la posibilidad de que la ciencia económica sea inexacta, no sea neutral, ni objetiva, de modo que la rigurosidad, elegancia y aspiraciones que provee la teoría neoclásica se vean comprometidas, de manera que se ejerce cierta reticencia a considerar como plausibles los proyectos alternativos y comúnmente se opte por modificar o ampliar el espacio de acción neoclásico pese a la dificultad de introducir consideraciones de tipo cultural, histórico, ético o moral y, a su vez, construir pluralidad con los métodos inductivos, deductivos, retóricos o dialecticos, en un cuerpo teórico despojado desde sus raíces de estos.

Por lo anterior es que la ciencia económica bajo la perspectiva neoclásica se mantiene aun cuando las críticas a su práctica efectiva sean recurrentes e incluso conocidas por sus exponentes, de manera que la narrativa común se base en el reconocimiento de sus logros, su utilidad y su perfectibilidad más que en su reemplazo.

Lo anterior revela que la situación actual de la ciencia económica no está alejada de los intereses políticos y económicos asociados al mantenimiento del *statu quo*. Aunque se pueda alzar la voz con respecto a lo simplista, resentida o exagerada que suene tal afirmación, una mirada receptiva a los movimientos históricos de la propia ciencia económica, e incluso de otras ciencias, confirman que los conflictos políticos entre posiciones teóricas son una realidad.

El interés de los economistas, como explicaba Roncaglia al hablar de Marshall, se basa en el manejo de su carrera profesional. Por lo que, para mantenerse dentro del ámbito académico y social, es un requisito las publicaciones recurrentes y originales, las cuales, no siempre se realizan sin un fondeo previo. Para facilitar y lograr esta consecución los recursos y el reconocimiento es común que los temas y las ideas se desarrollen dentro del *mainstream*, y se sustenten por el denominaba

*Lobby académico*²⁸. Lo cual es derivación directa de la pertinencia del elemento ideológico para entender la importancia de la práctica económica en la reproducción y mantenimiento del *statu quo* más que del conocimiento de la mistificación.

De lo que se trata aquí es de atravesar la fantasía rompiendo el molde epistemológico que la teoría neoclásica construye y modifica a modo de complacer y mantener los intereses y relaciones de poder vigentes en el capitalismo. En este sentido, es necesaria la rehabilitación del debate teórico, metodológico, filosófico y epistemológico de la ciencia económica que permitan aplicar el campo ético y político en la economía de manera sistemática, viendo este ejercicio como necesario para refrescar, replantear y reconstruir los fundamentos de la práctica económica, puesto que es común que las propias formas de abordar los fenómenos económicos sean ya parte del problema, como se observa en la teoría neoclásica y su brecha fundacional.

Para esto es necesario dar cuenta de la inexactitud de las conclusiones de toda acción humana, no solo por lo singular de su individualidad sino por su desenvolvimiento dentro de lo colectivo, lo cual es propio de su libertad y relación con la naturaleza, por lo que una adecuada teorización no podrá realizarse sino bajo una pluralidad metodológica que integre consideraciones de tipo cultural, histórico, ético o moral y, a su vez, construya métodos inductivos, deductivos, retóricos, dialecticos, etc.

Así, de lo que se trata es de devolver a la economía su elemento político, planteando la necesidad de rehabilitación de la economía política y sus implicaciones en lo social, lo político y cultural como una reivindicación ideológica frente a la teoría neoclásica y la economía actual, puesto que se reconoce, siguiendo a Myrdal, que todo conocimiento e ignorancia es oportunista, por lo que el olvido de la economía política no es accidental sino oportuno a ciertos intereses, de modo que para

²⁸ Así, por ejemplo, desde el interés económico, el lobby académico, industrial/empresarial y de grupos ambientalistas ejercen diferente fuerza para aceptar o rechazar regulaciones o impuestos a prácticas ambientales que contribuyen al deterioro de la naturaleza, por lo que el uso del concepto es mayormente visible y actual en cuestiones que implican el uso, locación y explotación de los recursos naturales, así como de las emisiones industriales, como por ejemplo, en las investigaciones de Hagen, Altamirano-Cabrera y Weikard (2021) Eichner y Pethig (2015), Markussen and Svendsen (2005) o Kirchgässner y Schneider (2002).

atender esta urgencia es necesario ampliar los límites y el sentido impuestos por la práctica y tradición teórica neoclásica para propiciar el desarrollo de la ciencia económica moderna más allá del sentido creado por la fantasía ideológica.

Bibliografía

- Arrow, K. J. 1986. Rationality of Self and Others in an Economic System. *Journal of Business* (59) pp. 385–399.
- Barthes, Roland (1986) Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos y voces. Ediciones Paidós. Barcelona, España.
- Becker, Gary (1964), Human Capital, Columbia University Press, New York.
- Bell, Daniel (1960) El final de la ideología: Sobre el agotamiento de las ideas políticas en los años cincuenta. Alianza Editorial. Madrid, España.
- Bjerg, Ole (2014) Hacer dinero. Filosofía del capitalismo poscredito. Athos. Copenhague.
- Bjerg, Ole (2016) Parallax of growth. The philosophy of ecology and economy. Polity press. Cambridge, UK.
- Blaug, Mark (1985) La metodología de la economía o cómo explican los economistas. Alianza editorial. Madrid España.
- Blaug, Mark (2001) Teoría económica en retrospectiva. 2ed. Fondo de Cultura Económica. Madrid, España.
- Bowles, Samuel. y Gintis, Herbert (1975) The Problem with Human Capital Theory. A Marxian Critique, en *American Economic Association*. 65(2)
- Brown, Donald J., and Matzkin, Rosa L. (1996) Testable Restrictions on the Equilibrium Manifold. *Econometrica* (64) pp. 1249–62.
- Cairnes, John (1875) The Character and Logical Method of Political Economy. 2nd ed. (1875). rpt. A. M. Kelley. New York, USA.
- Clark, John Bates (1899) The distribution of wealth: a theory of wages, interest and profits. MacMillan Company. London, UK.
- Debreu, Gerard (1974) Excess Demand Functions. *Journal of Mathematical Economics* (1) pp. 15–23.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix y (1985) El anti Edipo: capitalismo y esquizofrenia. Ediciones Paidós. Barcelona España.
- Dobb, Maurice (1973) Theories of value since Adam Smith: ideology and economic theory. Cambridge University Press. Cambridge, UK.

- Eagleton, Terry (1997) *Ideología: una introducción*. Ed. Paidós. España.
- Eichner, Thomas, Pethig, Rüdiger (2015) Lobbying for and Against Subsidizing Green Energy. *Environ Resource Econ* (62), 925–947 <https://doi.org/10.1007/s10640-014-9852-2>
- Feyerabend, Paul (1975) *Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Ed. Tecnos. Madrid, España.
- Foucault, Michel (1980) *Microfísica del poder*. 2da edición. Las ediciones de la Piqueta. Madrid, España.
- Foucault, Michel (2012) *Lecciones sobre la voluntad de saber: curso en el College de France (1970-1971)*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina.
- Friedman, Milton (1953) The methodology of positive economics. En Hausman, Daniel M. (2008) *The philosophy of economics: An anthology*. 3rd. Edition. Cambridge University Press. UK.
- Fukuyama, Francis (1989) *¿El fin de la historia? Y otros ensayos*. Alianza Editorial. Madrid, España.
- Giudici, Beatriz (2002) Denotación y connotación *Revisited*. En *Hyeronymus Complutensis*. 9-10(enero-diciembre) pp. 53-62
- Hagen, A., Altamirano-Cabrera, JC. & Weikard, HP. (2021). National political pressure groups and the stability of international environmental agreements. *Int Environ Agreements* 21, 405–425 <https://doi.org/10.1007/s10784-020-09520-5>
- Hammond, P., & Montenegro, A. (1990). Algunos supuestos de la teología de la teoría económica neoclásica contemporánea. *Estudios Económicos*, 5(1 (9)), 3-81. Recuperado abril 08, 2021, from <http://www.jstor.org/stable/40311267>
- Hinkelammert, Franz (1984) *Crítica a la razón utópica*. Dpto. Ecuménico. San José, Costa Rica.
- Jameson, Frederic (2013) *Representar al capital: una lectura del tomo 1*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México, México.

- Jevons, William Stanley (1866) The Importance of Diffusing a Knowledge of Political Economy, en *Papers and Correspondence of William Stanley Jevons V. II*. Edit. Collison Black. Palgrave McMillan. UK.
- Jevons, William Stanley (1871) La teoría de la economía política. Ediciones Piramide. Madrid, España.
- Kapoor, Ilan (2014) Psychoanalysis and development: contributions, examples, limits, *Third World Quarterly*, (35)7, 1120-1143, DOI: 10.1080/01436597.2014.926101
- Keen, Steve (2015) La economía desenmascarada. Capitan Swing. Madrid, España.
- Keynes, John Maynard (1965) Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero. FCE. D.F, México.
- Keynes, John Neville (1955) The Scope and Method of Political Economy (4th ed. 1917). rpt.: A. M. Kelley. New York, USA.
- Kirchgässner, Gebhard y Schneider, Friedrich (2002) On the political economy of environmental policy. *CESifo Working paper: Resources and environment*. (741) 1-22.
- Lakatos, Imre (1983) La metodología de los programas de investigación científica. Alianza Editorial. Madrid, España.
- Lukács, Georg (1923) Historia y conciencia de clase: estudios de dialéctica marxista Grijalbo, México.
- Lyotard, Jean-François (1987) La condición postmoderna. Ed. Catedra. Buenos Aires, Argentina.
- Machlup, Fritz (1978) Methodology on economics and other social sciences. New York Academic Press. New York, USA.
- Mäki, Uskali (2012) Philosophy of economics. 1st ed. North Holland. Amsterdam, Netherlands.
- Mantel, Rolf (1974) On the Characterization of Aggregate Excess Demand. *Journal of Economic Theory* (7) 348–53.

- Markussen, Peter & Svendsen, Gert. (2005). Industry lobbying and the political economy of GHG trade in the European Union. *Energy Policy*. (33) 245-255. 10.1016/S0301-4215(03)00238-6.
- Marshall, Alfred (1931) Principios de economía: introducción al estudio de esta ciencia. El consultor bibliográfico. Barcelona, España.
- McCloskey, Deirdre (1983). The Rhetoric of Economics. *Journal of Economic Literature*, 21(2), 481–517. <http://www.jstor.org/stable/2724987>
- Menger, Carl (1871) Principios de Economía. Unión Editorial. Madrid, España.
- Mill, John Stuart (1836) Principios de economía política. Editorial Síntesis. Madrid, España.
- Morgenstern, Oskar (1935) Perfect foresight and economic equilibrium. Edited Frank H. Knight. in *Selected Economic Writings of Oskar Morgenstern*. Cambridge University Press. Cambridge, UK.
- Myrdal, Gunnar (1930) The political element of economic theory. Transaction Publishers. USA.
- Myrdal, Gunnar (1970) Objetividad en la investigación social. FCE. D.F, México.
- Panico y Rizza (2009) Myrdal, growth processes and equilibrium theories. In Salvadori, Neri. *Geography, structural change and economic development: theory and empirics* (183-202) Edward Eglard. Northampton, Massachusetts, USA.
- Polanyi, Karl (2007) La gran transformación: crítica al liberalismo económico. Quipu editorial. Buenos Aires, Argentina.
- Prieto, Jorge Luis (1976) Pertinencia e ideología. En *La palabra y el hombre*. Universidad Veracruzana. 17(enero-marzo) pp. 6-20
- Rizvi Turab, S. Abu (2006) The Sonnenschein-Mantel-Debreu Results after Thirty Years, en *History of Political Economy*. Duke University Press. 38(5) pp. 228-245 DOI 10.1215/00182702-2005-024
- Robbins, Lion (1935) An Essay on the Nature and Significance of Economic Science. 2nd ed. McMillan. London, UK.

- Robinson, Joan (1953) The Production Function and the Theory of Capital. *The Review of Economic Studies* 21(2), pp. 81-106.
- Romer, Paul (1986). Increasing Returns and Long-Run Growth. *Journal of Political Economy*, 94(5), 1002-1037. Retrieved June 19, 2021, from <http://www.jstor.org/stable/1833190>
- Roncaglia, Alessandro (2006) La riqueza de las ideas: una historia del pensamiento económico. Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, España.
- Rorty, Richard (2000) Verdad y progreso: escritos filosóficos 3. Ediciones Paidós. Barcelona, España.
- Schmucler, Héctor (1995) Ideología y optimismo tecnológico, en *Redes* Universidad Nacional de Quilmes 2(5) pp. 175-188
- Schultz, Theodore (1961b) La inversión en capital humano. En Enguita, Mariano F. (1999) *Sociología de la educación* (85-95). Ed Ariel S.A. Barcelona, España.
- Solow, Robert (2018) La teoría del crecimiento: una exposición. 3ra edición. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México, México.
- Sonnenschein, Hugo (1973) Do Walras' Identity and Continuity Characterize the Class of Community Excess Demand Functions? *Journal of Economic Theory* (6) 345–54.
- Walras, León (1874) Elementos de economía política pura. Alianza Universidad. Madrid, España.
- Žižek, Slavoj (2005) "El sublime objeto de la ideología" Siglo XXI, editores. Ciudad de México, México